









Antonio Peña y Goñi

---

# Guerrita



*[Handwritten signature]*

MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA DE J. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6

—  
1894.

+

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito que determina la Ley.

---

Antonio Peña y Goñi



Rafael guerra  
guerra

E



## A Pepe Bilbao

*uno de los amigos más antiguos y fieles  
de GUERRITA, dedica esta obra, en prueba  
de sincera amistad,*

Antonio Peña y Goñi.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

*La obra maestra de Verdi.*

*Los despojos de «La Africana».* (Agotada.)

*Nuestros músicos: Barbieri.*

*Carlos Gounod.* Segunda edición. (Agotada.)

*Impresiones musicales.* (Agotada.)

*Arte y patriotismo: Gayarre y Masini.* (Segunda edición.)

*El Mefistófeles de Arrigo Boito.*

*Cristina Nilsson.* (Discurso.)

*La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX.*

*El Doctor Thebussem.*

*Los artistas del Real: temporada de 1886-87* (Agotada.)

*¡Cuernos! Revistas de toros.*

*Lagartijo y Frascuelo y su tiempo.* (Cuarta edición.)

*Contra la ópera española.*

*Santiago Estrada.*

*Estudio crítico del drama lírico «Los amantes de Teruel».*  
(Segunda edición.)

*Los Gnomos de la Alhambra de Chapí (Proceso de un Jurado).*

*Luis Mancinelli y la Sociedad de Conciertos de Madrid.*

*De buen humor.*

*Los maestros cantores de Nuremberg.*

*La pelota y los pelotaris,* dos tomos. (Cuarta edición.)

*Cajón de sastre.*



## I

Introducción.—Nacimiento é infancia de Rafael Guerra.—En el Matadero de Córdoba.—Una corrida ideal.—Guerra y California.—Una paliza.—Los protectores de Rafael.—«Los niños de Córdoba».—*El Llavero*.

**R**AFAEL Guerra, *Guerrita*, es hoy la figura preeminente del toreo; representa una interesantísima etapa del arte de Rafael Molina y de Salvador Sánchez.

Y de tal suerte absorbe la atención del público, ha llegado á ejercer tan visible monopolio sobre la devoción de los aficionados, que me parece sumamente atractivo y curioso, y caso impuesto por las circunstancias, estudiar de cerca, sin apasionamiento



alguno, á un diestro digno por todos conceptos de semejante labor.

Sé que la materia es ardua, no por las dificultades que presenta un estudio crítico de *Guerrita*, sino por tratarse de un espectáculo que lleva aparejada la pasión y llega á perturbar los sentidos del ser más equilibrado de la tierra.

Función de degenerados llamaría probablemente Nordau á las corridas de toros, y no le faltaría razón, que á ellas vamos todos para actuar de ansiomaniacos y buscar en las peripecias de la lidia las tremendas emociones que ansían los desquiciados.

Pero mirada con frialdad, es tan estúpida la vida, que vale más imitar á los Césares romanos y gastar pronto el humano combustible que someterse á las leyes de la economía, ya que avaros y pródigos acabaremos por fin por zambullirnos, como todo bicho viviente, en las olas de la eternidad.

Aparte filosofías de degenerado, y mandando á paseo á Max Nordau con el veneno

de su psiquiatría, ello es que yo estimo la pasión el más delicioso de los apetitos morales, y que siendo, como lo es, principal condimento de las fiestas taurinas, me atrae y seduce cuanto se relaciona con ellas.

*Guerrita* me atrae y seduce, por lo tanto, como asunto *pasional* y de actualidad palpitante, y me llama á un ambiente del cual me hallaba retirado desde hace bastante tiempo; el ambiente de los toreros y los toros, ambiente de desbordamiento sin tasa, de mientes como puños y puños como mientes, de procacidades é insultos, donde la gente se vuelve fiera y “liba,, cual néctar divino la sangre del hombre y la sangre del animal.

Ya que hay que tocar las castañuelas, toquémoslas del mejor modo posible, bañándonos en ese ambiente feroz, pero evitando cuidadosamente las pasiones de bajo vuelo, de las cuales Dios nos libre.

Y como hay que examinar un período taurómico de gran importancia y á un torero asombroso que dejará en la historia del arte

nombre excepcional, quizá único, voy á proceder con calma y orden y á comenzar por la biografía de *Guerrita*, narrando con alguna extensión y con varios datos desconocidos hasta ahora cuanto se refiere al génesis del famoso lidiador.

El día 6 de Marzo de 1862 surgió de las profundidades del claustro materno á la clara luz del día, en Córdoba la Sultana, Rafael Guerra y Bejarano, hijo legítimo de José y de Juana, curtidores de pieles los dos.

Fueron padrinos del niño su abuelo materno Mariano Bejarano y la hija de éste, Rafaela, casada á la sazón con el desventurado *Pepete*, en representación del cual apadrinó á *Guerrita* el citado abuelo materno.

Al día siguiente de verificarse el bautizo, firmó *Pepete* la escritura para torear en Madrid, donde en la infausta tarde del 20 de Abril había de atravesarle el corazón el toro *Jocinero*, de la vacada de Miura, y segar en flor la existencia del pobre diestro.

Los padres de Guerra dedicáronle desde

luego á ayudarles en las tareas del oficio, con el cual vivían honradamente y con relativa holgura.

De pésima gana lo hizo el mocete, que no se amoldaba á la sujeción de un trabajo metódico, hasta que el nombramiento de portero de la Casa Matadero de Córdoba, recaído en José Guerra, cambió radicalmente el modo de ser de las cosas y mostró al muchacho el luminoso faro del porvenir.

Doce años contaba Rafael cuando su padre tomó posesión del nuevo empleo. El muchacho tenía durante el verano la costumbre de tomar baños gratis en los pilones del Matadero.

Una noche del mes de Julio, después de los frescos zambullones en el pilón, observó que en los corrales de la casa había dos becerros de la ganadería de D. Rafael Barbero, destinados al abastecimiento de la carne.

Verlos el chico, quitarse la camisa, convertirla en capote y empezar á torear á los bichos, fué obra de un instante.

Terminada la faena, miró Rafael al cielo y puso ante Dios y los becerros de Barbero ser lidiador de reses bravas.

Dos arrapiezos, compañeros inseparables de Guerra, *Torerito* y el *Mojino*, formaron con aquél una trinidad que se propuso sortear sin tregua ni reposo cuantos cornúpetos hubiera en los corrales.

Y lo hicieron á pedir de boca, nocturnamente, burlando la paternal vigilancia del portero, quien no podía sospechar que su hijo se entregara á tan peligrosos ejercicios.

Una noche, sin embargo, el juego quebró. Supo Rafael que había encerrado en el Matadero un novillo utrero superior. Lleno de entusiasmo el chico, no se anduvo en chiquitas.

Había en Córdoba un aspirante á picador de toros que respondía al rimbombante apodo de *California*. Fué á buscarle Guerra, dióle cuenta del caso y decidieron los dos habérselas aquella noche con el utrero.

Mientras dormía el padre se hizo el hijo

con la llave del corral donde el novillo estaba encerrado, y pisando quedo y conteniendo el hálito, penetraron como dos criminales en el corral Guerra y el gran *California*.

Para torear el bicho llevaba Rafael lo indispensable, que era un magnífico guiñapo en forma de capote. Pero el picador carecía de caballo, y el sitio y la hora se prestaban poco para encontrar corceles.

¡Aquí del ingenio juvenil! Guerra dió con una piel seca de vaca que tenía la forma del lomo de un bridón, y como el cutis de *California* era de paquidermo y la ocasión poco propicia para pararse en nimiedades, allá se puso á horcajadas el picador, armado de un palo largo y recio, y la corrida comenzó.

¡Corrida ideal para los dos destrozones, que gozaron lo indecible! Guerra empapaba al utrero, lo llevaba á la piel de vaca, embestia el animal, rodaban dulcemente picador y caballo, y Rafael entraba al quite y se llevaba al bicho con una media verónica ó una larga, mientras la pálida Hecate, única

espectadora de la fiesta, se reía á moco tendido, allá, en las etéreas alturas, bañando con argentada luz la ciudad de los Califas.

Prolongábase la corrida con gran contentamiento de los delincuentes, entre los volatines que hacían *California* y su enjuto corcel y los maravillosos quites de Guerra, cuando de pronto sintió éste un palo en las espaldas.

¡Ay! gimió el chico con dolor y extrañeza. Llevóse la mano al aporreado miembro, volvió la cara, creyendo tal vez que el utrero le había corneado á traición, y, como D. Juan Tenorio, no tuvo más remedio que exclamar:

¡Válgame Cristo, mi padre!

Era su padre, en efecto; su padre que, habiendo notado ciertos rumores en el corral, se levantó de la cama, buscó las llaves y, no hallándolas en su sitio, se asomó á una ventana y contempló airado desde allí el espectáculo de la corrida.

Entonces bajó sigilosamente y se presentó como sombra de Nino ante los aterradores



mozalbetes. El conspicuo *California* dijo: "pies, ¿para qué os quiero?", soltó el caballo y apretó á correr, y el pobre Guerra tuvo que aguantar la más descomunal paliza que registran los anales de su cuerpo.

Se comprende el furor que se apoderó de José Guerra al sorprender á su hijo en el corral del Matadero. La trágica muerte de *Pe-pete*, á quien querían entrañablemente los padres de Rafael, les había hecho cobrar un odio invencible á las corridas de toros; así es que, al lidiar el novillo de Barbero, no podía imaginar *Guerrita* cosa que más disgustara á su amante padre.

Prestó entonces su decidida protección al chico una persona muy respetable é influyente de Córdoba, D. Tomás Conde y Luque, que había visto á Guerra en algunos tentaderos y habíase quedado prendado de su maña precoz.

Merced al Sr. Conde y Luque abriéronse de par en par para Guerra las puertas del Matadero; intercedieron también por el mucha-

cho Francisco Rodríguez, *Caniqui*, antiguo y acreditado banderillero cordobés, y el inteligente aficionado Rafael Sánchez, *Poleo*, y, al fin, tras varias somantas paternales administradas con equidad y aseo, cedió de mala gana el padre. Y Rafael Guerra vió colmados sus deseos, ingresando en la cuadrilla de jóvenes toreros rotulada *Los niños de Córdoba*, que organizó el año 1876 *Caniqui*, y comenzó sus tareas en Andújar el 8 y 9 de Setiembre.

Con Rafael entraron también á formar parte de la infantil cofradía torera *El Tore-rito* y *Mojino*, sus inseparables camaradas.

Un detalle. Entonces fué cuando Guerra usó su primer mote de *Llaverito*.





## II

La primera salida.—Vuelta al hogar.—Un año de descanso.—  
¡En libertad!—Los comienzos de Guerra.—El primer novillo  
que mató.—Matador de novillos.—*Frascuolo* y Guerra.—La  
corrida de Granada.—Banderillero de *Bocanegra*.—Los triun-  
fos del *Llaverito*.—Ingreso en la cuadrilla del *Gallo*.

**A**N año duró aquella expedición, du-  
rante la cual banderilleó Guerra va-  
rios novillos en las plazas de An-  
dalucía, distinguiéndose mucho en la de  
Córdoba, donde *debutó* en una novillada ve-  
rificada el 15 de Octubre de 1876.

Terminada la temporada, volvió el mo-  
cete al hogar paterno, y ante las severas ór-  
denes del padre, tuvo que dedicarse nueva-  
mente al oficio de curtidor.

Un año entero dobló el cuello bajo aque-

lla coyunda y trabajó rabiando de celos aparte. José Guerra se mostraba inflexible, el chiquillo recordaba las palizas de antaño y se aguantaba por la buena, pero su espíritu estaba siempre en las plazas de toros y la sujeción del oficio acrecentaba, si cabe, su decidida vocación.

Entretanto *Poleo* no cesaba por su parte en la tarea de inculcar en el ánimo del padre de Guerra la persuasión de que el muchacho manifestaba aptitudes extraordinarias para el toreo.

Un día, y otro, y otro, ayudado calurosamente por *Caniqui*, abogaba ante el curtidor en pro de las pretensiones de su hijo. Tanto pudieron los ruegos del entendido aficionado y los del banderillero cordobés, que ablandaron finalmente á José y á su esposa, y Rafael vió el cielo abierto cuando supo que podía volver á torear con el pleno consentimiento de sus padres.

Aquí comienza, en realidad, la carrera de *Guerrita*. En el año de 1878 lanzóse decidi-

do á torear y actuó como banderillero en numerosas plazas. El mes de Agosto hallábase en la de Alcoy, donde entusiasmó al público pareando los novillos que le correspondieron, y mató uno á petición general.

Dieciséis años tenía Rafael, era un niño, cuando armado de estoque y muleta se encaró con el torete; pero pesaba demasiado el estoque y tuvo que tenérselo el *Camará*, mientras Guerra, con gran desahogo, toreaba de muleta al novillo.

Cuando estuvo cuadrado pidió el estoque al jefe de la cuadrilla y se dejó caer con una gran estocada en las agujas que hizo polvo al bicho y valió á la criatura una entusiasta ovación.

Un mes después, en Setiembre, volvió Guerra á empuñar el trapo y la espada para matar en Cabra un toro enano de la ganadería de Barrionuevo, y en las corridas celebradas en Córdoba el 5 de Enero de 1879 estoqueó un novillo utrero que le cedió Manuel Molina.

Figuró después, por primera vez, como matador en una novillada organizada en Córdoba por *Lagartijo*, y que se verificó en aquella plaza el 23 de Marzo siguiente, á beneficio de las familias de las víctimas de un hundimiento. En dicha función banderillearon y estoquearon gratuitamente cuatro novillos de D. Manuel Alvarez, *Guerrita*, *Mojino*, *Torerito* y *Manene*.

El 26 de Junio *Guerrita* toreó en la plaza de los Campos Elíseos de Madrid en una corrida de cuatro toretes de D. José Fierro, celebrada á beneficio de los Asilos de San Bernardino.

El 28 de Agosto estaba en Linares, donde al siguiente día tenía que tomar parte en una novillada, en la cual figuraban como matadores Antonio Fuentes, *Hito*, y el *Camará*.

Aquel propio día, el 28, toreaban el *Gordito* y *Frascuelo* una corrida de Veragua. Todas las aspiraciones de Guerra y del *Torerito* eran asistir á la función y ver matar á *Frascuelo*. No había billetes en el despacho,

y, aunque los hubiera habido, el bolsillo de los novilleros no daba para permitirse tamaño lujo.

¿Qué iban á hacer para satisfacer el ansia que tenían por asistir á la corrida de toros? Un golpe de audacia los salvó.

— Vamos á ver á *Frascuero* — dijeron ambos.

Y, en efecto, allá se fueron tan templados y se presentaron á Salvador, á quien dieron cuenta de lo que ocurría.

*Frascuero*, prendado de la frescura de los mozalbetes, les tendió la mano al instante:

— Esta tarde váis á salir con mi cuadrilla. Vestíos cuando sea hora y haréis el paseo. ¿Queréis banderillar un toro?

— ¡Ya lo creo!

— ¡Pues andando, y hasta luego!

Los chicos salieron locos de júbilo del cuarto de Salvador, y por la tarde lucieron su gallardía confundidos con la cuadrilla de *Frascuero*.



Salió el cuarto toro, un hermoso jabonero de Veragua, y dirigieronse á él, con los palos en la mano, Guerra y el *Torerito*, quienes en un santiamén clavarón al veragüeso seis pares de banderillas en lo alto, en medio de estruendosa ovación.

Salvador mató el toro de una estocada hasta la bola, de las suyas, y obtuvo también una ovación inmensa, en la cual tomaron parte con toda su alma los dos muchachos á quienes tan noblemente había protegido.

En la novillada del día siguiente mató Guerra á petición del público el quinto novillo.

El 9 de Noviembre verificóse en Córdoba, á beneficio de los inundados de Murcia, Alicante y Almería, una corrida de seis toros, de Castrillón, que fueron estoqueados por *Bocanegra*, *Lagartijo* y su hermano Manuel, corrida á la cual siguió la lidia de dos novillos que mataron *El Llaverito* y *Torerito*.

El año 1880 fué el último en que figuró como novillero Rafael. Después de torear en tal concepto durante aquella temporada, ban-

derilleó en Sevilla el 10 de Octubre y obtuvo el ascenso inmediato, ingresando el año 1881 en la cuadrilla de *Bocanegra* y formando parte á veces de la de Manuel Díaz, *Lavi*, y otras de la de Manuel Molina.

Uno de los triunfos más señalados de aquella época lo obtuvo *El Llaverito* en Bilbao, donde toreó con *Lavi* dos corridas de toros que se celebraron el 1.º y el 2 de Mayo.

Tales primores hizo el muchacho con las banderillas, que á la conclusión de la corrida segunda un grupo de espectadores lo alzó en hombros y lo paseó por el redondel.

Llegó el año 1882 y *El Llaverito* continuó trabajando durante la primavera y el estío á la vera de los tres matadores que quedan citados, hasta que la buena fortuna de Rafael le deparó la de entrar á formar parte de la cuadrilla de Fernando Gómez, *El Gallo*, escriturado entonces para la segunda temporada de Madrid.

Diego Prieto, *Cuatro-dedos*, banderillero de Fernando, se disponía á tomar la alterna-

tiva, dejando una vacante en la cuadrilla del *Gallo*, y éste, que conocía á Rafael y apreciaba debidamente su mérito, se apresuró á hacerle proposiciones, invitándole á ingresar en aquélla.

El *Llaverito* aceptó inmediatamente y entró á formar parte de la cuadrilla del *Gallo*. Aquí termina *El Llaverito* y empieza *Gue-rrita*. Desapareció por completo el primer mote y Rafael fué bautizado con el que aún lleva y figurará entre los primeros en la historia del toreo.





### III

Un cartel.—*Guerrita* en Madrid.—Ovaciones.—El *Gordito* y Guerra.—La revelación del torero.—Lo que hizo en la cuadrilla del *Gallo*.—Lluvia de escrituras.—Una corrida en Córdoba.—Salida de *Guerrita* de la cuadrilla del *Gallo*.—La leyenda y la verdad.—Ingreso de Guerra en la cuadrilla de *Lagartijo*.

Como documento curioso y que tendrá mañana valor histórico innegable, reproduzco á continuación el primer cartel en que figuró *Guerrita* en la plaza de toros de Madrid.

En dicho cartel aparece por vez primera el nombre de Rafael Guerra, acompañado del nuevo apodo *Guerrita*, que sustituyó para siempre al de *El Llaverito* que había usado hasta entonces.

# PLAZA DE TOROS DE MADRID



## 14.<sup>a</sup> CORRIDA DE ABONO

que se verificará (si el tiempo no lo impide)

EL DOMINGO 24 DE SETIEMBRE DE 1882

PRESIDIRÁ LA PLAZA LA AUTORIDAD COMPETENTE

Se lidiarán **seis toros** de la antigua y acreditada ganadería de D. ANASTASIO MARTÍN; vecino de Sevilla, con divisa encarnada y verde.

### LXXIADORES

#### PICADORES DE TANDA

Juan Antonio Mondéjar (Juaneca)  
y Matías Uceta (Colita).

#### PICADORES DE RESERVA

Emilio Bartolesi,  
Juan Fuentes, Francisco Fuentes  
y José Pacheco (Veneno).

### ESPADAS

José Machío, José Sánchez del Campo (Cara-ancha)  
y Fernando Gómez (El Gallo).

### BANDERILLEROS

Cosme González, Lorenzo Quílez y José Martínez Galindo;  
José Fernández (Barbi), Manuel Sánchez del Campo y Pedro  
Sánchez del Campo; Diego Prieto (Cuatro-dedos), Antonio  
García (El Morenito) y Rafael Guerra (Guerrita).

#### Sobresaliente de espada

**José Martínez Galindo**, sin perjuicio de banderillar los toros que le correspondan.

Llamó la atención *Guerrita* desde el mismo día en que pisó la plaza de Madrid. Su juventud, su alegría, su cara aniñada y la desenvoltura con que se colocaba ante la cara de las reses para parear, le captaron al punto las simpatías de todos los aficionados. Estas no hicieron sino acrecentarse de día en día al ver que el muchacho se mostraba deseoso de corresponder á los aplausos del público y de adelantar en la carrera.

Cuando llegó á Madrid en 1883 el Rey D. Luis de Portugal figuró entre los festejos organizados para agasajar al Monarca lusitano una gran corrida extraordinaria, función mixta, compuesta de dos toros rejoneados por D. Juan Laborda y D. José Rodríguez, á quienes apadrinaron *Cuatro-dedos* y *El Gallo*, respectivamente, y seis toros de Benjumea estoqueados por el *Gordito*, *Lagar-tijo*, *Currito*, *El Gallo*, Manuel Molina y *Cuatro-dedos*.

Parearon el cuarto toro *Guerrita* y Almendro, clavando el primero dos pares, uno

quebrando y el otro al cuarteo, que fueron el acontecimiento de la tarde. Tan en corto citó en el quiebro y de tal manera consintió y cuadró en la cabeza al cuartear el segundo par, que el público, lleno de entusiasmo, aclamó al valiente y primoroso banderillero, tributándole una ovación, acompañada de sombreros y cigarros, como no la obtuvo en toda la corrida ninguno de los matadores.

Maravillado el *Gordito* al ver la maestría de *Guerrita*, se dirigió á él y dióle la mano en mitad de la plaza, lo cual puso el colmo al frenesí de los espectadores.

Desde aquel instante, el nombre de *Guerrita* subió de repente á considerable altura. En cuanto toreaba Rafael, adivinábase en el público el deseo de que el muchacho saliese á poner banderillas y rara era la corrida en que no se llevase las palmas de la tarde.

Más adelante, en oportuno lugar, me ocuparé detenidamente del modo de parrear de *Guerrita*, pero puede juzgarse desde luego de la originalidad de su arte en el segundo



tercio de la lidia, con sólo pensar que produjo una verdadera revolución en los aficionados y bastó por sí solo para dar á las corridas nuevo cuanto inesperado interés.

Fué éste tan grande durante aquellos años, que *El Gallo* veía llover escrituras para todas las provincias de España, que deseaban admirar al joven banderillero cordobés.

Rafael llevaba á remolque á toda la cuadrilla, y su nombre hacía tanto ó más cartel que los de *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Verdad es que el admirable diestro justificaba con creces en cuantas funciones de toros tomaba parte la ruidosa fama que alcanzara en Madrid, y obtenía siempre frenéticas ovaciones.

En varias plazas pedía el público que *Guerrita* matara el último toro, y así lo hizo en Bilbao, en Córdoba, en Valladolid, con tanto arrojo y eficacia que los espectadores lo aclamaron con delirio.

La corrida que se celebró en Córdoba el 2 de Junio de 1884 fué memorable para *Guerrita*.

He aquí de qué modo hizo *El Diario de Córdoba* la reseña del tercer toro al llegar el segundo tercio de la lidia:

“Expectación general al tocar á banderillas. *Guerrita*, el incomparable *Guerrita*, ese fenómeno del toreo, coje los palos; todas las miradas estaban fijas en nuestro simpático paisano. El toro estaba huído y buscaba defensa en las tablas; allí va *Guerrita* á desafiárla, en corto terreno le cita enseñándole el cuerpo, el toro se arranca, creyendo cogerlo, y el diestro lo quiebra con arte y frescura en la misma cabeza, dejándole las banderillas que ni pintadas. La ovación que recibió el chico no es para descrita: sombreros, chaquetas, puros, un zapato de mujer y la *mar* de regalos. Manso se quedó el toro con el quiebro.”

En la reseña del último toro decía:

“*Guerrita* vuelve á entusiasmar al público; empieza con un par de los cortos al cuarteo, superior, despúes alegrando de la manera más bonita que se conoce, cita, va andando hasta pisar el terreno del toro, re-

trocede tres pasos, se arranca derecho metiendo los brazos con precaución y parando en firme al rematar la suerte. El público en masa pide unánime mate el héroe de la tarde, él se niega, pero no hay más que ceder ante tanto entusiasmo. El *Gallo*, acompañado de su banderillero predilecto, llega á la presidencia á pedir la venia, y ésta no se hace esperar, pues el Sr. García Espinosa la concede al momento.

*Guerrita*, de granate y oro, acompañado de los tres espadas, se presenta delante del berrendo con la muleta en la izquierda, y con la frescura de un consumado matador de toros; tres pases naturales, tres con la derecha, dos de pecho y uno en redondo, preceden á una gran estocada á volapié, entrando y saliendo con todas las reglas del arte. El entusiasmo del público rayó en delirio.,

Así continuó recorriendo un camino sembrado de flores y llenando de corridas á su matador, hasta que en Setiembre de 1885 dejó de pertenecer á la cuadrilla del *Gallo*.

¿Por qué?

No podía faltar la indispensable leyenda

y, en efecto, no faltó. Dijose que, merced á las más negras maquinaciones y á las más espantables intrigas, *Lagartijo* había *raptado* á Guerra, se lo había robado al *Gallo* con el objeto de privarle de los inmensos beneficios que le reportaba el célebre banderillero cordobés.

Lo que ocurrió fué sencillamente esto: la Empresa de la plaza de toros de Caravaca escrituró á *Guerrita*, lo cual quiere decir que contrató al *Gallo*. Rafael dijo á su matador que deseaba figurasen en la cuadrilla *Mojino* y el picador *Matacán*.

Accedió Fernando, participó *Guerrita* á sus recomendados que torearían con él; á última hora se repuchó el *Gallo*, hizo saber á *Mojino* y *Matacán* que él ponía la gente que mejor le parecía y no contaba con ellos para Caravaca; escribió en este sentido á Guerra, que se hallaba en Córdoba, y éste telegrafió á su matador en los siguientes ó parecidos términos:

“Enterado por su carta que no van á Cara-

vaca *Mojino* ni *Matacán*, yo tampoco voy.—

RAFAEL. „

¡Y hasta hoy! La inconcebible pequeñez del *Gallo* le privó para siempre del concurso de un torero á quien Fernando debía su fortuna. No pasó más, ni hubo, por lo tanto, raptos de ninguna especie.

El malogrado D. Juan Aguilar era íntimo amigo y admirador entusiasta de *Guerrita*, y al propio tiempo apoderado de *Lagartijo*.

Habló á éste para que tomase en su cuadrilla á Guerra; Rafael el Grande no se hizo de rogar; acogió con los brazos abiertos á *Guerrita*, su paisano; y así entró éste por la puerta grande en las huestes del maestro cordobés.

Aquí llegamos á un período importantísimo de la carrera de *Guerrita*, periodo que conviene narrar *in extenso*, con pelos y señales, porque representa etapa sumamente curiosa y *sugestiva* en la vida y destino del gran lidiador.

Puede decirse que el periodo álgido de

la fama de nuestro héroe da comienzo en Setiembre de 1885, puesto que á partir de esta fecha lo vamos á ver luchando contra encontradas corrientes y víctima de sucesos de grave enseñanza é interesante recordación.

No quiero, sin embargo, pasar adelante, ahora que voy á hablar por cuenta propia, sin declarar, para descargo de mi conciencia, que muchos de los datos que anteceden están tomados sustancialmente de una curiosa y, según noticias, exacta biografía de *Guerrita*, publicada en Sevilla en 1888 y escrita por D. M. Ruiz Jiménez.

Algunas noticias desconocidas hasta ahora y otras que he ampliado, proceden de personas íntimamente relacionadas con *Guerrita*, que me han proporcionado preciosos datos y documentos de gran utilidad.

Y para que se vea que aquí se juega limpio, conste que esas personas son Pepe Bilbao y Luis Carmena, á quienes ofrezco *coram populo* el testimonio de mi gratitud.



## IV

La plaza de Madrid en aquella época.—*Lagartijo y Frascuelo*.—El público.—Dos metáforas cursis.—El matrimonio y la flor.—*Guerrita* al lado de Rafael I.—Los lagartijistas y los anabaptistas del Profeta.—Lo que se dijo entonces.—Padre, Hijo y Espíritu Santo.—Alternando con el maestro.—Las corridas de Aranjuez.—El año 1887.—Un momento de detención.

**Q**UANDO *Guerrita* ingresó en la cuadrilla de *Lagartijo*, la plaza de Madrid gozaba de un período de calma relativa.

La competencia entre Rafael y Salvador continuaba siempre, pero sosegada, pacífica, sin ostentar aquellos caracteres de ferocidad que durante tantos años nos habían traído á todos de cabeza.

La labor del tiempo había producido sus efectos naturales. *Lagartijo* y *Frascuelo* envejecían, se iban gastando; nosotros también.

A fuerza de disparar un día y otro, quedaban muy pocas municiones, las armas comenzaban á enmohecerse y se resentían del cansancio.

Podía, pues, decirse que del encarnizamiento de la pelea no quedaban sino efluvios. La juventud, con sus ardimientos y sus desplantes, habíase largado con viento fresco, llevándose consigo la época de las grandes explosiones, aquella época inolvidable, cuyo recuerdo me rejuvenece aún.

Mientras *Frascuelo* encontró en la plaza la despiadada oposición de los lagartijistas, guiada por los *anabaptistas* del Profeta, luchamos y nos embriagamos con el fragor de la batalla; pero Salvador acabó por imponerse á todos, y desde el momento en que se deslindaron los campos y la verdad pudo más que la mentira, desapareció á pasos agigantados el principal aliciente de la lucha.



No cabían ya mixtificaciones; el envidiable ingenio de los portaestandartes del lagartijismo era ya impotente para prolongar el engaño. Habíamos alcanzado la meta, sabíamos á qué atenernos, estábamos — la duda era imposible — en el principio del fin.

Valiéndome de una metáfora cursi, mejor dicho, de dos metáforas cursis, me atrevo á afirmar:

Primero. Que desde el instante en que el matador de toros se hizo indiscutible en *Frascuero*, nos encontramos en la situación del amante que tras largo tiempo de cruel resistencia, toma posesión de la plaza sitiada.

Dicen que el matrimonio es la tumba del amor. Si el casamiento de *Frascuero* con la afición general no fué la sepultura de nuestro entusiasmo, lo cierto es que desde entonces entramos todos en la vida sosegada y normal del himeneo que se compadecía tan mal con los pasados arrebatos. Mientras gritamos, vivimos; en callando, ¡á morir!

Segundo. Que *Lagartijo* y *Frascuero*

eran dos ramilletes, cuya fragancia habíamos aspirado voluptuosamente durante cerca de veinte años; que comenzaban á ajarse, á marchitarse con rapidez, y hacía falta en ellos una flor brillantísima que les comunicara nuevo aroma, y en la cual pudiera recrearse nuestra vista y nuestro olfato, cansados de contemplar los mismos colores y de aspirar idénticos perfumes.

*Guerrita* fué en la cuadrilla de *Lagartijo* esa flor, como lo fué más tarde el *Bebe* en la de *Frascuelo*. Aquélla creció, se desarrolló y se hizo ramillete; ésta se secó cuando empezaba á oler. Luego hablaremos del *Bebe*.

Una vez dentro de la casa torera de *Lagartijo* y formando parte integrante de la familia, *Guerrita* fué inmediatamente el Benjamín del Jacob de Córdoba.

El muchacho tuvo letra abierta para todo, toreó como un calavera consentido, hizo quites, recortó, se adornó, abrió cátedra de banderillas *creando* un modo de parrear — como se demostrará á su tiempo — que convirtió el

segundo tercio de la lidia en un espectáculo de todo en todo bellísimo y original; inundó, en suma, de luz á la cuadrilla y comunicó á las corridas de toros oleadas de oxígeno que les dieron aspecto nuevo y sumamente atractivo.

Los lagartijistas acogieron á *Guerrita* con los transportes de júbilo que resuenan en los palacios reales al anunciarse el nacimiento del primer varón.

La sucesión estaba asegurada, ya tenía la corona un heredero. *¡Sursum corda!*

Los anabaptistas echaron las campanas á vuelo y postráronse de hinojos ante el retoño del triunfador de Munster, bautizándolo enseguida con el nombre de Rafael II.

¡Con cuánto entusiasmo lo jalearon! ¡Con cuánta solicitud lo cuidaron! ¡Con qué amoroso empeño se hicieron cargo del neófito! ¡Y con qué grandiosa solemnidad anunciaron *urbi et orbi* que el Califa soberano había dado á luz aquel guapísimo y retrechero mocete, á quien todos debían considerar, acatar y res-

petar como al glorioso mantenedor, sucesor é idealizador de la dinastía de Rafael el Grandel!...

Este, por su parte, actuaba de autor de los días de *Guerrita* con una maestría verdaderamente conmovedora.

Con los ojos puestos siempre en el chico, atento á sus menores movimientos, ayudándolo en las faenas de la muerte, tendía sobre su protegido un manto de protección que hacía asomar las lágrimas á los ojos de las almas sensibles.

En materias taurinas nadie se para en barras, por lo cual llegó á decirse, y la cosa quedó como verdad inconcusa, que Rafael II era hijo de Rafael I, pero no hijo taurómico, si puedo expresarme así, sino hijo habido de ayuntamiento carnal, con perdón de ustedes.

¡Hasta ese extremo llegó entonces la leyenda de protección y de cariño rafaelescos que rodeó como nimbo de bienaventuranzas á *Guerrita*!

El joven banderillero cayó, pues, en un lecho de rosas al ingresar en la cuadrilla del maestro cordobés. Prohijáronlo todos los lagartijistas, los anabaptistas lo arroparon con las filigranas de su literatura sugestiva, y el muchacho pudo embriagarse á su gusto en aquella dulcísima luna de miel que el destino le deparaba.

*Lagartijo* vió enseguida que no tenía otra cosa que hacer sino dejarse llevar por la corriente. El público, verdaderamente hipnotizado por *Guerrita*, pedía á voz en cuello, en cuanto se presentaba favorable ocasión, que Rafael II empuñase estoque y muleta; prestábase á ello de buen grado Rafael I y allá iban al toro el Padre y el Hijo, mientras los espectadores, convertidos en Espíritu Santo, cobijaban bajo sus colombinas alas á los dos y se volvían locos aclamándolos.

Poco tardó *Guerrita* en alternar con *Lagartijo* matando toros. Comenzó la faena el siguiente año de 1886, y alcanzaron las corridas el número de 22 con los mejores ma-

tadores, pero principalmente con el maestro de Córdoba.

Fueron notables aquel año las que se verificaron en Aranjuez el 29 de Junio y el 4 de Setiembre.

*Lagartijo* había terminado el año anterior sus compromisos con la empresa de la corte y habíase marchado decidido á no actuar en Madrid durante la siguiente temporada.

No apareció, en efecto, en los carteles el nombre de Rafael, y los lagartijistas fuéronse todos á la ciudad de la fresa resueltos á celebrar una manifestación que fuera desquite de la ausencia del Califa.

La manifestación se llevó á cabo con el aparato debido; Rafael I fué el héroe de la fiesta, y Rafael II, que mató los dos últimos toros, compartió con su padre putativo del toreo las ovaciones que se prodigaron á éste.

En la corrida del 4 de Setiembre, *Guevrita*, alternando con el maestro, estoqueó tres toros, de los cuales mató dos, el segundo y cuarto, sobre todo éste, de un modo

admirable, despertando el entusiasmo general.

El año 1887 fué escriturado *Guerrita* por la empresa de Madrid para torear con *El Ecijano*, *Fabrilo* y *El Bebe* cuatro novilladas que se celebraron en los días 27 de Febrero, 6, 13 y 27 de Marzo, y en cuanto llegó la temporada de toros apareció de nuevo en la cuadrilla de *Lagartijo* que, tras un año de eclipse, volvía á la corte á torear con *Frascuelo*.

No es posible hablar del año 1887 sin recordar una corrida que ha quedado escrita para siempre en los fastos de la tauromaquia. Me refiero á la del 26 de Mayo, en la cual mató Salvador seis toros de Veragua.

¡Año en verdad memorable, en el cual los dos acontecimientos de la temporada fueron la citada corrida y la alternativa de Rafael Guerra, que señalaron dos fechas inolvidables en la historia del toreo!

Hay que hablar de eso con el detenimiento debido.







## V

La corrida del 26 de Mayo de 1887.—Las faenas de Salvador.—  
El santo de cara.—Los toros del Duque.—Cómo los mató  
*Frascuero*.—Una emoción y una monada.—Las ovaciones.—  
*Guerrita* en la corrida del 19 de Abril.—Preludios de alterna-  
tiva.—Punto de atención.

**M**UCHAS, muchas páginas brillantísi-  
mas tenía entonces en su historia  
Salvador Sánchez *Frascuero*. Me  
basta recordar, entre ellas, la famosa corrida  
á beneficio de la Asociación de la Cruz Roja  
verificada en 1874; la corrida en que volvió  
á presentarse Salvador ante el público ma-  
drileño, después de la terrible cogida que su-  
frió el diestro en 1877; la de Beneficencia

de 1882; y la de los seis toros de Muruve que estoqueó en 1885.

Todas ellas quedaron eclipsadas por la corrida celebrada en Madrid el jueves 26 de Mayo de 1887, en la cual toreó y mató *Frascuero* seis toros del Duque de Veragua, con un arte, con una inteligencia, con una tranquilidad, y con un arrojo que excedieron á toda ponderación.

Reseñar detalladamente los lances y hacer una crítica minuciosa del trabajo de Salvador en dicha corrida, sería empequeñecerla.

¿Qué decir de una función de toros, en la cual se presentó en la plaza la primera res á las cinco menos veintitrés minutos, y arrastraron al último toro á las seis y cuarto?

¿Qué decir de una corrida de seis toros, durante cuya lidia y muerte resonaron los aplausos sin cesar, repitiéndose las ovaciones unas tras otras, unánimes y entusiastas?

¿Qué decir de una fiesta en la que la maestría portentosa de Salvador no decayó ni un solo instante, y durante la cual el pú-

blico admiró en el célebre diestro todas, absolutamente todas las condiciones de un torero y de un matador, en el cual, la sangre, la vergüenza, la valentía, el aplomo y los conocimientos de un lidiador consumado, rivalizaron á porfía, para convertir el espectáculo en fecha histórica que quedó grabada para siempre en la memoria de los aficionados?

Así como algunas veces la desgracia parece empeñada en neutralizar la buena voluntad de los hombres, haciendo inútiles todos sus esfuerzos, hay otras en que la fortuna les abre los brazos y dispensa sus favores con prodigalidad inverosímil.

“Venir el santo de cara,, llaman á eso los toreros, y “volverse el santo de espaldas,, dicen cuando ocurre lo contrario.

Esa tarde se propuso, por la visto, el santo llenar de mercedes á todos: á los toreros, al ganado y al público. Y como todos pusieron por su parte cuanto fué necesario para que la fiesta resultara tal, en toda la extensión de la palabra, sucedió lo que no podía

menos de suceder. Hubo aquello de "ayúdate y Dios te ayudará," y lo que comenzó en acto ordinario, terminó en inolvidable acontecimiento.

Los toros del Duque, á excepción solamente del cuarto, que fué blando y guasón, hicieron excelente faena, sobresaliendo el quinto, seco y de poder, y demostrando los demás la bravura y la nobleza de su casta.

Tomaron 45 varas, propinaron 19 tum-bos á los picadores, y mataron 15 caballos. Algunos se quedaron en banderillas, pero todos dejaron llegar generalmente, y si hubo toros que enseñaron la oreja de manso á la hora de la muerte, la muleta de Salvador se encargó de embravecerlos, volviéndolos á su primitivo estado.

De los seis que mató *Frascuelo*, en veinte minutos próximamente, sólo el primero se echó y necesitó puntilla; los cinco restantes, salieron muertos de manos de Salvador y cayeron á plomo, como caen los toros cuando se hiere alto, derecho y hondo.

Solo estuvo el matador toreándolos de muleta; y, fuera del sexto, que tenía todas las varas en la paletilla izquierda y se acostaba de aquel lado, por lo cual había que pasarlo con la mano derecha, los demás recibieron el castigo sobre la izquierda, en corto y consintiéndolos á despecho del aire, que no se echó en todo la tarde y dificulta siempre el manejo del trapo.

En la muerte de sus seis toros, Salvador consumó las suertes de recibir, aguantar, á volapié y á un tiempo, magistralmente todas ellas, con una bravura y con una inteligencia de todo punto admirables.

Una sola vez, en la muerte del quinto toro, salió el matador por pies al dar el primer pinchazo. Creyó, confiado en la suerte que le favorecía constantemente, que cogería los blandos y se quedaría el animal embebido en un estoconazo, pero dió la espada en hueso, arreó el toro tras el matador, y éste, que no había cuidado la salida, tuvo que abrir el regulador á los pies, sin tiempo para rehacerse.

Salvador se vengó inmediatamente de aquel insignificante lunar, único de la corrida, empuñando de nuevo el estoque y hundiéndolo hasta la bola en lo alto del morrillo. El toro quedó hecho polvo.

Lo demás hubo que presenciarlo para darse de ello cuenta. Toreando con un desahogo admirable, enfilándose en la misma cuna, apuntando con el estoque, como un cazador apunta con la escopeta, haciendo que los toros se comieran la muleta á fuerza de acogotarlos con ella de puro obligarlos á que descubrieran la cerviz, arrancando derecho como una bala y reuniéndose en el embroque hasta el punto de formar con los toros una masa compacta y forzarlos á que hicieran demás; las faenas de Salvador fueron en los detalles y en el conjunto algo extraordinario, algo nunca imaginado ni visto, algo que queda para no borrarse jamás, y bastó por sí solo para vengar con el entusiasmo de un día los agravios de muchos años.

Para que nada faltase en la corrida,

hubo también su miajita de emoción. Véase cómo:

El tercer toro, que fué, por cierto, el único que no trajo cuernos, dió un tumbo en las tablas al picador *Matacán*, dejándolo en descubierto. Salvador se lanzó al quite y desvió al toro del bulto, aguantándolo. El animal estaba muy aplomado y dejó pronto rehacerse á *Frascuero*, el cual quedó colocado delante del toro, sujetándole la cabeza con el capote extendido ante ella, mientras el picador se levantaba y tomaba el olivo.

Pero en aquel instante, un mono sabio, con esa insoportable diligencia que caracteriza á los saltarines, se fué al picador y llamó la atención del toro, que al ver la blusa roja del mono se inquietó. Temeroso entonces Salvador de que el animal se desengañara del capote y volviera á las tablas donde estaba *Matacán*, empapó al toro y se lo llevó de nuevo aguantando, pero quiso terminar con un recorte innecesario, y tanto se encunó, que recibió un hocicazo en el muslo izquierdo,

sacando roto el calzón. Y no hubo más afortunadamente.

Antes del desavío, Salvador hizo una monada; cogió un pavero que habían lanzado al redondel, dió un recorte al toro, colocó el pavero en la cuna, lo dejó en ella dos ó tres segundos, lo volvió á tomar sin mover los pies y lo arrojó al tendido 4, en medio de una entusiasta ovación.

La serie no interrumpida de triunfos que Salvador alcanzó aquella tarde en la plaza, tuvo una cola inusitada y nunca vista, fuera del redondel. El valiente é inteligente matador fué llevado en hombros hasta el coche, y el público allí apiñado le hizo una verdadera manifestación de admiración y de cariño que se prolongó hasta cerca de la Puerta de Alcalá.

He dedicado á esa inolvidable corrida alguna atención, porque he creído que tenía un puesto señalado en esta obra y debía figurar en sus páginas como uno de los acontecimientos taurinos más memorables de esta época.



Un mes antes de verificarse esa fiesta de toros, llevada á cabo con una brillantez que quizá no tenga precedentes en la historia del arte, *Guerrita* hizo en la corrida del 17 de Abril algo extraordinario como peón de lidia, algo que llamó unánimemente la atención y le valió entusiastas aplausos.

En la revista que escribí en *La Lidia* entonces, juzgué el trabajo del admirable diestro dedicándole, inmediatamente después del trabajo de los matadores, las siguientes líneas:

“GUERRITA.—Nos permitimos colocar en este puesto de honor al simpático Rafael Guerra, que si no mató toros ayer tarde, ayudó mucho á que otros los mataran. No hay palabras con qué elogiar el trabajo tan hermoso por su discreción, su valentía y su oportunidad que hizo ayer *Guerrita*. Incansable, siempre en su puesto, corriendo los toros, abriéndolos, cerrándolos y refrescándolos, haciendo quites, recortando, colocándose siempre donde debía y toreando de medio cuerpo arriba,

que es como se torea de verdad, *Guerrita* escuchó grandes aplausos durante toda la corrida, y quedó en las simpatías de los aficionados á una envidiable y justificadísima altura, como peón de lidia. Bravo, *Guerrita!* „

Y de mi opinión participaron cuantos habían quedado prendados de aquella primorosa labor.

La alternativa se imponía como absoluta necesidad. No podía ya estar lejos el día de la independencia, el día en que el diestro mimado del público de Madrid formase cuadrilla y campase por sus respetos.

Ese día llegó el 29 de Setiembre, acompañado de circunstancias que requieren un punto de atención.





## VI

Lo que era *Guerrita* en la cuadrilla de *Lagartijo*.—El papel que representaba.—Anuncio de alternativa.—Protestas.—Una carta á *Guerrita*.—Mi profecía.—Algunos párrafos sustanciales. — Situación de Guerra cuando tomó la alternativa.

**V**A se han visto los rapidísimos progresos realizados por *Guerrita* desde que apareció en la plaza de Madrid figurando como banderillero en la cuadrilla de Fernando Gómez.

Conocidas son también las favorables circunstancias que le acompañaron cuando entró á formar parte de la de *Lagartijo*.

Habíase mostrado peón de lidia bravo, inteligente, oportuno, duro, incansable, lla-

mando la atención hasta tal punto que el público seguía con la vista al capote de brega de Rafael con igual interés que á sus banderillas ó al estoque de un afamado matador.

Pareando alcanzaba triunfos ruidosísimos y se presentaba audazmente como un innovador aceptado con entusiasmo unánime.

Con estoque y muleta, alternando en provincias con su matador, había despertado el interés general y obtenido repetidas ovaciones.

Todo lo había hecho ya, mostrándose en general á una altura no alcanzada por matadores que tomaron la alternativa antes que él, algunos de los cuales, la mayor parte, yacían en el olvido.

En la cuadrilla de Rafael Molina era Guerra un foco de luz eléctrica, como he dicho antes; lo animaba todo con su frescura, con su gallardía, con sus alegres desplantes de niño valiente y travieso.

Jugaba con los toros manifestando desenvoltura y desahogo sin par y haciendo alar-

de de unas facultades tan excepcionales que habían descartado en el público la posibilidad de una avería.

Pero, dentro de una corporación respetable á cuyo frente se hallaba el coloso cordobés, Rafael I, veíase que *Guerrita* tenía necesidad de reprimirse, no podía dar rienda suelta á sus juveniles ímpetus, porque, en medio de las libertades que le permitía su Jefe, la aureola que rodeaba á *Lagartijo* imponía á Guerra ciertas reservas naturales que le impedían moverse completamente á sus anchas.

Para decirlo de una vez, hacía dos años que *Guerrita* representaba el papel de Hijo en la cuadrilla del Padre; y el público deseaba ya con ansia darle el ascenso definitivo, esto es, despojarlo del papel de Hijo y darle la investidura de Padre, para lo cual reunía con exceso las cualidades apetecidas.

En esta situación se hallaba Rafael Guerra cuando la hora de la alternativa sonó para el sobresaliente diestro.

Pues bien: cuando tantas precedentes á la suya no habían levantado ninguna protesta y habían pasado poco menos que inadvertidas; cuando todo hacía presumir que la de Guerra sería recibida con entusiasmo general, teniendo en cuenta que las esperanzas de los aficionados descansaban en aquel asombroso torero que había eclipsado antes de tomar la alternativa á cuantos matadores modernos le habían precedido en ella, dióse el caso de que hubo muchos que protestaron contra la de Rafael, juzgándola prematura.

— Todavía está verde — decían — y debe permanecer dos años más al lado de su maestro para aprender.

¡Para aprender! ¿Aprender qué? ¿Qué es lo que le iba á enseñar *Lagartijo* que *Guerrita* no supiese de memoria?

No hay sino repasar las páginas de la historia del neófito, para convencerse de que estaba madurísimo para figurar desde luego como matador de cartel.

Por mi parte era tan grande la seguridad

que tenía de que Rafael Guerra correspondería con exceso á las esperanzas de sus admiradores, en cuyo número me contaba, que le dirigí una carta larguísima publicada en los números de *La Lidia* correspondientes á los días 3 y 10 de Octubre de 1887.

No me ha gustado nunca ponerme moños, como suele decirse, ni jactarme, por lo tanto, de ver mejor, en ocasiones, que la generalidad.

En esta, me complace, sin embargo, recordar que tuve el disparatado honor de predecir al *Guerrita* actual, siete años antes que nadie y hallándome entonces ausente de Madrid.

En Biarritz escribí, en efecto, la primera parte de la carta dirigida á Guerra la víspera de verificarse en la corte la ceremonia de la alternativa.

No se asusten los lectores, que no he de incurrir en la puerilidad de reproducir aquí mi larguísimo alegato; pero perdóneseme la pequeña vanidad de copiar algunos fragmen-

tos conducentes al asunto y sobre todo de recordar mi profecía.

En la carta citada figuran los párrafos siguientes:

“Hace ya bastante tiempo que se habló de la alternativa de Ud., como de cosa hecha.

El año pasado, todos decían que *Lagar-tijo* se la daría á Ud.; y, si mal no recuerdo, usted mismo me dijo en San Sebastián que todavía le hacía falta torear un año más, por consejo de Rafael, para estar en disposición de formar cuadrilla y campar por sus respetos.

El año se ha cumplido, y los deseos de usted se ven satisfechos; pero entonces, como ahora, surge la duda de si reúne Ud. ó no las condiciones necesarias para dar el gran paso.

Permítame Ud. que le diga mi opinión. El inteligentísimo aficionado D. José Sánchez de Neira, publicó no ha mucho tiempo en estas mismas columnas un artículo notable, como lo son todos los suyos, en el cual le



conceptuaba á Ud. poco maduro para tomar la alternativa. Y de esta opinión de D. José participan seguramente algunos aficionados.

Pues bien: yo que respeto como el que más todos los juicios de Neira en materias taurómacas, me separo de todo en todo del que ha formulado en esta ocasión.

Usted es un gran torero; un torero valiente, arrojado é inteligente, como hay pocos en el día. Viéndole á Ud. torear, se ve inmediatamente que ha nacido Ud. torero, y que ejerce el arte con entusiasmo y por vocación, que es lo principal.

Sabe Ud. adornarse y sabe Ud. defenderse, Y SE NECESITA SER MUY MIOPE PARA NO ADIVINAR EN USTED AL TORERO DEL PORVENIR, AL QUE HA DE REEMPLAZAR, QUIZÁ CON VENTAJA, Á LOS DOS GRANDES MAESTROS CUYOS NOMBRES NO TENGO NECESIDAD DE CITAR.

Digo que con ventaja, porque es Ud. joven, tiene apuesta presencia, y reúne Ud. la fuerza física y la elegancia corporal, el coraje

y la valentía, lo que Dios le ha dado y lo que Ud. ha aprendido. De modo que puede decirse, sin hipérbole, que hay en Ud. una especie de fusión de *Lagartijo* y de *Frascué-  
lo*, fusión que los pocos años de Ud. hacen todavía más simpática y atractiva.

Le he visto á Ud. entrar á ciertos quites peligrosos con el ardimiento incomparable de Salvador, y *cogerle las vueltas* á un toro y llevárselo en viaje largo, con la soberana gallardía de Rafael. Le falta á Ud. aún el imponente arranque del uno y el aplomo fascinador del otro, pero eso vendrá con el tiempo si no lo malogran los golpes.

Siendo, pues, Ud., como lo es, un gran torero, ¿á qué estancarse como peón de lidia ó sobresaliente de espadas? ¿A qué alternar nominalmente con éste y el otro? ¿A qué dejar al prójimo un beneficio indudable que nadie más que Ud. debe explotar?

Usted tiene grandes simpatías, Ud. tiene muchos devotos, Ud. tiene en todas partes público que le aplauda y aficionados que le

admiren. ¿Y va Ud. á figurar en segunda linea cuando la gente que paga y que pega le coloca á Ud. con frecuencia en la primera? ¿Va Ud. á plagiar al *sic vos non vobis* de las abejas de Virgilio?

No, amigo *Guerrita*; Ud. tiene alas para volar solo, y hace Ud. muy bien en escaparse del nido. Es Ud. mayor de edad y no le hacen ya falta tutores. „

Tales son los párrafos más sustanciales de mi carta que dan idea del interés que despertaba en todos los aficionados el ascenso de Rafael.

Cuanto á mi modesta profecía, el joven cordobés había de tardar poco tiempo en realizarla en todas sus partes.







## VII

La corrida de alternativa.—*Sobaquillo fecit*.—Los héroes del 29 de Setiembre.—El juicio de la opinión.—Los ascensos de *Guerrita*.—La campaña de la Habana.—El beneficio de Guerra.—Vuelta á la Península.—Beneficios de la campaña ultramarina.—A las puertas del martirio.

**L**A corrida “sensacional” se llevó á efecto el 29 de Setiembre, día de San Miguel, de 1887.

Para describir sus principales lances, dejo la pluma á *Sobaquillo*, que dedicó al acontecimiento una revista primorosa, en la cual el ingenio del más valioso campeón que tuvo en su carrera Rafael Molina estalla con vivísimos colores.

Idólatra del Padre, *Sobaquillo* se encar-

gó de mecer al Hijo en su cuna, y jamás pudo soñar *Guerrita* con pluma más adecuada para idealizar el acto del bautizo.

*Boceto de poema en diez cantos* tituló *Sobaquillo* su revista.

La alternativa ocupa el cuarto canto, y dice así:

“ El Califa iba de verde—¡el color del estandarte del Profeta!—con primorosos arabescos de plata.

Su heredero lucía espléndido traje de perla y oro.

¡De oro y perlas es él, digan lo que quieran los ciegos de nacimiento!

Celebrada la ceremonia de la alternativa con solemnidad no usada desde el advenimiento de León XIII al solio Pontificio y la coronación de Alejandro III como czar de todas las Rusias, se fué *Guerrita* hacia el bicho con tan buena voluntad que al tercer pase resultó embrocado y derribado.

Rafael I metió el capote con tanto valor, arte y elegancia, preparando, volviendo al

marrajo—que no merecía otro nombre—con tanta seguridad, precisión y valentía, que si llega á verlo Moratín hace pedazos su admirable *Canción á Pedro Romero, torero insigne*, en la cual llegó al colmo de lo perfecto en literatura, según la autoridad de D. Aureliano Fernández Guerra.

El cual Guerra—no D. Aureliano, sino Rafael,—siguió trasteando al bicho con siete pases más, todos de primera, y dió una á volapié hasta la mano, metiéndose en corto y por derecho con gran coraje.

El Califa en ciernes intentó el descabello tres veces y acertó con la puntilla al primer golpe.

Ovación por todo lo alto al Séneca y al Lucano de la Córdoba moderna.,

El toro se llamaba *Arrecío*, y pertenecía á la ganadería de Núñez de Prado.

El cuarto de la corrida, segundo que mató *Guerrita*, se llamaba *Tinajero*. Oigamos á *Sobaquillo* en el sexto canto de su boceto de poema:

“Dos admirables pares de *Mojino* que levantaron de cuajo hasta los sillares del edificio morisco, y uno desigual de Almendro, prepararon á *Tinajero* para que lo despachase *Guerrita* de una estocada caída en el lado contrario, citando á recibir dos veces con el pie, la flámula y el cuerpo, dejando llegar al bicho con sin igual valor y saliendo de la suerte hechos una pelota el toro y el torero.

Descabellado el bicho, recibió Rafael II una ovación indescriptible.

Los madrileños estaban como hace diecinueve años en tal día y á tal hora...

Y me quedo corto!.,

Durante la lidia del quinto toro (canto VIII) hubo lo siguiente:

“*Guerrita* fué aclamado por la muchedumbre y se excedió á sí mismo en los quites... Hubo momentos en que hasta el toro le aplaudió.

—¡Ellos! ¡Ellos!—gritaron las masas, y cogieron los palitroques entrambos Rafaelés.



Monumentales fueron los dos pares de *Guerrita*, pero los otros dos de *Lagartijo* fueron archimonumentales.

Se juntó Roma con Santiago, como decían nuestros abuelos.

Roma, por supuesto, representaba en este caso á *Lagartijo*. „

Vengamos al último toro (canto IX):

“Adornado *Romerito* con dos pares de primer orden puestos por el *Mojino* y uno caído de Verduti, fué perfectamente trasteado por *Guerrita* y despachado de una algo tendida que el nuevo espada dió á toda ley, un pinchazo bien señalado, y una hasta la mano, superior.

Ovación final. „

*Sobaquillo* sintetizaba elocuentemente el efecto que en el público había producido la alternativa de Rafael, terminando su escrito con los dos párrafos siguientes:

“Conque ya saben ustedes quiénes y cuántos son los héroes del 29 de Setiembre.

No son tres, sino cuatro, si se me per-

mite la audacia de elevar el toreo á la altura de la Revolución...

PRIM

SERRANO          TOPETE

GUERRITA.,,

No quiero molestar á los lectores reproduciendo los juicios de la prensa política y taurina acerca de la alternativa de Rafael.

Que los lagartijistas echasen las campanas á vuelo y oficiasen de pontifical, no debía extrañarle nadie, puesto que al elogiar entusiásticamente á Rafael II hacían justicia al neófito y al propio tiempo cosa grata á Rafael I, que en aquella corrida no estuvo por cierto á la altura de su reputación.

Pero la opinión fué unánime al formular su juicio sobre el *debutante*, cuya alternativa se acogió con aplauso general y en quien desde aquel instante descansaron todas las esperanzas.

Tenia *Guerrita* veinticinco años, hacia once que había comenzado á torear novillos con la cuadrilla de *Los niños de Córdoba*, y seis nada más habían transcurrido desde que ingresara de banderillero en la de *Bocanegra*.

De suerte que en tan breve espacio de tiempo, había logrado todos los ascensos de escala y llegado á la codiciada meta de la alternativa, rodeado de la admiración de todos los públicos y en una época en que tantos matadores pretendían en vano despuntar al lado de Rafael y de Salvador.

Basta esta circunstancia por sí sola para aquilatar el mérito de *Guerrita* y dar idea de las simpatías que le rodeaban cuando alcanzó la codiciada meta de matador de cartel.

Como la toma de la alternativa se verificó en las postrimerías de la temporada, sólo toreó Guerra aquel año dos corridas más, una en Barcelona el 10 de Octubre y otra en Madrid el día 15.

Pero la suerte le deparó muy pronto con-

trata ventajosísima para la Habana, para donde embarcó en Cádiz el 30 de Octubre con *Currilo*, escriturados ambos para torear catorce corridas de toros, percibiendo cada uno dieciocho mil duros y sendos beneficios.

De las catorce corridas estipuladas toreó *Guerrita* doce por haber sufrido en la de inauguración y en la sexta de abono dos cogidas que con las demás que ha tenido hasta ahora irán detalladas más tarde en el lugar correspondiente.

El beneficio se verificó el 5 de Febrero del año siguiente 1888, con una corrida en que Guerra estoqueó seis toros de la ganadería de Rafael Molina, empleando para matarlos seis estocadas, dos pinchazos y un descabello.

La corrida fué un continuo triunfo para el novel matador, que fué colmado de regalos, algunos de gran valor intrínseco, y despertó la admiración general. La entrada ascendió á 23.000 pesos.

Terminados sus compromisos en la Ha-

bana, Guerra regresó á España y llegó á Cádiz el 21 de Marzo.

Había llevado á cabo una campaña brillantísima, toreando fuera de la Península ante un público sano que podía juzgar al diestro con serenidad, puesto que no se hallaba minado por las insensatas pasiones que habían dividido á los aficionados de España en dos irreconciliables bandos.

Guerra podía, pues, trabajar allí sin ninguna presión, con desembarazo completo, y tantear el terreno de matar en una plaza que se le ofrecía como escuela práctica, permitiéndole afinar las facultades del matador de toros.

Es indudable que lo comprendió así inmediatamente, y que en la Habana dió *Guerrrita* un estirón grandísimo, toreando con entusiasmo, entregándose por completo, en vez de salir del paso y cumplir, como en iguales circunstancias hubiese hecho la mayor parte de los compañeros.

Vió una ocasión favorable para estudiar á

las reses y estudiarse á sí mismo, hizo derroche de arrojo y de temeridad, comenzó á pisar en firme el terreno difícil, el de la muerte, sin hallar el cual no hay matador posible, y aleccionado por los lances de aquella temporada en que pudo moverse á su antojo y probar su sangre torera y el poder de sus facultades, volvió á España después de realizar considerables progresos, sabiendo ya á qué atenerse, dueño de sí mismo, casi cuajado.

¡Buena falta le hacía! Acercábase ya la reacción, la hora de las amarguras, de las decepciones; el lecho de rosas iba á convertirse en lecho de espinas; las cañas se disponían á trocarse en lanzas; *Guerrita* estaba, en suma, á las puertas del martirio; iba á pagar con usura el predominio que su precoz maestría le hacía ejercer.

Nos aproximamos ahora á la etapa más curiosa y edificante de la carrera del gran torero, etapa que parecería increíble si no estuviese tan cerca de todos y tan al alcance general.

¡Que Dios ponga tiento en mi pluma!



## VIII

De la Habana á Sevilla.—Manuel García el *Espartero*.—Su revelación en la plaza.—Lo que decían los sevillanos.—Consideraciones.—La afición en Sevilla.—Tributo de justicia.—Manuel García y Guerra.—Las primeras corridas.—La Mezquita y la Giralda.—El triunfo de *Guerrita*.

**A**L volver Guerra de la Habana con gran cosecha de duros, aplausos y regalos y dos cornadas, una en el muslo izquierdo y otra en el maxilar inferior, recibieronlo con mucho agasajo los numerosos amigos que el diestro tenía en Córdoba.

El día de Pascua, después de breve descanso, fuése á Sevilla, donde tenía que inaugurar la temporada toreando con el *Espartero* y dar motivo á los diversos incidentes

que habían de preludiar á la parte más agitada y curiosa de su carrera.

Manuel García acababa de aparecer en la ciudad del Bétis como un fenómeno de la tauromaquia, que traía locos de entusiasmo á todos los aficionados de aquella andaluza región.

Contábanse de él maravillas; los sevillanos lo presentaban como un mónstruo de habilidad y de arrojo destinado á eclipsar en término muy breve á *Lagartijo* y á *Fras-cuelo* y á inaugurar nueva era de gloria en los fastos de la moderna tauromaquia.

La revelación del *Espartero* había sido súbita, fulgurante; el novel diestro comenzaba su carrera, al decir de los periódicos sevillanos, denotando cualidades tan asombrosas de matador, que ninguno de los existentes podía comparársele en el último tercio de la lidia.

¿Con quién se había aleccionado? Con nadie. ¿Qué circunstancias habían precedido á aquella repentina cuanto extraordinaria apa-



rición? Era difícil, si no imposible, averiguarlo.

Manuel García se había trasladado del campo á la plaza sin ruido alguno; nó existía en él la gestación del torero; el arte se había revelado espontáneamente, sin ningún aprendizaje, como ciencia infusa, y había llevado al *Espartero* ante los toros dotándolo de maestría tal, que hacía de ellos cuanto le venía en gana.

A la hora de matar era un diestro incomparable, que se metía en el terreno de los toros y los hipnotizaba con la muleta. Con respecto á este particular, jamás había existido quien los tomara tan en corto y los torease sobre la mano izquierda con tanto desahogo y maestría.

Su toreo era de brazos, en un palmo de terreno, acosando á las reses con el trapo y librándose de los embroques con pases de pecho de valentía imponderable y lucimiento sin igual.

Eso y aun más decían los sevillanos ha-

blando del *Espartero*, á quien, como queda dicho, presentaban como algo fantástico, algo fuera de toda ley normal, fenómeno nunca visto que se hallaba destinado á dar en tierra con cuantos matadores actuaban entonces en la hispana nación.

No hay que extrañar demasiado tamañas exageraciones. He hecho constar antes el estado en que se hallaba la afición cuando *Guevrita* ingresó en la cuadrilla de *Lagartijo*; he señalado como nota dominante el cansancio general que se había apoderado de lagartijistas y frascuelistas después del definitivo triunfo de Salvador, y el deseo de novedad que dominaba á todos.

En la penuria de toreros que aquejaba al arte en aquel tiempo en que nadie había podido disputar el cetro á Rafael y á Salvador, el público estaba dispuesto á estimular con sus aplausos á cualquier diestro, por insignificante que fuese, que hiciera algo notable y demostrara facultades para lo futuro.

El presente terminaba ya, no había que

pensar en que *Lagartijo* y *Frascueto* dieran de sí más de lo que habían dado hasta entonces. Lo que interesaba, por lo tanto, era el porvenir. Los *abuelos* se iban, era preciso buscar *nietos* para que las corridas continuasen su marcha sin soluciones de continuidad.

En Madrid el problema parecía resuelto con *Guerrita*. Por este lado había un foco de luz que nos deslumbraba y hacía concebir esperanzas halagüeñas.

Sevilla había tenido al *Tato* inutilizado en la flor de la edad; había tenido al *Gordito* en quien el matador de toros dió al traste con los triunfos del banderillero colosal, y últimamente el *Currito*, lleno de linfa, había malogrado las ilusiones forjadas por un principio de carrera, henchido de promesas superiores.

La cuna de Romero y Costillares, de Manuel Domínguez y del *Curro* estaba, pues, vacía y era grandísimo y natural el deseo de acostar á alguien en ella, tanto más cuanto que Córdoba, elevada al máximun de la

gloria por Rafael Molina, veía asegurada la sucesión de éste con el advenimiento de Guerra en Madrid.

Aun dando de barato que la exageración en materias taurinas ostente en Andalucía caracteres más violentos que en las demás regiones de España, hay que hacer á los sevillanos la justicia de consignar que, siendo quizá los más bullangueros y guasones de la tierra, son los que más seriedad han pedido á los toreros á la hora de matar.

Sevilla ha sido siempre la plaza donde los valientes han toreado más á gusto y la única tal vez que no admitió el paso atrás de *Lagar-tijo*, diciendo atinadamente que, delante de los toros, los pases se dan hacia adelante y cerrando con eso las puertas de aquel circo á Rafael.

Y hoy más que nunca hay que hacerlo constar muy alto en elogio de Sevilla, cuyo público ha acogido con los brazos abiertos á cuantos matadores se han arrimado á las reses, y los ha echado con cajas destempladas en cuanto comenzaron á cerdear.

Por eso fué acogido con tanto entusiasmo el *Espartero* y despertó tan grandes esperanzas allí. Era un mocetón imberbe, un niño que tomaba á los toros con imponente temeridad y andaba con ellos á sopapos, como suele decirse.

Bastó eso para que los sevillanos viesan en él la madera de un gran torero y lo llevasen en triunfo por todas partes, llenando á España con el estrépito de los ditirambos que se disparaban en su loor.

Si se añade á lo dicho la circunstancia del *tronío* que traía *Guerrita* desde Madrid, se comprenderá la exaltación de los sevillanos al encontrarse con Manuel García, á quien podían oponer como rival del diestro cordobés, llenando al propio tiempo el vacío que se notaba desde algunos años en la tradición de la escuela sevillana.

El *Espartero* y *Guerrita* iban, pues, á encontrarse frente á frente por vez primera, jóvenes ambos, llenos de ardimiento, ávidos de gloria, cuando nada quedaba ¡ya que ha-

cer á *Lagartijo* y á *Frascuero* y había deseos vehementísimos de que saliera alguien capaz de recoger la herencia de los dos colosos.

Pero las condiciones en que se presentaban Manuel García y Guerra eran sumamente distintas: el primero contaba previamente con la devoción del público, era dueño absoluto del terreno y necesitaba esforzarse poco para tener todos los sufragios de su parte, mientras *Guerrita* representaba el rival odioso incubado fuera de allí, el monopolizador de los aplausos, el que había Rafael Molina elegido como sucesor de la llamada escuela cordobesa y amenazaba hacer tabla rasa de todo cuanto enseñaban de dogmático las escuelas de Ronda y de Sevilla.

El *Espartero* era, en suma, la flor criada en el hogar; *Guerrita* la planta exótica. La lucha adquiriría por lo tanto proporciones extraordinarias, jugábase en ella el amor propio de dos provincias, Sevilla contra Córdoba, la Mezquita contra la Giralda, un duelo á muerte

que iba á deslindar los campos y sacar triunfante á una ó á otra región.

La primera corrida se verificó el día de Pascua 15 de Abril de 1888, y en ella se lidiaron seis toros de Orozco.

La fortuna fué mas propicia al *Espartero* que á Guerra y los aplausos de la tarde se los llevó el primero.

*Guerrita* despertó gran entusiasmo toreando de muleta á su primer bicho, pero pinchó demasiado y quedó mal con el estoque, por lo cual aquella primera corrida fué para el público sevillano una verdadera decepción.

En cambio, el *Espartero* despachó á dos de sus tres toros de un modo rápido y lucido y alcanzó, sobre todo en la muerte del tercero, llamado *Romano*, una inmensa ovación.

Tengo á la vista las reseñas de las corridas de toros verificadas en Sevilla desde el *debut* de Rafael Guerra hasta la última de la primera temporada del año actual, publicadas en seis folletos.

Están firmadas las reseñas por *Carras-*

*quilla*, seudónimo de un revistero cuyo verdadero nombre ignoro, el cual *Carrasquilla* muéstrase esparterista acérrimo, pero al propio tiempo muy imparcial, dando á cada uno lo suyo y haciendo justicia seca.

El estilo festivo domina en las revistas, por lo cual no hay que buscar en ellas juicios razonados, sino la relación más ó menos detallada y casi siempre ligera en la forma de las faenas verificadas por los toreros.

En ellas puede seguirse paso á paso al *Espartero* y á *Guerrita*, y, leyéndolas, se tiene idea exacta de las campañas de Rafael y se justifica el entusiasmo que despierta en Sevilla, sobre cuyo público ejerce hoy un dominio absoluto.

El resumen de la corrida del 15 de Abril, escrito por *Carrasquilla*, demuestra evidentemente que el estreno de Guerra en la ciudad de Pepe-Illo y de Costillares fué un completo fiasco.



«Que Córdoba es muy bonita  
con su arabesca Mezquita...  
Pero... lo que dice Eduarda:  
¡No hay quien pueá con la Girarda!...»

Dicen que la alegría dura poco en casa de los pobres. Volviéronse las tornas en la corrida siguiente celebrada el 18 con toros de D. Anastasio Martín, en la cual el *Espartero* estuvo muy desgraciado y *Guerrita* admirable, y cuando terminó la del 19, en la cual se lidiaron toros de Miura, el problema de la competencia quedó resuelto.

He aquí el resumen de *Carrasquilla*:

«Anoche mismo me dijo Andrea:  
—¡Ay, ay!... La Giralda se tambalea.»

Todavía es más expresivo el que hizo *Carrasquilla* de la corrida del 25 de Abril de 1889, en la cual se lidiaron también toros de Miura:

“Al salir de la plaza dije en alta voz:—  
¡El que sea esparterista que alce el deo!

¡Toito el mundo se metió las manos en los bolsillos! „

Para abreviar: desde la segunda corrida de Pascua del año 1888, que siguió á la del estreno de Guerra en la plaza de Sevilla, el gran torero se apoderó de aquellos aficionados y continúa, hoy más que nunca, despertando allí el entusiasmo general.

Aparte sus condiciones excepcionales para la lidia, *se arrima* á la hora de matar, recibe toros y se muestra siempre celoso de su honra toreando con cuidado sumo en una plaza donde sabe que la vergüenza torera se estima mucho y se cotiza muy alto.

Comenzó—y sobre esto no quiero sino resbalar—promoviendo con su maestría escándalos incalificables sobre los cuales conviene echar un velo.

Los sevillanos le hicieron pronto justicia, se convencieron de que entre la Mezquita y la Giralda, no cabían competencias, y levantaron á *Guerrita* sobre el pavés, dando con ello una lección á algunas plazas que pasan por

muy inteligentes y distan mucho de serlo tanto como la de Sevilla.

Dicho sea sin intención de adular á ésta ni de ofender á las demás.







## IX

Una efemérides.—El *Bebe*.—Su revelación en la plaza de Madrid.—La protección de *Frascueto*.—Paternidades taurinas.—Un ideal.—Las debilidades de Salvador.—La cogida del *Bebe*.—Sus consecuencias.—*Frascueto* solo.—La corrida á beneficio del *Bebe*.—Sus resultados.

**E**L primer triunfo de *Guerrita* al regresar de la Habana fué, como se ha visto, sumamente valioso. Apoderarse por completo de una plaza como la de Sevilla, en las condiciones que señaladas quedan, sólo podía alcanzarlo un diestro de mérito excepcional.

Llegar es fácil, sostenerse presenta mayores dificultades. *Guerrita* no solamente se ha mantenido firme en el terreno conquista-

do á las primeras de cambio en la ciudad del Bétis, sino que reina hoy en ella sin rival.

Continuó el diestro toreando en todas las principales plazas de España, cosechando en ellas palmas y dinero á pedir de boca, sin que ningún desagradable incidente viniese á turbar su carrera.

El año 1888 registró, sin embargo, en sus páginas una efeméride dolorosa, sobre la cual precisa decir algo, porque la infortunada víctima representaba en aquella época un papel importante en el toreo. Me refiero al *Bebe*.

Rafael Sánchez, el *Bebe*, se reveló torero en la plaza de Madrid, inopinadamente; nadie le conocía, era un niño, una criatura, virgen de todo reclamo. Pisar la arena y recogerlo Salvador é incorporarlo á su cuadrilla, fué todo uno.

¿A qué obedeció este rápido ascenso? ¿Qué vió *Irascuelo* en el *Bebe* para extenderle la mano tan de pronto y ahorrarle todas las vicisitudes y fatigas del aprendizaje?

Aquella inesperada protección nació al calor de unos momentos que pueden llamarse de paternidades taurinas.

*Lagartijo* acababa de dar la alternativa á Rafael Guerra, lanzando de lleno al joven matador en un camino que el gran torero cordobés había desbrozado previamente.

El público juzgaba á *Guerrita* como único heredero del arte de *Lagartijo*, y veía en él al continuador de los triunfos alcanzados por el maestro de Córdoba, al representante genuino de su toreo, al idealizador futuro de su escuela.

La alternativa de *Guerrita* representaba el testamento taurómico de *Lagartijo*, una filiación de maestros. Rafael Molina, en el ocaso de su carrera, renacía en aquel á quien llamaban su discípulo, y podía retirarse mañana, seguro de que las glorias futuras del joven traerían á la memoria del público las pasadas hazañas del viejo y envolverían á los dos nombres en aclamación común.

El destino condenó á *Frascuelo* á una

lucha con *Lagartijo* constante y tenaz: una lucha que no podía cesar sino con la muerte de uno de los rivales, inevitable y fatal contienda que veinte años dulcificaron en la forma y mantuvieron viva y rencorosa en el fondo.

*Lagartijo* tenía un hijo en el toreo: era necesario que *Frascuero* lo tuviese también, y quiso tenerlo en el *Bebe*. Vió á un niño valiente, cordobés por añadidura, y lo prohijó desde luego.

La circunstancia de ser el *Bebe* paisano de *Lagartijo* y de *Guerrita*, de haber nacido en una ciudad cuyo nombre representaba un arte nuevo, principios reñidos en absoluto con el temperamento y con la historia de Salvador, presentaba á éste ocasión inesperada de dirigir al *Bebe* por una senda original encarnando en el joven torero los principios de una escuela ecléctica, en la cual se fusionaran la serenidad del matador de toros y la animación, la variedad y la elegancia del lidiador en la brega, algo que fuese la variedad una y la unidad varia de la armonía taurina



Churriana y Córdoba formando cuerpo común, *Lagartijo* y *Frascuelo* en una pieza.

El ideal era atractivo; aquella lucha en perspectiva que dejaba en la arena á dos toreadores continuadores de los antagonismos del arte moderno, representados por Rafael y Salvador; aquella competencia de una segunda generación decidida y valiente debió estimular los deseos de *Frascuelo* y espolear su interés hacia el *Bebe*, que revelaba aptitudes excepcionales para contender con *Guerrita*.

El *Bebe* era arrojado hasta el exceso, valiente hasta la temeridad, y era además un niño. Rossini decía que para cantar se necesitan tres cosas: voz, voz y voz. Glosando la frase célebre del autor de *El barbero de Sevilla*, puede decirse que para torear se necesitan tres cosas: valor, valor y valor. De lo demás se encargan la práctica y los buenos modelos.

El *Bebe* entró en la cuadrilla de *Frascuelo*, y empezó muy pronto á estoquear toros, alternando con su matador. Bastó esto para que el público adjudicase desde luego al joven

torero cordobés el título de hijo adoptivo de *Frascuero*, y tomase cuerpo y adquiriese los caracteres de cosa fuera de toda discusión la idea de que el *Bebe* era lidiador elegido por *Frascuero* para sucederle en la plaza y recoger la herencia, juzgada intransmisible hasta entonces, del matador de toros.

En verdad que la conducta que observaba Salvador con aquel muchacho daba margen á creerlo á cierra ojos.

Severo, autócrata, inaguantable en la arena con su cuadrilla, *Frascuero*, que chillaba á todos y tenía á todos en un puño, rebelándose contra el mismo Pablo Herráiz, á quien quería entrañablemente, pero cuyos consejos desoía veinte veces delante de los toros; *Frascuero*, el jefe de la cuadrilla, nervioso y descompuesto, ante el cual se movían sus peones con timideces de principiante, siempre en vilo, siempre temerosos, no sabiendo nunca cómo acertar con aquel hombre en constante desequilibrio, que gritaba é imprecaba, y enmendaba y reñía á éste y al otro sin ton ni

son; *Frascuero*, en fin, que era, en cuanto pisaba la plaza, una especie de ogro para toda su gente, sufrió transformación completa en cuanto incorporó al *Bebe* á su cuadrilla.

Mientras veteranos como el *Ostión* y *Pulguita* pisaban la arena como quien pisa huevos y acechaban siempre al matador y toreaban en una constante zozobra, desconfiando de dar exacto cumplimiento á las órdenes de aquel jefe intolerable, el niño cordobés tenía letra abierta para hacer cuanto se le antojase, bullía y danzaba ante los toros, se movía en la plaza como en terreno conquistado, ostentando los atrevimientos que más violentaban á Salvador, haciendo alarde de temeridades y jugueteos incompatibles con la seriedad del toreo clásico que *Frascuero* representaba y había preconizado siempre.

Y el hombre de hierro, el torero incapaz de consentir á otros el menor desliz; el que se revolvía contra Pablo y había hecho sentir su yugo á Angel Pastor y Valentín, al *Ostión* y á *Pulguita*, abría la mano á los escarceos

del *Bebe*, tenía para el chico debilidades de padrazo, y, lejos de vituperar sus libertades y atajarlas á tiempo, las contemplaba con ojos húmedos y cara risueña, atontado, embelesado, estático, cayéndosele la baba...

“*Bebe* cornada grande.” Así decía el parte de *Frascuero* que me leyeron en San Sebastián á principios de Agosto de aquel año.

¡Cornada grande! Se necesita conocer á Salvador Sánchez para comprender los tristes augurios que hicimos todos, desde luego, sobre las consecuencias de aquella cogida.

*Frascuero* era hombre que llamaba puntazos á casi todas las heridas de cuerno; para que la lesión adquiriera á sus ojos caracteres de cornada era preciso que el asta hubiese penetrado mucho y causado grandes estragos.

Al hablar de la cogida del *Bebe* no se había contentado con decir “cornada,” lo cual hubiera ya indicado gravedad, sino que apelaba al adjetivo “grande,” para pintar de lleno lo tremendo de la herida.

Sus fatales resultados debían corroborar

muy pronto aquel inusitado diagnóstico y las consecuencias que nosotros preveíamos.

La catástrofe ocurrió en Cartagena al dar el *Bebe* el quiebro de rodillas. El desdichado se había encariñado de esa suerte, tenía por ella una chifladura, según la expresión de uno de sus compañeros.

Ya en Valencia, en las corridas de feria, la ejecutó una vez; tocóle el toro, y salió ileso por milagro. Era un aviso que no debió haber desoído el *Bebe*; pero la fatalidad se interpuso y le condenó á morir en aquella atracción irresistible que el quiebro de rodillas ejercía sobre el muchacho.

Quiso repetir la suerte en Cartagena: se hincó de rodillas, acudió el toro con gran bravura, se hizo un lío el infortunado torero y, en vez de mostrar la salida á la res, le enseñó el sitio donde debía cornear, le convidó materialmente á la cogida.

—Yo me iba á los estoques—díjome Salvador relatando el hecho—á cambiar un capote de brega, corto, por otro más largo.

No sabía que el *Bebe* iba á dar el quiebro, no le ví arrodillarse. Oí un grito, y cuando volví la cabeza el chico estaba en el aire.

Y se acabó. Un cuerpo inerte que llevan á la enfermería; un agujero espantoso en el muslo izquierdo, por donde la sangre mana á torrentes; la aplicación del torniquete en la herida para contener una hemorragia mortal.

Después un vendaje funesto; luego manchas violáceas en el pie y pierna, el frío, la falta de circulación, todos los batidores de la gangrena; últimamente la amputación.

De aquella lozanísima juventud de veinte años, de todas las esperanzas, de todos los halagos acumulados en el camino de una carrera que se abría á la vida espléndidamente, no quedaba más que un torero muerto en flor, un inválido prematuro, los despojos de un infeliz que las terribles luchas taurinas arrojaban violentamente á la fosa común de la existencia.

*Hic Bebe fuit.* El niño volvía á su casa con una pierna menos, pero seguía formando

parte de la familia. ¿Quién sabe? Entre el lisiado perpetuo, condenado ya á la vida sedentaria, y el ser nómada, siempre fuera del hogar; entre el hijo que se tiene constantemente al lado y el que corre el mundo, expuesto á morir á cada instante, cabe suponer la duda en el alma de una madre.

Por un lado la pierna artificial, la quietud forzosa y la calma por lo tanto, calma dolorosa, es cierto, pero calma al fin, tranquilidad y reposo tristemente asegurados.

Por otro lado el movimiento, la animación, la vida, pero acompañados de la zozobra diaria, de la ansiedad de todos los momentos, un estado de excitación, de angustia, que enerva y consume lentamente.

Colocad á una madre en ese terrible dualismo, y decidme si optará por el torero, á quien ve de tarde en tarde, llena de supersticiones y de terror, ó por el hijo inválido, que puede estrechar contra su corazón en el medio ambiente normal del hogar doméstico...

*Frascueto*, en cambio, el padre taurino,

lo había perdido todo. La fatalidad se había interpuesto de nuevo en el camino del valiente matador y había deshecho en un minuto todos sus proyectos, todas sus aspiraciones.

Ya no más lucha. *Guerrita*, cada vez más diestro, más aplaudido cada vez, seguía su carrera, sembrada de flores, entre las ovaciones de todos los públicos de España, y la solicitud cariñosa y el amor propio satisfecho del gran Rafael.

*Lagartijo* era para su discípulo un *porte bonheur*, un amuleto: la fortuna inmensa que ha acompañado siempre al maestro cordobés velaba amorosamente por el porvenir de su sucesor.

*Lagartijo* resucitaría en *Guerrita*; la herencia se transmitiría; la filiación sería un hecho.

*Frascuolo* no resucitaría en nadie; la suerte, siempre favorable para su rival, siempre para él adversa, le había castigado nuevamente destruyendo, con la desaparición del niño cordobés, los gérmenes de toda esperanza.



Y quedó solo Salvador, completamente solo, incopiable, refractario á la asimilación, columna aislada de la tauromaquia moderna, donde la verdad en el arte de matar reses bravas habrá tenido su último refugio...

El domingo 11 de Noviembre de 1888 se verificó en la plaza de Toros de Madrid la corrida extraordinaria á beneficio del *Bebe*.

Se reunieron *Lagartijo*, *Frascuero* y *Guerrita*; hablaron dos minutos, y el porvenir del infeliz banderillero quedó asegurado para siempre. Con el objeto de crearle una renta expusieron todos sus vidas, sin vanos alardes, sencillamente, con desprendimiento sublime, lo mismo Rafael y Salvador, en vísperas de retirarse, llenos de cicatrices y de arrugas, que *Guerrita*, animoso y fresco, en los albores de una brillantísima carrera.

Ellos representaban lo pasado y lo presente, eran la atracción suprema del aficionado de ayer y de hoy, los postreros destellos del toreo que se iba y la luminosa revelación de un arte que se acercaba.

Quisieron acumular todos los elementos de atracción para el público; quisieron galvanizar el cadáver de la afición, y lo consiguieron inmediatamente.

*Frascuelo*, divorciado de la plaza de Madrid desde hacía un año, inútil para torear desde hacía tres meses, volvió al circo cortesano para coadyuvar á la obra caritativa. Ya que el destino le arrebató para siempre al torero de su predilección, de quien quería hacer carne de su carne y sangre de su sangre, se presentó en la arena, fué el acontecimiento de la tarde y su presencia llevó al pobre lisiado parte de la fortuna con que había de vivir en lo porvenir.

*Lagartijo* y *Guerrita* trabajaron por el cordobés, por el paisano, que, al morir para la lidia, parecía cercenar glorias futuras á la ciudad morisca que ellos han rodeado de nueva inmortalidad.

*Frascuelo* trabajó por su discípulo malogrado, por el diestro naciente, en quien había puesto todas sus esperanzas, por aquel á quien

le unieron un día lazos de consaguinidad torera que una cornada brutal había roto para siempre.

Y los tres, los dos viejos y el joven, con sus cuadrillas de picadores y peones, bregaron sin descanso, rozaron con sus cuerpos las astas de los toros, se expusieron á las fatales contingencias de la lidia, vivieron durante tres horas á dos pasos de la muerte y la desafiaron gozosos para traer algún consuelo al pobre inválido, para enjugar las lágrimas de toda una familia.

Y dejando en el regazo materno la cantidad que había de mitigar las amarguras del chico, se retiraron satisfechos de la arena, hasta que la voz de la caridad les llamase á ella de nuevo para sacar de la miseria á algún infeliz.

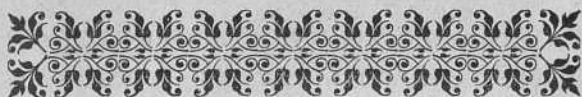
La corrida produjo unos ocho mil duros, merced á los cuales vive desde entonces el *Bebe* en Córdoba, y con el joven diestro desaparecieron por completo las esperanzas que su precocidad y la protección de *Frascueto* habían despertado en toda la afición.

Conviene hacer constar, para poner término á la triste odisea del *Bebe*, que *Guerrita* profesaba al pobre muchacho un cariño entrañable.

Para probarlo me bastará consignar que Guerra, contratado para torear como novillero en Madrid, puso como condición *sine qua non* en su escritura, que el *Bebe* había de figurar siempre en cuantas novilladas tomase parte Rafael.

Y ese afecto no se ha entibado en lo más mínimo. El *Bebe* y *Guerrita* continúan siendo hoy tan buenos amigos como en aquellos tiempos no muy lejanos en que torearon juntos y había el deseo unánime de echarlos á refir.





## X

*Guerrita* en 1889.—Sus desigualdades y su serenidad.—Presentimientos de ruptura.—Los dos Rafaelés.—Situación en que se encontraban.—La nueva generación.—*Nivoso* y *Germinal*.—Cambio de los tiempos.—Cierre del paréntesis.

**D**ESPUÉS de la valiosa victoria alcanzada en Sevilla, *Guerrita* torea en Madrid con *Lagartijo* y con *Fras-cuelo*.

Con el atropellado ardor de los pocos años, aparece inquieto, bullicioso, desquiciado, dejándose arrastrar por el empuje de sus extraordinarias facultades.

En la lidia general vésele incansable, danzar delante de los toros, adornarse á tontas y á locas, correr para acá y para allá, bregar

sin tregua ni reposo, con desahogos y des-  
plantes de *enfant terrible* que entusiasman á  
la masa común y entristecen á veces é indig-  
nan otras á los aficionados viejos, los eternos  
gruñones.

Al matar muestra las desigualdades natu-  
rales de un diestro que está estirándose y á  
quien la juventud y un temperamento fogoso  
prohiben todo equilibrio.

Torea de muleta á los toros nobles y ce-  
losos, haciendo con el trapo cien mil mone-  
rías y entrando á matar con un ímpetu atrac-  
tivo y eficaz que le vale grandes ovaciones;  
pero cuando las reses se repuchan y hay que  
trabajarlas con seriedad, nótase, como es  
lógico, la falta de inteligencia, lo cual da  
motivo á deslucidas bregas y establece las  
desigualdades de que se han resentido todos  
los toreros, cuando no han llegado á plena  
madurez.

Sin embargo, si la inteligencia falta á *Gue-  
rrita* en ocasiones, la buena voluntad no le  
abandona nunca, la serenidad tampoco, esa

serenidad de que había dado admirable ejemplo en la corrida celebrada en Madrid el 15 de Abril de 1888.

Toreando de muleta Guerra el tercer bicho, al salir de un pase descubrió al matador el fortísimo aire que reinaba, lo acosó la res y con la pala del cuerno le dió un golpe que derribó á *Guerrita*.

Al recibir el golpe tenía el matador la muleta y el estoque en las manos. Con ellos cayó al suelo y con ellos se levantó, sin haber soltado ni el trapo ni el acero.

Ya se sabe lo que son los efectos del miedo, que hace dilatarse todo lo dilatable y soltar todo lo *soltable* cuando tiran á dar. ¿Puede darse mayor ejemplo de serenidad que el del joven espada cordobés en ese pequeño incidente, insignificante, al parecer, pero que tiene en realidad suma importancia?

Lo recuerdo para demostrar que si hace media docena de años resentíase el matador de escasez de recursos para lograr los toros marrajos, esas deficiencias no reconocían por

causa la falta de valor, principal cualidad que ha de manifestarse siempre en el torero, sino que constituían lunares naturalísimos en quien acababa de comenzar la carrera de matador de toros y necesitaba la práctica indispensable para dominar á reses de toda casta y dotadas de todo linaje de condiciones.

La prueba de ello es que aun en los momentos más comprometidos, cuando tenía que habérselas con toros cuya muerte presentaba grandes dificultades, era raro, rarísimo el pregonado que traía de cabeza al matador.

Podía verse á *Guerrita* incierto, vacilante y hasta dominado por un toro; pero temeroso y huyendo, jamás, por lo cual las reses de sentido le duraban mucho menos que á cualquiera otro de sus compañeros de profesión.

Era, en suma, un período de tanteo, la época necesaria de dudas, de indecisiones que precede siempre al momento definitivo. La planta se hallaba en plena germinación y se desarrollaba rápidamente para alcanzar toda su lozanía y dar el apetecido fruto.



Todavía cobijaba á *Guerrita* la paternal protección de *Lagartijo*, con todas sus consecuencias, es decir, con los halagos de todo género que á porfía le prodigaban *Sobaquillo* en *El Liberal*, *Aficiones* en *El Imparcial*, y todos los lagartijistas en la plaza.

Pero comenzaba á percibirse en el campo del Califa ese olor á tierra mojada, anuncio infalible de lluvia. Oíase en lontananza algún trueno, muy tenue, es verdad, pero flotaba mucha electricidad en el ambiente; una inquietud vaga que convertía á gran número de aficionados en Sparafucile y les hacía decir con profunda convicción: *La tempesta é vicina.*

Declaro paladinamente que entre esos aficionados me hallaba yo. Hay cosas que no pueden ser so pena de cambiar de raíz las condiciones virtuales de la naturaleza humana. La armonía entre *Lagartijo* y Guerra estaba dentro de ese axioma.

Si Rafael I hubiese escrito su testamento taurino instituyendo heredero universal á Ra-

fael II, es decir, si *Lagartijo* se hubiese despedido para siempre del toreo dando la alternativa á *Guerrita*, ese supremo legado, ese trono transmitido *in articulo mortis* habría coronado la carrera del Califa con glorioso esplendor.

En el capítulo dedicado al *Bebe*, he hablado de las paternidades taurinas; á él me refiero para dar idea de lo que representaba entonces el acto de *Lagartijo* al prohijar á Guerra.

Todos creíamos que, verificada la cesión del cetro, Rafael no tardaría en retirarse, y lo creíamos con tanta más razón cuanto que varias veces se había anunciado con insistencia que el maestro cordobés había decidido quitarse de los toros.

Desgraciadamente para él, no lo hizo, y las cosas cambiaron de todo en todo porque tenían que cambiar necesariamente.

Voy á ahondar un poco el asunto, que es importante; representa un episodio interesantísimo en la vida de Guerra y se presta mu-

cho á un estudio de *psicología* taurina y un si es no es cordobesa.

Al emanciparse *Guerrita* de la tutela de Rafael, quedaron el matador y su sedicente discípulo como representantes ambos de una misma escuela. El Grande se hallaba en sus postrimerías, el Chico entraba de refresco con el garbo y la travesura inherentes á la exuberancia de la sangre y al poder de unas facultades extraordinarias.

Rafael I contaba con innumerables y acérrimos partidarios dispuestos á todo, con tal de no amenguar la gloria de que habían rodeado al ídolo indiscutible.

Vivían de los recuerdos del pasado, habían peleado como héroes para asignar á *Lagartijo* un puesto indivisible, y si la imposición soberana de *Frascuero* como matador de toros los había forzado á retroceder como fieras acorraladas, no podían consentir que ningún otro diestro osara quitar un átomo de luz á la esplendorosa corona del Califa.

Una generación joven, fuerte y robusta,

nacida al calor de los postreros tiempos de *Lagartijo* y de *Frascuero*, llegaba entretanto é iba apoderándose poco á poco de la plaza de Madrid.

Necesitaba sangre joven, un toreo que estuviese en consonancia con las necesidades del tiempo. Los lagartijistas habían hecho siempre hincapié en el modo de lidiar de *Frascuero*, serio, reposado, de pura cepa rondeña, que calificaban de soso, fúnebre é inaguantable.

Aleccionada de esa suerte, la nueva generación tenía forzosamente que echarse en brazos de *Guerrita*. ¡Cómo no, si las predicciones incesantes de los partidarios de Rafael mostraban á Guerra como único puerto de salvación para lo futuro!

Esa generación no podía de ningún modo encontrar su ideal en *Lagartijo* ni en *Frascuero*, porque llegaba tarde y le era imposible abarcar en toda su entidad la historia de los dos colosos.

Y como dentro de la escuela del adorno

y de los floreos, dentro de las reglas sustanciales de la flamante escuela cordobesa, *Guerrita* se presentaba portento de agilidad, de resistencia, de poderío y de valor; como encarnaba todo el arte de *Lagartijo*, refrescado por los atractivos irresistibles de lozanísima juventud, tenía que llegar un momento en que las travesuras del mozalbete se sobrepusiesen á las marrullerías del viejo y acabaran por dejar á éste en la penumbra.

Nada de cuanto hacía *Lagartijo* era desconocido á *Guerrita*, ninguna de las suertes que practicaba aquél dejaba de figurar en el repertorio de éste.

En cambio, los años y las fatigas de Rafael le vedaban andar delante de los toros con la desenvoltura inverosímil de que Guerra podía hacer gala sin esfuerzo alguno.

El modo de matar del viejo era siempre el mismo, podía contarse como las jugadas del billar; el arte de estoquear del joven se iniciaba variadísimo y lleno de sorpresas.

El uno era el torero cansado, vetusto que

comenzaba á hacer el equipaje para el viaje postrero; el otro revelábase como vigorosa savia de lo porvenir, lleno de ardimientos, henchido de jugo torero, en una explosión de vida que tenía que arrollar cuanto encontrara al paso.

Ahí va una comparación *realista*: la ropa de *Lagartijo* olía á sudor de anciano achacoso, despedía un vaho enfermizo de fiebre; de la de *Guerrita* se exhalaban aromas juveniles, esa fragancia humana que es el aliento de la fuerza varonil. Rafael I era *Nivoso*, Rafael II *Germinal*.

Ni es esto todo. Ambos habían nacido en Córdoba donde tenía su trono el Califa, trono indiscutible é indiscutido y al cual podía aspirar ahora Guerra, no para suceder constitucionalmente á Rafael el Grande, sino para derribarlo en el campo de batalla, destronarlo y convertirlo en un monarca de Daudet.

Además los tiempos habían cambiado bastante, los matadores estaban mejor pagados, se verificaba mayor número de corridas, y

*Guerrita* toreaba muchísimo y acrecentaba rápidamente su caudal, desde que, emancipado de *Lagartijo*, era dueño absoluto de sus acciones y cobraba libremente cuanto se le antojaba pedir.

Pretender que el muchacho se mantuviese, campando por sus respetos, en la actitud de sumisión que tenía que observar cuando era banderillero de Rafael y toreaba alternando con éste en provincias, por un precio ridículamente módico, era no solamente desconocer la realidad de las cosas, sino rebajar á *Guerrita* condenándole á ser cirineo de su pretendido padre taurómico, cuando no tenía necesidad de llevar cruces á nadie y le sobraban alientos para cargar con la de su profesión.

Ahóndese un poco todo esto que no he hecho sino indicar, ténganse en cuenta las susceptibilidades que engendran siempre las luchas ante el público y las diferencias que separaban á los dos Rafaeles, acabando el uno y empezando el otro, y se tendrá el conven-

cimiento de que no podían estar juntos, que eran Dios y el diablo en un costal.

Sobraba el Grande ó estaba de más el Chico, y por ley natural tenía el primero que ceder el paso al segundo. La ruptura sobrevino, pues, sin ruido, sin escándalo, sin ninguno de los actos ostensibles que justifican una separación.

Tan cierto es esto, que nadie ha dicho hasta ahora por qué riñeron *Lagartijo* y *Guerrita*, y lo positivo es que echó cada uno por su lado sin violencia alguna exterior, como dos seres que eran refractarios y tenían que desligarse forzosamente, por virtud de las circunstancias que apuntadas quedan.

Podría entrar en ciertos detalles, referir hechos irrecusables que arrojarían sobre el asunto muchísima luz, pero quiero guardar silencio y no introducir en las páginas de este libro algunos *documentos humanos* que pondrían en claro muchas cosas y mostrarían ciertos sentimientos en toda su desnudez.

Otros, en mi caso, no guardarían proba-



blemente esta reserva, porque podrían proporcionarse el gusto de contar hechos que pocos conocen tan bien como yo y cuya revelación levantaría de seguro gran polvareda.

Y no es hoy cuando han llegado á mi conocimiento ciertos detalles que pudieran muy bien hallarse estrechísimamente relacionados con la ruptura de *Lagartijo* y de *Guerrita*.

Hace tres años que, interesado en el asunto por la cruenta campaña que los lagartijistas abrieron contra *Guerrita*, quise enterarme y me enteré de los motivos que pudieran haber dado margen á aquella tremenda cruzada.

Dueño del secreto, pensé dedicar á la cuestión un trabajo especial que deslindara los campos y arrojase alguna luz sobre la oscuridad que reinaba entonces en el campo de la tauromaquia chismográfica, si puedo expresarme así.

Circunstancias especiales de las cuales no hay para que hablar, me impidieron hacerlo

con gran regocijo mío; que no soy dado á sembrar vientos en regiones donde sopla diariamente el huracán.

Si entonces callé, menos he de romper la reserva en las páginas de este libro en las cuales vengo á hacer historia, por lo cual cierro este paréntesis de filosofías inocentes y prosigo.





## XI

La despedida de *Frascuero*.—En casa del matador.—Dos anónimos.—El último tocado.—La ida á la plaza.—En la capilla de Salvador.—La amante del torero.—Las primeras noticias.—Regreso del matador.—Los amigos y el guarda de campo.—Recuerdo indeleble.

**A**NTES de llegar al momento solemne de la carrera de Rafael, antes de relatar la fantástica odisea de su ruptura con *Lagartijo*, origen de tantos sinsabores para el famoso torero, me cierra el paso una fecha inolvidable en la historia de la tauromaquia: el 12 de Mayo de 1890, día en que *Frascuero* se despidió para siempre de la profesión en que tanta gloria había alcanzado.

Salvador no se encontró á su parecer apto para luchar y vencer en un ejercicio que

requiere la plena posesión de las facultades físicas.

Y él, que se había entregado á los toros sin tranquillos ni chapucerías; él, que había peleado siempre cara á cara y frente á frente, oponiendo á la brutalidad de la fiera todo cuanto el arte de torear tiene de más bello y de más noble, no se sintió con ánimo para continuar.

Inepto para utilizar los recursos de la traición, que no había empleado nunca sino en casos en que la traición era indispensable, falta de astucia en la aplicación de las reglas que constituyen el toreo de ventaja, torero rudo y serio, maestro como ninguno en el arte de matar, é incompatible con la ficción, con el adorno, con las exterioridades, con todo ese oropel que convierte las fiestas de toros en funciones de titeres, *Frascuero* comprendió que después de veinticinco años de carrera, había terminado su misión; y se cortó la coleta.

El día anterior, 11 de Mayo de 1890,

había soplado un Noroeste frescachón, acompañado de chubascos frecuentes.

Un cuarto de hora antes de la fijada para que comenzara la función, Salvador estaba en la plaza, reconocía el piso, y convencido de que no permitía una lidia normal, suspendía la corrida de toros.

Estuve en casa de *Frascueto*, le ví marcharse con su cuadrilla y volver á la media hora, inquieto, sombrío, de mal humor, porque la suspensión había disgustado á una parte del público.

Se quitó el traje de luces que vestía, y poco después salió de su cuarto, llevando en la mano dos anónimos que me entregó y conservo.

Había recibido el primero el día anterior, el segundo aquella misma mañana. En aquél lo ponían en las nubes, y se despedían con frases entusiastas y cariñosísimas *los buenos aficionados que le adoran*, según la firma rezaba.

El segundo era un escrito imbécil, en el cual se llamaba á *Frascueto* "charrán".

Los anónimos le habían perseguido encarnizadamente durante su azarosa carrera, insultándole unos, ensalzándole otros, y venían á dar su nota característica, nota de ardientes entusiasmos y de odios implacables, en los instantes de la última hora, en las solemnidades del postrer adiós.

El día siguiente, 12, mientras los aficionados corrían en tropel á la plaza de toros, en medio de una animación, de una algazara indescriptibles, yo, que había formado el firme propósito de no asistir á los funerales artísticos de Salvador Sánchez, me dirigí como el día anterior al domicilio de *Frascuelo*, atraído por la nota del sentimiento, dispuesto á presenciar su última *toilette*, y á acompañar á la familia durante la ausencia del incomparable matador.

¡Lo habían traído tantas veces herido!  
¡Habíase despedido de los suyos tantas veces, alegre como unas Pascuas, y marchándose á la plaza de toros como á una romería, y había vuelto en una camilla, con el traje y la

piel agujereados y manchados de sangre!...

La hora fijada para la corrida era la de las cuatro. Llegué á la plaza de Santo Domingo, 18, á las dos y media.

Lo mismo que la víspera, Salvador se había echado después de almorzar, dando orden de que lo despertaran á las tres.

A esa hora entramos en la alcoba la mujer del diestro y yo, y allí, en una cama inmensa, le ví *profundamente dormido*, y lo despertamos.

Se levantó, púsose un pantalón y una chaqueta, cubrióse los pies desnudos con unas zapatillas, y salió desde la alcoba al gabinete, una estancia coquetona, con piano, tocador, armario de luna y chimenea, encima de la cual se amontonaba multitud de chirimbolos.

Se sentó enseguida enfrente del tocador, silencioso, mustio, como soñoliento. Los demás callamos atemorizados por aquel medio ambiente que tenía algo de solemne y triste, que cortaba la palabra y oprimía el corazón.

De vez en cuando llegaban hasta nosotros los agudos chillidos de la turba que comenzaba á invadir la casa. Y las explosiones de aquella granujería ansiosa de ver salir al matador y de aclamarlo por vez postrera penetraban llenas de descoco, sonando á bateo, en el gabinete, y rasgaban sus penumbras como vivísimo rayo de luz.

Eran las tres y cuarto cuando el tocado del diestro ¡el último tocado! comenzó. La esposa de Salvador le hizo la coleta, trenzando con sumo cuidado aquel pelo rizado y abundante, en que ya abundaban las canas.

Lavóse enseguida la cara *Frascueto*, y se peinó; después, en calzoncillos y almilla, se puso las medias blancas de hilo, que con las cintas de los calzoncillos ató fuertemente; luego, sobre aquéllas, las de seda color carne, y enseguida las zapatillas de torear.

Inmediatamente vistióse los calzones bronce y oro é hizo el doble nudo en los cordones para sujetar las segundas medias; hecho lo cual se levantó de la silla y se puso una



camisa sencilla, ató los tirantes y se colocó la moña.

La cuadrilla de Salvador llegó en aquel instante, y saludó al jefe, que salió del gabinete y pasó á la sala, donde se ciñó la faja, una faja mitad blanca, mitad azul, que sujeta fuertemente por un criado, y girando sobre sí mismo el matador, quedó apretadísima en la cintura.

Enganchó entonces la punta de la faja en el tirante izquierdo, se vistió el chaleco y la chaquetilla, echóse al hombro el capote de paseo, besó con efusión á su hijo y á sus dos hijas, y salió acompañado de la cuadrilla y de varios amigos.

Nos abalanzamos al balcón. Una multitud de chicuelos, de hombres y mujeres del pueblo, invadía la acera y cercaba el landó. Subió Salvador, oyóse en la plazuela un formidable estallido de voces, de vivas, de gritos; partió el coche, seguido por aquella muchedumbre compacta, y desapareció enseguida por la esquina de la calle de Preciados.

Un momento después la plazuela de Santo Domingo había recobrado su aspecto normal.

Quedamos solos en la casa la familia de *Frascuelo* y yo. Parecía vacía completamente, sola, triste, inundada de tinieblas.

Nos dirigimos á la capilla, y allí, ante la imagen de la Virgen de la Soledad, resplandeciente, allí, ante la madre del Salvador, espléndidamente iluminada, doblamos la rodilla todos y elevamos nuestras plegarias fervientes para que el valiente diestro salvara aquellas tres horas de mortal angustia, que habían de traer para siempre la tranquilidad del hogar.

Aquel por quien rogábamos estaba en la plaza de toros, ante 14.000 almas que invadían el circo, bañadas de sol, ébrias de alegría, deseosas de aclamar al matador maravilloso que durante veinticinco años había hecho en aquella arena, más de una vez tinta en su sangre, despilfarro inverosímil de vergüenza torera, de arrojo y de temeridad.

Iba á despedirse, iba á torear por postrera vez en la plaza de la corte, su plaza idolatrada, teatro de hazañas inolvidables, calvario del hombre y pedestal de la gloria del torero.

¡La plaza de Madrid! Era en verdad y fué siempre la amante de *Frascuelo*, tanto más querida cuanto eran mayores las infidelidades que cometía al bravo matador.

Cuando se separaba de ella —y alguna vez lo hizo por mi consejo —la nostalgia se apoderaba del toreo, y no le dejaba vivir. Quería volver siempre, volver á luchar, volver á sufrir, porque su temperamento loco le atraía hacia las conquistas difíciles, y lo entregaba á los toros en un desquiciamiento insensato del amor propio, en un deseo inacabable del más allá.

Los triunfos de provincias le halagaban, sobre todo los de Sevilla, Valencia, Bilbao y San Sebastián; pero le sonaban á hueco.

Echaba de menos las grandes injusticias madrileñas; la guerra sin cuartel de los lagartijistas en la plaza y en la prensa, todo aquel

rumor imponente de batalla que le espoleaba el ánimo y enardecía el corazón.

Allí había conquistado palmo á palmo el trono de matador de toros; allí había luchado cara á cara y frente á frente con su implacable rival; allí había impuesto la verdad haciéndola brillar rodeada de dieciséis cicatrices; y allí volvía siempre, porque en el atropellado prurito de lucha que le dominaba, morir en la plaza peleando, hubiera sido gozar.

Y mientras él jugaba la última carta; mientras se celebraban los funerales del torero en el gran Coso donde el entusiasmo popular se desahogaba en ruidosas ovaciones, nosotros estábamos en la capilla, arrodillados ante la Virgen, con los ojos en el suelo, en un recogimiento fúnebre, unidos tiernamente por la oración.

Salimos de la capilla y transcurrieron dos horas en una tensión nerviosa que no nos dejaba prolongar ninguna conversación. Calculábamos lo que ocurriría en la plaza.

—Ahora habrá matado el segundo toro;

el primero se lo habrá cedido á *Lagartijillo*, á quien da la alternativa. Ahora estará en el tercero; dos seguidos. Cuando mate el quinto vendrán noticias. ¿Le pasará algo?

Y volvíamos á la capilla maquinalmente, como á un refugio, y nos arrodillábamos de nuevo y de nuevo fijábamos los ojos en la santa imagen, pidiéndole con el alma que trajese ileso á Salvador.

De pronto llamaron á la puerta y corrimos locos á abrir. Era un amigo leal que llegaba desalado, jadeante, con el semblante lleno de alegría, á pie desde la plaza de toros.

—¡Ya ha matado el último! ¡Un buey! ¡De una hasta la mano! ¡Un poco caída! ¡No lo merecía el manso! ¡Gran ovación!

El hombre balbuceaba más que hablaba, en entrecortadas frases, sudando, tembloroso, lleno de júbilo por ser el primero en comunicar la nueva feliz.

Lo rodeamos todos; le abrazamos y le hicimos contar punto por punto la corrida...

—¡El coche!

Me quedé solo, solísimo en la sala: la mujer, los hijos, el amigo, todos apretaron á correr, bajaron las escaleras y aparecieron al poco rato rodeando á Salvador, riendo, llorando, besándolo, locos de felicidad.

Llegó sereno, con aire más bien reservado y triste, el capote plegado en el hombro derecho y ostentando, como siempre, su característica rigidez.

Nos abrazamos fuertemente sin pronunciar una palabra, y el desfile de amigos empezó. Venían en tropel, le felicitaban ardentemente en frases cariñosas y conmovedoras, que él oía imperturbable, dando las gracias sin énfasis, con áspera sencillez.

De repente entró en la sala un hombre de unos cincuenta y tantos años, alto, seco, con la cara curtida por el sol, un hombre del campo vestido de paño burdo y con un inmenso pavero en la cabeza.

En cuanto vió á *Trascuelo*, abrió los brazos, se arrojó materialmente sobre él, y diciendo con indefinible acento ¡Salvador!, co-

menzó á besarle, sollozando, anegándolo en lágrimas.

Miré á *Frascueto*. Se mordió los labios, abrazó desesperadamente á aquel hombre, le oí balbucear algunas palabras, y ví que cerraba con furia los ojos para enjugarse sin duda la humedad.

—¡Gracias á Dios que siquiera una vez en mi vida le he visto á usted emocionado!— dije á *Frascueto*.

Me dirigió entonces una mirada indefinible, y murmurando —¡es verdad!— volvió hacia el hombre, que continuaba sollozando como una criatura.

Pregunté quién era, me contestaron que un guarda de la posesión de Salvador, volví á abrazar á éste, salí de la casa, y supe al día siguiente por *La Correspondencia* que, en el testamento taurino, *Frascueto* me legaba la montería con que había toreado la última corrida.

Este es el recuerdo indeleble que conservo de la última corrida de Salvador.







## XII

La hora de las alabanzas.—La conducta de *Guerrita*.—La corrida.—Los tres toros que mató Salvador.—El último buey.—Faenas de Guerra.—Los lagartijistas.—La reseña de *Aficiones*.—La flecha del partho.—Por qué se retiró *Frascuelo*.—Su puesto en la historia de la tauromaquia.

**D**ios te libre de la hora de las alabanzas!, dice el refrán. Esa hora llegó para *Frascuelo*, hora única en que hasta los anabaptistas de Rafael se lanzaron á elogiar al incomparable diestro, aunque lo hicieron apelando á todo género de precauciones.

No faltó, sin embargo, la flecha del partho, como se verá más tarde.

Los periódicos taurinos publicaron sendos extraordinarios en que se cantaban en

todos los tonos y en todos los modos, las hazañas de Salvador; dedicáronsele composiciones en prosa y verso, hubo, en suma, el gasto necesario para acontecimiento de esa especie; pero como si la seriedad, que había sido siempre nota característica del toreo de Salvador, hubiese contagiado á sus apologistas, lo cierto es que las manifestaciones del entusiasmo se mantuvieron dentro de discreto límite.

Hubo gasto, pero no despilfarro. La retirada no se había anunciado con la aparatosa *mise en scène* que tres años después había de emplearse en las despedidas de *Lagartijo*. Salvador dijo que se quitaría de los toros en una corrida extraordinaria, en la cual daría la alternativa á *Lagartijillo*, y no se habló más.

Se anunció la corrida con seis toros del Duque de Veragua, y la única é importantísima novedad que se ofreció al público, fuera de la que encerraba el acto de la despedida de Salvador, ¡fué la presencia de *Guerrita* como banderillero.

El noble y valiente diestro cordobés ha-

bía solicitado de *Frascuero* la honra de acompañarle en la última corrida, dando, con ese acto generoso, testimonio elocuente de su admiración y de su gratitud.

¿Quién sabe si *Guerrita*, en los albores de su fortuna y de su gloria, recordó la corrida verificada en Linares el 28 de Agosto de 1879, aquella corrida célebre en los recuerdos del joven matador, en que Salvador le había tendido la mano y permitidole salir con su cuadrilla, en compañía del *Torerito*?

¿Quién sabe si Rafael, que guardó en su corazón la memoria del rasgo de *Frascuero*, quiso pagar aquella deuda de gratitud, pres-tándose á dar mayor solemnidad á los funerales taurinos del primer matador de la época presente?

Sea de ello lo que quiera, *Guerrita* mostróse entonces grande como hombre y grande como lidiador, y su nobilísima conducta le atrajo las simpatías de los aficionados, exceptuando, como es natural, á los lagartijistas.

La corrida se verificó con un lleno rebo-

sado. Salvador, que cedió el primer toro á *Lagartijillo*, mató el segundo, *Pregonero*, berrendo en negro, capirote, de libras y corniveleto, de una estocada puramente *frascuelina*, entrando á matar desde la cuna y obligando al toro á arrancarse á fuerza de estrecharle con el trapo.

El estoque quedó en los rubios, hundido hasta la bola, y el toro cayó hecho una pelota á los pies de su matador. La ovación fué inmensa y continuó durante gran parte de la suerte de varas en el toro siguiente, siendo obsequiado *Frascuero* con multitud de regalos. Algunas almas sensibles soltaron varias palmas.

En su segundo toro, tercero de la corrida, no estuvo tan afortunado Salvador. El bicho había tomado defensa en las tablas y allí lo toreó de muleta y entró á matar cuatro veces, terminando la faena con un lucido descabello.

Llegó el quinto de la corrida, último que iba á estoquear *Frascuero*, poniendo término definitivo á su gloriosa carrera.

Llamábase el toro *Regalón* y era barroso, bragado y de muchas libras.

Cuando tocaron á matar, el animal estaba completamente manso y huído. Salvador trató de sujetarlo, lo trasteó buscándolo en todas partes, haciendo grandes esfuerzos á fin de consentirlo. El buey pedía un golletazo á la media vuelta y los espectadores hubieran hallado justificada esa muerte á traición que merecía por todos conceptos.

Pero Salvador no lo entendió así; quiso despedirse para siempre de los toros, dando muerte cara á cara y frente á frente á aquel manso de solemnidad; y aprovechando el único momento en que, apretado por la muleta, le obligó á cuadrarse, lió, se armó y cayó sobre el buey con la guapeza de los mejores tiempos del matador, clavando una estocada hasta el puño, un poco caída, que hizo polvo al animal y valió al admirable diestro, dechado de vergüenza torera hasta el último instante, una prolongada y merecida ovación.

Así concluyó la carrera de Salvador Sánchez el día 12 de Mayo de 1890, en la plaza de toros de Madrid, digno final de una vida dedicada á sacar á la verdad triunfante y á luchar por ella con valentía sin igual.

Cuando cayó el último toro, Salvador se vió rodeado de una multitud entusiasta que lo levantó en hombros y lo llevó hasta el coche; al partir éste, el público, apiñado en las cercanías de la plaza, saludó al veterano con vítores y le hizo cariñosísima ovación.

Vengamos ahora á *Guerrita*. Su cooperación en la despedida de *Frascuero* fué también digna del memorable acontecimiento y prestó á la fiesta animación y brillantez extraordinarias.

Rafael pareó los toros que mató *Frascuero* y lo hizo de un modo magistral, alcanzando grandes ovaciones. Mostróse en la brega incansable y eficaz, hizo quites, jugueteó cuanto lo permitían los bueyes lidiados, dió, en suma, admirable realce á la corrida.

La luz intensa que el joven derramó sobre

los funerales del viejo, iluminaron la despedida de éste con resplandores de apoteosis y solventaron con usura la cuenta que existía entre los dos.

La prensa taurina y los diarios políticos dedicaron á la corrida entusiastas reseñas en que hicieron justicia á la despedida de *Fras-cuelo*. La opinión general juzgó prematura aquella retirada, y el mayor elogio que de ella puede hacerse es consignar que Salvador quiso probar á sus enemigos, y lo probó elocuentemente, que no quería dejarles el único recurso que les hubiera quedado para atacarle en adelante: la vejez.

Se marchó pudiendo con los toros, mandando por delante á un enorme buey, y así pudo escribir la última página de su historia, página que quedaba como definitiva consagración del triunfo alcanzado sobre su rival y á la cual la despedida de *Lagartijo* había de dar muy pronto caracteres de fallo inapelable.

Los lagartijistas tuvieron que rendirse

ante la explosión de entusiasmo que provocaron las faenas de Salvador en su última corrida. Los anabaptistas hicieron lo propio; *Sobaquillo* se adornó, no con los flecos de la escuela cordobesa, sino con los sobrios y eficaces que la rondeña permite, y escribió una revista verdaderamente halagüeña para Salvador:

En *El Imparcial*, *Aficiones* (D. José de la Serna), había reemplazado á *Sentimientos* y formaba con *Sobaquillo* el díptico anabaptista, puesto que el pobre Mazas (*Un alguacil de El Globo*) había muerto.

*Lagartijo*, tratándose de la prensa de gran circulación, tuvo siempre el santo de cara. Con el refuerzo de *Aficiones* contó con un adalid valioso, decidido más que nadie quizá á defenderlo á toda costa y á arroparlo con su inquebrantable devoción.

Escritor fácil, sereno y valiente, dispuesto á no retroceder por nada ni ante nadie y poseedor de un estilo cáustico que lleva el veneno á veces hasta la ferocidad, *Aficiones* no



se dejó conmover por la despedida de *Fras-  
cuelo*.

Dedicó á la corrida una reseña andrógina, esto es, en prosa y verso, en la cual relató los lances de la lidia sobriamente, huyendo de meterse en detalles en los cuales se trasluciera el entusiasmo del público, todo ello aderezado con un estilo zumbón lleno de sutilísimas y emponzoñadas reticencias.

Únicamente se permitió, al hablar de la muerte del primer toro que mató Salvador, escribir estos cuatro versos:

«Palmas, cigarros, *orsequios*  
y palomas mensajeras,  
¡sólo faltaron coronas  
de siemprevivas... y etcétera!»

La muerte que dió *Frascuero* al quinto buey, á aquel buey del cual se deshizo con sin igual guapeza, arrancó á *Aficiones* lo siguiente:

“*Regalón* estaba hecho un buey cuando sonaron los clarines anunciando *la fin* de su vida y la última estocada de Salvador.

Al mismo tiempo que sonaba unpito  
de fatídico son, de son maldito,  
como en *Hernani* el eco  
de la trompa fatal, áspero y seco,  
que nos hace exclamar con voz medrosa:  
—¡Por fin hay que cortar alguna cosa!

*Frascueto* se acerca con gran tranquilidad  
á *Regalón*, que á los primeros pases se *juye*,  
espantándose hasta de su sombra.

Por fin paró,  
y se cuadró.  
Y Salvador de una caída  
lo mató.  
¡Ya se la cortó!

Moralmente, digo, porque la *operación quirúrgica* no se hace en la plaza, como había muchos *mayos* que se lo figuraban.,

¡Un poema! El terrible anabaptista que de tal suerte tenía que comprimirse para dar cuenta de la retirada de Oberthal, estaba destinado á lanzar á Salvador la flecha del partho.

Y se la lanzó, en efecto, apuntando al

talón del Aquiles de la tauromaquia. Véase la clase:

«RESPONSO FINAL

Los toros del ministro (1)  
 medianos, malos, pésimos;  
 ¡si parece imposible que ese sea  
 ganado de Fomento!  
 Y advierto que costaron  
 mil pesetas por cuerno.  
 Entre los de á caballo fué el Badila  
 el número primero.  
 Bregando, pareando y *peonando*,  
 Guerra entusiasmó al pueblo,  
 que á cambio de los toros del ministro  
 tuvo en él un ministro del toreo.  
 Salvador aclamado,  
 fué conducido en hombros y sin féretro.  
*¡Un bel morir tutta una vita onora!*  
 ¡Dichoso él que puede hacerse el muerto!  
 ¡Pues yo tambien, por treinta mil pesetas,  
 me cortaría el pelo!»

*Frascuolo* había, efectivamente, pedido 6.000 duros por su última corrida, y nadie, excepto *Aficiones*, había juzgado excesiva la

---

(1) Era entonces el Duque de Veragua ministro de Fomento.

cantidad, ni mucho menos se la había echado en cara al gran lidiador.

Era este el único punto que la malicia podía estimar vulnerable y *Aficiones* no desaprovechó la ocasión para *instrumentarlo* de pasada en su reseña.

«¡Pues yo también, por treinta mil pesetas, me cortaré el pelo!»

¿Quién había de decir á *Aficiones* que, tres años después, su ídolo se llevaría veinticinco mil duros, ciento veinticinco mil pesetas, por los ejercicios de capilografía á que se entregó con motivo de su retirada?

Si por treinta mil pesetas que pidió Salvador, se hubiera cortado el pelo *Aficiones* ¡asusta pensar lo que se hubiere cortado por las ciento veinticinco mil que Rafael se llevó á Córdoba!

Por fortuna para todos, el chispeante escritor no se ha cortado nada y continúa actualmente prestando el concurso de su en-

vidiable ingenio á las columnas de *El Imparcial*.

Volviendo á la retirada de *Frascuelo*, ya he dicho antes que la opinión la juzgó generalmente prematura, tan animoso y valiente habíase mostrado en ella el célebre matador.

En mi concepto, Salvador hizo muy bien en retirarse el 12 de Mayo de 1890.

Cuando llega la hora tristísima de la separación entre el público que, como la tontería humana, es eternamente joven, y el artista que envejece con el tiempo, raro, muy raro es el que, conociendo su decadencia, se decide á abandonar una existencia agitadísima, llena de fatigas y emociones, de glorias y de vilipendios, en exhibición continua, en incesante bullir, elevado aquí hasta las nubes, arrastrado allí por el lodo, vida enervante y deliciosa que atrae al torero hacia el público, como atrae la mujer caprichosa, injusta y cruel, á quien se ama con delirio y cuyas caricias hacen olvidar en un día las traiciones de diez años.

*Frascuero* no quiso conocer esa época corta y fatal en que el torero vive de la limosna del público al principio y se ve arrojado después, como un estorbo, del campo de sus triunfos.

Se fué con los pies torpes, pero con la frente erguida, dejando el recuerdo indeleble de su nobleza, de su maestría y de su valor.

El arte de matar que Redondo y Manuel Domínguez habían recogido de las reglas escritas de José Delgado y de Montes, y aplicado últimamente con admirable eficacia en la plaza de Madrid, se reveló instintivamente en *Frascuero* y ha sido el dique que opuso el inolvidable matador al artificio que la astucia de *Curro Cúchares* creó hace treinta años.

La gloria de *Frascuero* está ahí principalmente, está en que recogió una bandera que yacía, hecha girones, en el suelo y la tremoló, incansable y audaz, ante aquellos á quienes había atacado de miopía crónica el bullir de vistosos gallardetes.

Y combatido sin tregua ni piedad por sus enemigos, tachado de envidioso, de irascible y hasta de bruto, expuesto á todas horas á verse mortificado en su amor propio, en su orgullo y hasta en su dignidad personal, condenado á una rivalidad diaria que le obligaba á poner en juego todo su entendimiento, todo su coraje, su alma toda de torero, para alcanzar un aplauso; cogido por los toros veinte veces, acribillado el cuerpo de cornadas y lacerado el corazón por todo linaje de injusticias, no vaciló ni un instante, no huyó jamás; gritó como Galileo: *e pur si muove*, y plantó al fin la bandera del toreo verdad cuando la afición caía de hinojos ante el toreo de la mentira.

Fué más grande cuando las cornadas le hicieron mayor daño, y donde todos han sentido los golpes y retrocedido ó vacilado, él extrajo mayor caudal de ánimo y se mostró valiente y temerario como nunca.

En la historia de la tauromaquia su nombre figurará entre los primeros. Creó un modo

de matar toros que nadie hasta ahora se ha asimilado, y del cual he hablado extensamente en una obra anterior (1).

Hoy se llama estocada *frascuelina* á aquella en que el matador hunde el estoque hasta la bola, entrando corto y derecho; pero nadie, absolutamente nadie, ostenta el sosiego de Salvador, su arte incomparable y su eficacia para adelantar la muleta y el busto, consentir á los toros y marcar la reunión.

Es un secreto que *Frascuero* se llevó consigo al retirarse y constituye su individualidad. No hay quien haya llenado el vacío que dejó ni quien pueda, por lo tanto, disputarle el puesto que ocupa al lado de las figuras más eminentes en la historia del arte de torear.

---

(1) *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo.*







### XIII

Cogida de Guerra en Jerez.—El toro *Corredor*.—Un escándalo y un par de banderillas.—La cornada.—El varetazo del *Espartero*.—El toro al corral.—Curación de Guerra.—La cogida *mónstruo*.—Ruptura de *Lagartijo* y de *Guerrita*.—Los lagartijistas.—Un heterodoxo español.—El sueño de los anabaptistas. — ¡Desperta ferrol!

EL día de San Juan de 1890 *Guerrita* sufrió en Jerez una cogida digna de ser relatada.

Pertenecían los toros que se lidiaron aquella tarde á la ganadería de D. Joaquín Pérez de la Concha, y estaban encargados de la lidia el *Espartero* y Guerra.

El hecho de presenciar la corrida don Isaac Peral y sus compañeros del submarino

famoso, en el apogeo entonces de su efímera gloria, daba á la fiesta grandísima animación.

Los dos primeros toros llevaron fuego, el cuarto y quinto fueron brindados por los matadores al inventor del célebre barco, del cual hoy no se acuerda nadie.

Los brindis promovieron el entusiasmo general, y aún duraban las manifestaciones del popular delirio, cuando se presentó en la plaza el último cornúpeto.

Era un jabonero enorme, con abundante cornamenta y presencia imponente, llamado *Corredor*. El animalito infundió tal respeto á las plazas montadas, que no había medio de conseguir que se acercasen al bicho. Y por si éste era blando con exceso, ó muy duro al miedo de los picadores, ó escasa la voluntad de *Guerrita* para obligarlos á picar, ello es que se armó en el circo un escándalo formidable que duró todo el primer tercio y subió de punto al escucharse el toque de banderillas.

Pidió entonces el público, como compensación de aquel desaguisado, que parease Ra-

fael, y accediendo éste al instante á los insinuantes ruegos de la masa, cogió un par de palos y colocóse frontero al elefante, el cual paquidermo — conviene hacerlo constar — tenía los cuernos no solamente muy grandes, sino excesivamente abiertos.

Un soberbio par cuarteando puso *Guerrita*, pero alcanzólo á la salida el asta de la fiera y fué por ella volteado el diestro.

Un grito de horror, etc., etc., (ya se sabe lo que ocurre en tales casos y cómo se instrumentan literariamente tales cosas).

*Guerrita* se levantó, dirigióse hacia la barrera, apoyado en la cual llevóse las manos á la ingle derecha y se marchó por su pie, pero caminando con trabajo sumo, á la enfermería.

Reconocido el diestro, vióse que tenía una herida en la parte superior é interna del muslo derecho, muy próxima al pliegue de la ingle, con dirección de dentro á fuera y de abajo á arriba, de cuatro centímetros de extensión por dos de profundidad.

Con la emoción que la cogida produjo, y de la cual debió participar sin duda alguna el *Espartero*, se dispuso éste á dar muerte á *Corredor*, que se hallaba entero y había sembrado el pánico en el redondel.

Comenzó Manuel á torear de muleta al bicho, y á las primeras de cambio, sufrió un varetazo en el pecho. El público, entonces, temeroso de que el animal diese al traste con el único matador que en el ruedo quedaba, se alborotó y pidió enérgicamente que el toro fuese llevado al corral.

Accedió el presidente al ruego soberano, salieron los cabestros, y arrojando amorosamente al terrible *Corredor*, lo sacaron del teatro de sus feroces hazañas, con lo cual respiraron todos, público y toreros, y tuvo término aquella inolvidable función.

La considerable hemorragia que se presentó en la herida de Guerra dió á ésta, en los primeros momentos, caracteres de bastante gravedad; pero la robusta naturaleza del diestro hizo muy pronto desaparecer todo cuidado.

*Guerrita* permaneció poco tiempo en Jerez, salió enseguida para Córdoba y doce días después del accidente toreó en Madrid, el 6 de Julio, con *Lagartijo* y el *Ecijano*.

Era la 13.<sup>a</sup> corrida de abono y lidiáronse en ella cinco toros de Muruve y uno de Orozco, que se corrió en segundo lugar y fué el primero que estoqueó *Guerrita*.

De las dos faenas del valiente matador puede juzgarse por el juicio que *Don Cándido* le dedicó en *La Lidia* y voy á transcribir. Me conviene advertir que entonces no tenía yo la menor relación con el acreditado semanario taurino, cuya dirección había dejado hacía algunos años.

He aquí lo que dijo *La Lidia*:

“GUERRITA.—Empecemos por aplaudir incondicionalmente al bravo muchacho. No hay con qué pagar la voluntad que, aún coartada por los sufrimientos, llega hasta el punto de acudir á su obligación, exponiéndose quizá á mayores males.—*Guerrita* no estaba ayer en disposición de torear, y bien lo probó con

su forzada quietud alrededor de los toros y los frecuentes descansos á que tuvo que apelar por consecuencia de lo reciente de su última cogida de Jerez.

„Á pesar de esto, la faena de su primero fué de las más acabadas. Media docena de pases como clavado en la arena, y una estocada hasta la taza, entrando con tal ahinco, que fué suspendido y despedido por el toro, sin más consecuencias que el consiguiente varetazo que indudablemente sacaría del lance.

En el segundo, que se limitó á dar vueltas á la noria, después de tantearlo y convencerse que no sacaría más partido, le colocó con acierto media estocada al encuentro y lo descabelló á la primera.

„Después de esto abandonó la plaza con su cuadrilla en dirección á Pamplona, escuchando grandes aplausos. ¡Allá van los nuestros entremezclados de admiración!„

Así se presentó *Guerrita* ante el público madrileño después de la cornada de Jerez, y

así se preparó á aguantar el ciclón que se le venía encima.

Porque estaba escrito que el año del Señor de 1890 quedaría memorable en la historia de las cogidas de Rafael. De la de Jerez se habló mucho; hubo en los primeros instantes grandísima ansiedad que no se calmó hasta que llegaron noticias quitando gravedad á la cornada; respiraron por fin los corazones al ver al diestro en la plaza de Madrid; y ya todo era júbilo en el taurino campo, ya se disponían los *dilettanti* á seguir saboreando á *Guerrita*, cuando el célebre diestro sufrió la cogida más tremenda que puede imaginarse, una de esas cogidas que no admiten más calificación que la inventada por Arana para los partidos de pelota: una cogida *mónstruo*.

Hasta entonces lo habían cogido varios toros lidiados en diferentes corridas. Esta vez cogió á Rafael una vacada entera. ¡Y qué vacada! Los toros que mandaron al otro mundo á *Pepe-Illo* y *Curro Guillén*, eran bravísimos borregos, peras en dulce, compa-

rados con los que engancharon á *Guerrita*.

¡Calcúlese lo que serían con pensar que lo cogieron hace cuatro años y todavía manan sangre las heridas que infirieron al mísero lidiador!

Pero abandonemos el terreno de las metáforas de mal gusto y hablemos claro. La cogida *mónstruo* de *Guerrita* fué su famosísima ruptura con *Lagartijo*.

Apuntadas quedan en páginas anteriores las circunstancias en que se hallaron los dos en cuanto Guerra tomó la alternativa y se declaró libre, feliz é independiente.

Toda la masa de electricidad acumulada en la atmósfera tenía que estallar de un momento á otro y estalló, en efecto, sobre la cabeza del joven cordobés.

Muy poco tiempo después de haber tomado parte *Guerrita* en la última corrida de Salvador, súpose que los dos Rafaelés, el viejo y el joven, el Padre y el Hijo, habían roto toda amistosa relación, al punto de no saludarse siquiera.



La noticia cundió por la grey lagartijista como una exhalación. El primer momento fué de incrédulo asombro. ¡Rebelarse Guerra contra *Lagartijo!* ¡El águila despreciada por el gorrión! No, no era posible; chismografías frascuelistas que tendían, como siempre, á mortificar á Rafael el Grande.

Porque hay que saber que, retirado Salvador, los anabaptistas sufrieron un disloque completo, dedicáronse á ensalzar á su ídolo de un modo tal, que era cosa de preguntar cualquiera si España no es una nación cortada para el absolutismo; que tanto monta llamarse Felipe II ó Rafael Molina si el monarca y el torero disponen de las vidas y haciendas de sus súbditos y los tienen, cuando les da la real gana, de rodillas y á sus pies.

No les bastaba entonces llamar á *Lagartijo* Rafael I, y el Califa de Córdoba, y Abdherramán, y Boabdil el Grande; no se contentaban con instrumentarle la inmortalidad con música de Wagner y adorar al *divo* de la tauromaquia moderna, como adora-

ban la Sagrada Copa los caballeros del Graal.

Para los lagartijistas, *Lagartijo*, arte, belleza, bondad, valor, ideal eran consustanciales; nada había existido antes, nada existiría después; y el día en que Rafael se cortase la coleta rasgaríanse las nubes, secaríanse los ríos, helaríanse los mares, derrumbaríanse Ossa y Pelión, y *Sobaquillo* y *Aficiones*, hechos dos Jeremías, recorrerían las calles de Madrid sollozando: *Quomodo sedet sola civitas plena populo!*...

Porque quitarse de los toros Rafael y hacerse el vacío en los dominios de España—de la nación no había que hablar—sería todo uno.

Ni había halago que no le prodigasen, ni mimo de que dejaran de echar mano para tenerlo satisfecho y feliz. ¡Adjetivos laudatorios! Rabelais, *adjetivador* asombroso, era niño de teta al lado de los lagartijistas.

Lo tenían, en suma, hipnotizado en aquel ambiente de ditirambos sin tasa, capaz de marear al Padre Eterno.

¿A quién podía, pues, pasársele por la cabeza que *Guerrita* osara lanzar un grito de rebelión contra el ser indivisible, indiscutible é intangible que se hallaba sentado en el trono de todas las tauromaquias?

Era cierto, sin embargo, y el Sr. Menéndez Pelayo cometerá un acto de deplorable injusticia, si en futuras ediciones de la *Historia de los heterodoxos españoles* no asigna á *Guerrita* preeminente lugar.

Sí, Rafael Guerra y Rafael Molina se separaron sin regañar. ¿Fué el Chico el que se separó del Grande, ó éste de aquél? Que crea cada uno lo que le convenga; por mi parte tengo la convicción de que la ruptura obedeció á causas naturales, parecidas á las que originan el divorcio entre casados á quienes separan grandes diferencias de edad.

Los lagartijistas tuvieron que creer lo que para ellos era increíble; se tocaron, se palparon, y, pasado el primer momento de estupor, juraron vengarse.

La verdad es que, desde la retirada de

*Frascuero*, vivían en las molicies de Cápua, enervados dulcemente por el elogio. Los cantos de alabanza que diariamente entonaban en loor de ambos Rafaeles, comenzaban ya á resentirse de monotonía; los anabaptistas parecían, en suma, tomadores de opio, iban quedándose aletargados, sintiendo la nostalgia del palo, sin tener á quién pegar.

Durante muchos años se habían despachado á su gusto, gozando mucho cuando incensaban al ídolo, y gozando aún más cuando deprimían á Salvador, la *bête noire*, el rival eterno.

Porque para los lagartijistas, morder fué siempre más dulce que besar, y cuando metían los dientes en *Frascuero* y lo despedazaban con las brillantes *largas* de la retórica cordobesa, enseñaban los caninos chorreando sangre y se relamían con voluptuosidad.

Salvador acababa de cerrarles esa puerta de oro, y los anabaptistas toreaban en serio, se aburrían como los niños traviesos para

quienes romper cuanto hallan á mano constituye el supremo placer.

La ruptura de *Lagartijo* y de *Guerrita* vino, pues, á cambiar radicalmente el aspecto de las cosas, á romper la paz octaviana que reinaba en la plaza y en la prensa desde la retirada de Salvador.

Cesó como por ensalmo la nostalgia, los anabaptistas despertaron, sacudieron sus melenas leoninas, tajaron de nuevo aquellas plumas envidiables que sembraban por doquiera el terror ó el júbilo y, gritando ¡desperta ferro!, se aprestaron á esgrimirlas briosamente contra el rebelde cordobés.







## XIV

Las orquestas lagartijistas.—El concierto.—De bola á bola y por tabla.—Padres y padrastros.—Volapiés de sorpresa.—Coreografía y títeres.—Las predicaciones de los anabaptistas.—El sinvergüenza y primer titiritero de estos tiempos.—Guerra y los toros del Conde de Patilla.—Falsedades.—Monólogo de *Guerrita*.—Instrumentación aparte.

**L**AS orquestas lagartijistas de *El Liberal* y de *El Imparcial*, dirigidas por *Sobaquillo* y *Aficiones*, los Mancinelli y Lévi de los conciertos cordobeses, rompieron el fuego sin gritar ¡agua va!

No hubo preparación alguna, no se oyeron los toques de ordenanza. Lo mismo que en San Sebastián en la noche del 27 de Agosto de 1893, de triste memoria, las descargas

cayeron sin piedad sobre la indefensa muchedumbre.

Declaro que no he visto jamás nada parecido, ni conozco valor que pueda compararse al que mostraron en aquella ocasión los anabaptistas, que es como decir los lagartijistas todos.

Porque se necesita un valor á toda prueba para renegar en un día de lo que se ha venido glorificando sin cesar durante seis ó siete años; se requiere un arrojo inverosímil para estimar de repente feto á lo que se ha proclamado gigante en todos los tonos y en todos los modos.

Eso hicieron los lagartijistas con Guerra en cuanto Rafael el Chico se separó del Gran Rafael.

Necesitaron media docena de años para advertir que *Guerrita*, *Rex judeorum*, era Barrabás, y pedir su muerte. Sólo al cabo de ese tiempo cayeron en la cuenta de que el niño cordobés, á quienes ellos habían colocado á la diestra de Rafael Padre, era un hijo



espúreo, engendrado quizá en pleno sadismo frascuelista, un mamarracho indigno de llevar los estoques á *Lagartijo*, como muchos dicen aún.

Es necesario recordar de nuevo los detalles de aquel inopinado cambio de... espaldas que sufrió el lagartijismo, para tener idea de la influencia inconcebible que Rafael Molina ejercía sobre sus partidarios.

Mientras *Guerrita* estuvo, mozalbete sumiso, en la cuadrilla de Rafael, y éste lo llevó de medio espada á provincias en condiciones buenisimas, bonitísimas y baratísimas, las cosas marcharon á pedir de boca.

¿Mataba *Lagartijo* un toro magistralmente? Pues ya estaban los lagartijistas llamando á Guerra, colocándolo delante del maestro y diciéndole entusiasmados: *¡Ecce Pater tuus!*

¿Estoqueaba *Guerrita* un toro con arte y valentía que despertaban la admiración general? Pues ya estaban los lagartijistas llamando á Rafael, á Rafael el Padre, poniéndolo delante del chico y exclamando conmo-

vidos, con lágrimas en los ojos: *¡Ecce Filius tuus!*

Y el caso es que, unas veces por ser Padre y otras por poseer tal Hijo, el abuelo se llevaba la gloria de bola á bola ó por tabla.

Todo ello instrumentado con las galas y la fuerza de dos péñolas, las de *Sobaquillo* y *Aficiones*, capaces de demostrar—como Hegel á su criado—que Dios existe ó que no existe Dios.

Romper *Guerrita* con *Lagartijo* y cambiar por completo la decoración, fué todo uno. Desde aquel día fatal lo blanco fué negro, lo grande fué chico, la belleza trocóse en fealdad, y Ney, Soult y el duque de la Moscowa despojáronse de sus uniformes y endosaron el de Dumouriez.

*O spettacolo divin!*—como dice Vasco en *La Africana*. Los papás amantísimos de Guerra, los que le colmaban de golosinas y batían palmas á sus travesuras infantiles, convirtiéronse bruscamente en feroces padrastros.

Y la Guerra Santa, la guerra á *Guerrita*, fué declarada en campos y ciudades y asoló á toda la nación.

Con una perfidia de onda diéronse los anabaptistas á empequeñecer los trabajos del *sub-cordobés*, como lo llamó enseguida *Sobaquillo*, cuando *Guerrita* estaba afortunado, y cayeron sobre él inhumanamente, con envenenadas frases, cuya depresiva intención sólo era asequible al que sabe leer entre líneas, en cuanto el Santo le volvía las espaldas.

¿Mataba bien un toro? Pues no era toro, sino novillo, sin cara ni cuernos, un ternero extraído del vientre de alguna inofensiva *Coliche*.

¿Daba un volapié que arrancaba grandes aplausos? ¿Qué volapié ni que niño muerto? Concedían que fuese volapié, llegaban hasta eso, pero ¿volapié legítimo? ¡Nunca! Los volapiés de *Guerrita* eran volapiés de sorpresa (*sic*) y se parecían á los inventados por Costillares como un huevo á una castaña.

Ahora bien, Costillares inventó el vola-

pié para *sorprender* á los toros, para matarlos por *sorpresas*, de lo cual se deduce que el volapié es suerte por *sorpresas* ó deja de ser volapié. ¡Sigamos adelante!

¿Movía los pies *Guerrita*? Pues baile al canto, con el acompañamiento obligado de peteneras, sevillanas, boleras y demás excesos de la coreografía.

¿Recortaba los toros? ¿Daba *pataitas*? ¿Jugueteaba con las reses? Pues anden los títeres y venga una función de pueblo para mayor gloria de los conspicuos villamelones.

Y todo ello aderezado con el antiguo repertorio de Salvador, con el socorrido *cliché* de la envidia, de la soberbia, del despecho y lo demás que de puro sabido se calla.

Las predicaciones de los anabaptistas surtieron inmediatamente su efecto; todo, absolutamente todo el campo lagartijista cayó como un solo hombre sobre el mísero *subcordobés*, y dióse el caso realmente fantástico de quedarse solo é inerme en la plaza quien hasta entonces había reinado en ella, merced á

unos méritos elevados hasta las nubes por aquellos mismos que se los negaban en redondo ahora y lo zaherían sin cesar.

¡A tal punto llegaba la idolatría que despertaba *Lagartijo*! ¡Al punto de repartir éste las flores y las espinas, según protegiera á cualquier torero ó le retirase su augusta protección!

*Guerrita* lo demostró de un modo harto elocuente al verse, de la noche al día, arrojado brutalmente del Paraíso y encontrarse en pleno Calvario, rodeado de los amigos que tanto le glorificaban antes y hoy pedían airados su crucifixión.

¿Se cree que exagero? ¿Se cree que la pasión guía mi pluma al consignar la espantosa soledad de que *Guerrita* se halló rodeado, á consecuencia de la ruptura con Rafael?

Léase lo siguiente, que apareció tal como lo trascibo; en un semanario *profesional* de Madrid:

“*Guerrita* ha perdido totalmente la vergüenza, pues á cada paso va echando mano

de los burladeros, y, sobre todo, cuando tiene que habérselas con *pavos* que no son chotos del Saltillo. ¡Y el público, inocente y cándido, aplaudiendo aún las cabriolas y *padeburés* del primer titiritero taurino de estos tiempos!„

¡Sinvergüenza y primer titiritero taurino de estos tiempos! ¡Matador de chotos y ejecutante de cabriolas y *padeburés*! Después de eso, no queda sinó dar un paseito en el tranvía y dormirse luego como un lirón. ¡De menos nos hizo Dios, que nos hizo de un pedazo de... *Guerrita*!

Hay que advertir que, *solo una vez en la vida*, mandó Guerra que le pusieran burladeros. Ocurrió el caso en la plaza de Pamplona, donde toreó por San Fermín de 1890, teniendo abierta la herida que le infirió en Jerez el día 24 de Junio de aquel año el famoso toro *Corredor*.

El mismo Sánchez de Neira, cuya seriedad y buena fe están fuera de duda, hízose eco en *La Lidia* (número del 10 de Noviembre de 1890) de los horrores que se

decían contra el célebre torero cordobés, y afirmó que éste se había negado á lidiar toros del Conde de Patilla, de D.<sup>a</sup> Celsa Fontfrede y de D. Antonio Miura, y que veía “con mal gesto,” las reses de Concha y Sierra, del Colmenar y portuguesas.

“Dicen que ha llegado el caso —añadía Neira— de exigir (Guerra) á las empresas que deseen contratarle que compren el ganado de ciertas y determinadas vacadas.”

¡Cálculése cómo estaría la atmósfera antiguerrista cuando un hombre de la inteligencia y del reposo de Sánchez de Neira se dejó contaminar!

Cuanto se decía para vilipendiar al diestro y herirle en su dignidad profesional era falso. Únicamente se negó *Guerrita* á torear reses del Conde de Patilla por un rozamiento de carácter puramente personal ocurrido entre ambos, á consecuencia de un toro que sobró entre los que se lidiaron en la corrida á beneficio del *Bebe*.

No quiero ocuparme del asunto, porque

no hay para qué resucitar historias pasadas; pero las causas que motivaron la ruptura entre Guerra y el Conde de Patilla, hoy difunto, enaltecen sobremanera al diestro cordobés.

Para nada entró en el asunto la prevención que pudiera abrigar el torero contra aquella ganadería, fué una cuestión desligada en absoluto de todo aspecto profesional, y si se fuese á tirar de la manta para todos y se recordaran ciertos hechos que la historia no debe recoger, podría aquilatarse la odiosa campaña de que fué víctima Guerra, campaña que, al fin y á la postre, había de dar mayor realce al triunfo definitivo.

Fuera de ese incidente que produjo, efectivamente, la negativa del matador á lidiar reses de Patilla, nunca se ha negado Rafael á torear cuantos toros hayan querido echarle las empresas, y le he oído decir varias veces que desafía á que se le pruebe lo contrario.

Si no fuera suficiente la afirmación de Guerra, bastaríame lo que he visto yo y no me ha contado nadie.



*Guerrita* torea en San Sebastián todos los años desde que tomó la alternativa, y bien puede asegurarse que no hay empresario que pueda compararse con Arana en lo de surtirse de toros en Colmenar.

En la capital de Guipúzcoa le he visto, por lo tanto, matar reses de la tierra, toros de todos tamaños y de todas castas, sin que jamás se le haya ocurrido protestar, ni presentar á Arana el más leve impedimento.

Pongo por testigo al popular empresario, que no me dejará mentir, y seguramente dirán lo mismo cuantos empresarios han tenido que ver con *Guerrita*. Y no ahondemos el asunto, que al buen callar llaman Sancho y esta es ocasión muy propicia para *sanchear*.

Lo que he querido dejar sentado es el carácter de la oposición que se hizo á *Guerrita* poco tiempo después de haber tomado parte tan eficaz y brillante en la despedida de Salvador.

Será pura coincidencia, pero el hecho es que las iras lagartijistas se desplomaron sobre

Guerra á raíz de la retirada de *Frascuelo*, y no debe estimarse excesiva suspicacia pensar que la conducta del joven cordobés, en aquella ocasión solemne, fué la gota de agua que hizo salirse de madre á todo el lagartijismo.

De todas suertes el encono del campo enemigo fué tan grande, revistió caracteres de tal naturaleza, que voy á apelar á testimonio ageno para que no se me tache de apasionado por millonésima vez.

D. José Sánchez de Neira fué de los que juzgaron prematura la alternativa de *Guerrita* y le censuró siempre tratando de atraerlo al camino del arte serio que aquél preconizaba, por lo mismo que veía en el mozo al único diestro del porvenir.

Le criticó mucho; más de una vez púsole los puntos sobre las ies y, sin quitar ni poner rey, ayudó á los regocijados lagartijistas; pero llegó un instante en que el cambio radical de los secuaces de *Lagartijo* dolió á Neira, porque hombres como el autor de *El Toreo* no

podían mostrarse indiferentes, ante la inicua guerra que se hacía á Rafael.

Entonces cogió D. José la pluma y escribió un artículo titulado *Aprended flores de mí...* que publicó *La Lidia* en su número del 13 de Julio de 1891.

Ese trabajo es en su mayor parte un monólogo de *Guerrita*, del cual voy á reproducir algunos párrafos, los más sustanciosos, para que se vea si hay en lo que llevo dicho alguna exageración.

He aquí las tristes reflexiones que Sánchez de Neira pone en labios de *Guerrita*:

“Gané dinero, tanto como nombradía, y por lo que yo me sé, resolví marchar solo y sin andadores. Aquí fué Troya; faltáronme los rayos del sol que, sin yo saberlo, me iluminaban, y si no me quedé á oscuras, fué porque, gracias á Dios, tenía buen repuesto de luz propia. Los mejores amigos de aquellos tiempos, ó al menos los que aparecían defendiéndome de toda clase de ataques ó censuras, fueron los primeros en acogerlas con

empeño, alejáronse de mí y les oigo por todas partes que mi trabajo es muy deficiente y no es artístico, ni de buen gusto. Hago cuanto puedo, y me escatiman los aplausos; trabajo *como antes*, y no complazco al auditorio. ¿Tanto he mudado de un año á otro? ¿He dado en éste señales de cobardía? Francamente, al observar este cambio repentino, me digo pensando en ellos: O eran injustos aplaudiéndome, ó lo son ahora criticándome.

„Si como torero valgo lo que valía, poco ó mucho, ¿qué motivo hay para estimar hoy como malo aquello mismo que fué apreciado como sobresaliente?

„Animado de los mejores deseos, he intentado varias veces ejecutar la difícil suerte de recibir. Entusiasmé á mis partidarios, y los que siempre dijeron ser imparciales, negaron mérito á mi trabajo, porque no paré los pies como ellos querían, y qué sé yo por qué cosas más, dando lugar con esto á que en mis adentros meditase acerca de ello, diciéndome: demasiado hago, puesto que yo no he visto

nunca ejecutar esa suerte á mis maestros, y nunca me la enseñaron. No sé si algún día me dará la gana de volverla á intentar; pero en el presente año me ha hecho sufrir muchas amarguras el pueblo de Madrid, á quien tanto debo y á quien tanto quiero; y es muy triste hacer esfuerzos repetidos para no perder el puesto conquistado, y *sacar á pulso* los aplausos. ¡Cuántas veces me acuerdo del admirable *Frascueto*, nunca tan aplaudido como le correspondía serlo en justicia! ¡Ah! los partidos, los partidos; ¡qué intolerantes son! ¡Cuán fácilmente me tributaban ovaciones que no merecía! ¡Cuánto necesito mirar ahora lo que hago para conseguir tímidas palmas!; y aquellas que obtengo ¡como tengo que arrancarlas por fuerza, á despecho hoy de los que antes me las prodigaron demasiado!

„Han llegado á suponer envidia en mí al ver tributar elogios á un compañero que alterna conmigo este año en la plaza de toros de Madrid. ¡Qué lamentable error! Ni para mí hay mejor compañero, ni creo que para él

haya otro á quien más distinga. Nuestro anhelo, estoy seguro de ello, sería sostener en las plazas esa honrosa emulación que por tantos años han llevado con noble empeño *Lagartijo* y *Frascuelo*; pero son otros tiempos y otros los aficionados.,

Neira, hablando por cuenta propia, terminaba su artículo con las palabras siguientes:

“En un pueblo donde no hay gentes que tenga *de nada* opinión propia, necesitando que otros se la den hecha, debe tenerse el pensamiento fijo en la gran máxima de que “para verdades el tiempo y para justicias Dios.,”

Ya se ha visto: cuando Sánchez de Neira, que fué siempre excesivamente severo para Rafael, se expresaba de ese modo ¡júzguese cuál sería la situación de *Guerrita* en cuanto los lagartijistas le retiraron su protección!

Hay en el monólogo de Guerra un párrafo que merece instrumentarse aparte: el que se refiere á la envidia que le causaban los éxitos de un compañero y la competencia que se pretendía establecer entre los dos.



## XV

El *Espartero* y los lagartijistas.—Elección de un rival.—Los anabaptistas y *Maoliyo*.—El estallido.—*Teorías* y *Lagartijo*.—La carta del maestro. — Contestación de *Teorías*.—Las corridas de Valencia.—La cogida de *Lagartijo*.—Un drama espantable.—Sus consecuencias para *Guerrita*.—Final de la mascarada.—Un brindis.—Deberes del historiador.—Antes del momento solemne.

EL compañero de *Guerrita*, á quien aludía Neira en su artículo, era el desventurado *Espartero*, que cuatro años después había de encontrar trágica muerte en la plaza de toros de Madrid.

Manuel García, de cuya aparición me he ocupado al dar cuenta del estreno de *Guerra* en la plaza de Sevilla, se presentó en la de la corte el día 14 de Octubre de 1885.

No correspondió su *debut* á la inmensa reputación que le habían forjado en Andalucía, por lo cual el torero volvió á sus lares y quedó poco menos que descontado del coso madrileño, donde sus trabajos sucesivos no lograron despertar extraordinario interés.

Pero la ruptura de los dos Rafaeles vino de pronto á torcer el curso normal de los acontecimientos. Los anabaptistas no habían apenas parado mientes en el *Espartero*. ¿Para qué? Con *Lagartijo* y *Guerrita* tenían bastante para dominar al mundo de la tauromaquia y cobrar el barato en todas partes.

Si los dos hubiesen seguido unidos, ¡guay del que intentara introducirse en aquel edén del califato de Córdoba, *Sancta Sanctorum* de la estética taurina! ¡No hubiera llevado frío!...

Pero rotas las hostilidades entre el Califa y su retoño, dedicáronse los anabaptistas á buscar con ahinco un torero á quien pudiesen colocar en frente de Guerra, con el piadoso fin que puede fácilmente imaginarse.

¡Lástima grande que se hubiese retirado



Salvador! Porque lléveme el diablo si en aquel supremo instante no hubieran sido capaces los anabaptistas de tragarse cuantos horrores habían escrito contra *Frascuelo* y de elevarlo sobre el pavés con tal de cercenar los méritos de Guerra!

No había más que el *Espartero* á quien volver los ojos y eso hicieron los desquiciados enemigos de *Guerrita*.

¡Pobre *Espartero*! Por poco, muy poco que le hubiese ayudado la fortuna, ¡adiós el sub-cordobés! Jamás torero alguno de mis tiempos se ha hallado en condiciones tan favorables como el diestro sevillano para encontrárselo todo hecho y lograr la victoria sobre su rival.

Porque de lo que se trataba era de eso: presentar como rivales al *Espartero* y á Guerra, una nueva edición de la Giralda y la Mezquita, con la pequeñísima diferencia de que mientras en Sevilla pedían pasos para adelante, en Madrid se volvía loco el Verbo con el paso atrás.

No hay idea de la ternura con que los anabaptistas se volvieron hacia Manuel. Lo llamaron enseguida *Maoliyo*, le prodigaron todas las caricias felinas del repertorio, buscaronle toda suerte de atenuantes para ocultar sus defectos, y acentuaron tanto más sus cantos de Loreley cuanto eran mayores las indecisiones de *Guerrita*, agobiado bajo el peso de la soledad que le iba envolviendo poco á poco.

Las malas pasiones que devoraban á la grey lagartijista, los rencores que la propaganda antiguerrista había encendido en los idólatras del gran Rafael, estallaron en Valencia en las corridas de feria celebradas en Julio de 1891.

Tuvo origen la memorable algarada en un incidente sumamente curioso y que merece contarse á grandes rasgos.

El antiguo y acreditado semanario taurino *El Toreo* publicó en su número del 9 de Febrero de aquel año una carta de Valencia firmada *Teorías*, en la cual, á propósito de

haber sido escriturados *Lagartijo* y *Torerito* para las corridas de Mayo, decíase que el rumor público atribuía á Rafael la escritura de *Torerito* y protestaba contra la imposición.

Ya en esta *tessitura*, el corresponsal valenciano de *El Toreo* no se mordía la lengua, llamaba á *Lagartijo* “figura decorativa en el arte del toreo „ y terminaba la carta así:

“A los muertos debe dárseles sepultura.  
¡¡PAZ Á LOS MUERTOS!! „

El efecto que el escrito de *Teorías* produjo en Rafael debió de ser tan grande, que le hizo cometer una imperdonable torpeza, como fué la de contestar.

La carta de *Teorías*, fechada á 6 de Febrero en Valencia, se publicó, como queda dicho, en *El Toreo* del 9; en el número siguiente apareció la contestación de *Lagartijo*, fechada el día 11 en Córdoba.

Los amigos oficiosos entraron en campaña y redactaron al maestro una carta altisonante, llena de malévolas reticencias, en la cual se indicaba claramente que *Guerrita* ó

su apoderado imponían toros de cierta edad y determinadas ganaderías, y recurrían á la prensa para conquistar aplausos que deben obtenerse en la plaza, en el terreno de la verdad.

A tal punto llegaron en sus arrogancias los amanuenses de Rafael, que le hicieron firmar los dos siguientes párrafos:

“Dice el Sr. *Teorías*, que me voy, que doy mal ejemplo á los que vienen, que soy una figura decorativa del toreo, y que se me debe dar sepultura y desearme paz en la tumba; con otras frases tan faltas de sentido tau-rino, por no decir de otra clase, como sobraditas de despecho (!!), á las cuales sólo contestaré que si el Sr. *Teorías*, tiene un torero de su devoción—que sí debe tenerle,—diga quién es, y sea cual fuese, acepte en su nombre este reto que le hace una figura decorativa.

„Rafael Molina no tiene inconveniente en torear con el matador de la devoción del Sr. *Teorías*, una ó varias corridas de toros

de respeto, de cinco ó seis años cada uno, procedentes de una de las seis mejores ganaderías de España ó de cualquiera de ellas, cuyos toros serán sorteados al hacer el encierro, con el fin de que ninguno de los dos matadores se queje de que le han echado los mejores ó los peores toros.,

Después de tales bravatas, *Lagartijo* daba la puntilla al asunto añadiendo lo siguiente:

“Si el Sr. *Teorías* tiene conciencia de lo que ha dicho, sepa que no admito otra discusión sobre este asunto que encerrarme en una plaza de toros con su matador, en las condiciones expresadas.,

La carta del Califa dió muchísimo que hablar y se comentó con el ardor que puede suponerse, tanto más cuanto que los amigos que se la habían sugerido indudablemente presentaban al maestro bajo un aspecto pendenciero y procaz, reñido de todo en todo con el decantado carácter apacible, dulce y modesto del gran torero cordobés.

Los que aguardaban con impaciencia la respuesta de *Teorías*, vieron muy pronto satisfechos sus deseos. Ni corto ni perezoso, el valiente corresponsal valenciano de *El Toreo* contestó inmediatamente á *Lagartijo* en el número del 23, firmando su carta “José Aparici,” porque Rafael le había echado en cara el seudónimo.

Refutó con gran tranquilidad los asertos del Califa, y aceptó de un modo tan ingenioso como cruel el reto que *Lagartijo* le lanzaba.

“Me regocija ese arranque—escribió el Sr. Aparici—y me felicito de que por medio de mi carta consigan los aficionados valencianos poder apreciar lo que *aún* puede y vale Rafael I de Córdoba, en las próximas corridas de Mayo ó en las siguientes de Julio, sin que para ello tenga yo necesidad de presentar al *matador* de mi *devoción*.

„Ello no obstante, si Rafael se empeña en sostener el reto, yo lo acepto y recojo el guante por él arrojado, confesando paladina-

mente que tengo un *matador* de mi *devoción*; y al confesar cuál es, abrigo la seguridad de que es el *único* con quien no puede competir el afamado maestro cordobés.

„El *matador* de mi *devoción* es... ni más menos, el propio Rafael Molina (*Lagartijo*) pero no el actual, sino otro *Lagartijo* que desapareció de los circos taurinos hace catorce ó dieciséis años, y que no se le ha visto más.

„Presénteme el maestro cordobés ese otro Rafael á que me refiero y que hizo nacer en mí esa *devoción* pecadora y acepte con él esa competencia á que nos reta el *Lagartijo* de nuestros días.

„¡Ya ve Rafael Molina si es morrocotudo el *matador* de mi *devoción*! ¿Aceptará la competencia con él? ¡Imposible! ¿Nos presentará el maestro cordobés ese *Lagartijo* de otros tiempos en las próximas corridas de Mayo y Julio?

„Tiene la palabra para responder á esta pregunta el laureado Califa de Córdoba „

*Lagartijo* no debía ni podía contestar á

esa *larga* de *Teorías* y, con excelente acuerdo, se calló, dándose la cuestión por terminada; pero las envenenadas reticencias que contra *Guerrita* contenía la carta del maestro, soliviantaron á los lagartijistas y enardecieron los ánimos aún más de lo que lo estaban, y era mucho á la sazón.

Toreó *Lagartijo* en Valencia la corrida de Mayo con *Torerito* y tuvo que matar cinco toros, porque al colear *Torerito* al tercero sufrió una coz de un caballo y una cogida sin consecuencias, pero la coz le lastimó lo suficiente para obligarle á retirarse de la plaza y no volver á parecer.

Rafael hizo poco de notable en la muerte de sus toros, pero fué aplaudido con entusiasmo y vióse desde luego la atmósfera favorable que le había formado su incidente con *Teorías*, por lo cual era general el deseo de que llegasen las grandes corridas de feria para ver el desenlace que tendría el arrogante reto lanzado por Rafael.

Estaban contratados para las cuatro fun-



ciones *Lagartijo*, el *Espartero*, *Guerrita* y *Lagartijillo*, con el programa siguiente:

Primera corrida: seis toros de Saltillo, con el *Espartero* y *Guerrita*.

Segunda corrida: seis toros del Duque de Veragua, con *Lagartijo* y Guerra.

Tercera corrida: seis toros de D.<sup>a</sup> Celsa Fontfrede (Concha y Sierra), con *Lagartijo* y el *Espartero*.

Cuarta corrida: ocho toros de Ibarra, con los tres matadores citados y *Lagartijillo*.

La ocasión no podía ser más propicia para intentar un golpe. La plaza de Valencia era, en su mayoría, lagartijista hasta las cachas, allí iban á encontrarse frente á frente los dos Rafaeles después de las cartas de *Teorias* y del Califa que habían metido tanto ruido; y como coda de la cavatina cordobesa estaba el *Espartero* á quien, según queda indicado, protegían los *prerrafaelistas* y querían presentar á todo trance como competidor del subcordobés.

Se anunció la cosa con gran estrépito,

y los anabaptistas, deseando dar con su presencia mayor solemnidad al acto, tomaron con anticipación el tren y cayeron como una tromba sobre la ciudad del Turia, dispuestos á pasar á cuchillo con sus tajantes péñolas á todo bicho viviente que no gritase ¡viva! á *Lagartijo* y ¡muera! á *Guerrita*.

Los ánimos estaban, pues, excitadísimos y el terreno perfectamente dispuesto contra Guerra cuando la *juerga* comenzó.

En la primera corrida no ocurrió nada saliente; los toros del Saltillo fueron pequeños, guasones y blandos, y la tarde se pasó tontamente sin más luz que los aplausos que se prodigaron al *Espartero* y los que se escatimaron á *Guerrita*, quienes hicieron por su parte muy poco digno de mención.

Día de nada, vispera de mucho, hay que decir ahora invirtiendo los términos del refrán. La segunda corrida compensó sobradamente el aburrimiento de la primera.

Al llegar á este punto hay que advertir que las diferencias que separaban á los dos

Rafaeles se habían agrandado muchísimo, estaban en su máximo grado, al extremo de introducir entre ambos el período de la incompatibilidad.

No se hablaban, no se saludaban, no se miraban á la cara, por lo cual la ira de los lagartijistas contra Guerra había subido de punto y ostentaba caracteres de terrible exasperación.

El toro de Veragua que asomó la jeta el primero por las puertas del toril, trajo en la cabeza las plumas de *Sobaquillo* y de *Aficiones*; tal fué el lío que armó en el último tercio y tan grandes las cornadas *morales* que propinó al misero *Guerrita*.

Salir el animalito y aparecer *Lagartijo* remozado fué todo uno. El *abuelo* sacudió su apatía, se quitó de encima veinte años; vióse, en suma, á las primeras de cambio, que traía las de Caín.

Entró á los quites con suprema elegancia, se adornó soberanamente, y cuando llegó la hora de matar y empuñó Rafael muleta y es-

toque, tenía, como vulgarmente se dice, la plaza toda metida en el bolsillo.

Toreó con el trapo con una gallardía irresistible, jaleado por los vítores del entusiasmo público, hasta que se cuadró el veragüeño y el diestro lió y se armó.

Entonces con guapeza *frascuelina*, según aseguran cuantos le vieron, entró á matar corto y derecho, sin paso atrás, resultando lo que no podía menos de resultar: una cogida. El toro se dejó pinchar apenas, pues al llegar al embroque se encontró con el matador, cuyo arte al matar ha consistido precisamente en suprimir el embroque, ó sea la reunión.

Cayó *Lagartijo* derribado por *Regate-ro*—así se llamaba el bicho—que quiso meterle la cabeza; pero Rafael se asió á un cuerno mientras su hermano Juan se agarraba fuertemente á la cola del toro y Ostión y Antolín le sujetaban la cabeza con los capotes.

Levantóse entonces Rafael sano y salvo por fortuna, y dió cuenta de su enemigo con otro pinchazo y dos medias estocadas, con-

tinuando la corrida y matando á su manera los otros dos toros.

Pero aquí tuvo origen el drama más espantable que pudo nacer en el magín de un Ponson du Terrail de los actuales tiempos.

He aquí lo sustancial de su argumento:

*Lagartijo* cae herido de una cornada en el pecho que hubiera dado al traste con el valor de cualquier mozalbete lleno de ardimiento juvenil. El anciano oculta cuidadosamente la magnitud de la herida, sufre en silencio los horribles dolores que le produce, sigue toreando y da fin á la corrida, teniendo agujereada ¡la tetilla izquierda!

*Guerrita* ha visto caer al pobre viejo. Cualquiera en el lugar del muchacho hubiera volado á auxiliar al caído. Nada de eso; al contrario.

Una sonrisa feroz dibújase en los labios de Guerra, cuyos ojos incitan al toro á que haga polvo á Rafael. No ha desplegado el capote, ha permanecido indiferente ante la catástrofe horrenda, gozándose en el espec-

táculo de *Lagartijo* á los pies de la fiera astada, á la cual acaban por engañar miserablemente, desviándola de su presa, Juan Molina, Ostión y Antolín.

*Guerrita* ve levantarse á Rafael, ve que anda, que se mueve perfectamente, que empuña otra vez la muleta y el estoque.

¡Oh decepción! No le ha matado el toro, *Lagartijo* vive. ¡Mal rayo parta á *Regatero* que no ha sacado entre sus cuernos el pericardio y el endocardio y toda la sustancia cardíaca del Califa cordobés!...

Tal fué el drama que instrumentaron los anabaptistas con maestría que envidiara el mismo Wagner.

Convirtieron en cornada lo que fué insignificante rasguño, un botonazo que levantó la piel; hicieron torear á *Lagartijo* con el pecho horadado, presentándolo como ejemplo nunca visto de serenidad imponderable y de sublime valor; y dieron á entender pérfidamente que *Guerrita* no había acudido al quite porque no le dió la gana y habíase

complacido ó poco menos en dejar á su maestro (!) á merced del bruto feroz.

¡Calcúlense las consecuencias! De Valencia no hay que hablar, porque allí se iba á tiro hecho; pero en el resto de España, en cuanto se leyeron los telegramas de los anabaptistas, quedó como verdad inconcusa la leyenda forjada por ellos y no hubo más que una voz para ensalzar al valiente viejo y vilipendiar al joven infame, ejemplo odioso de cinismo y de abyección.

Tan cierto es esto que cuando *Guerrita*, terminadas las corridas de Valencia, volvió á Córdoba, salióle al encuentro su madre, desolada, llena de lágrimas, preguntándole:

—Pero, hijo mío, ¿qué has hecho en Valencia? ¿Cómo es que *no has querido salvar* á Rafael? ¿Tan malo te has vuelto?

Claro es que había de saberse la verdad; claro es que la verdad había de tomar venganza de aquella algarada ridícula; pero ello es que echada la semilla en el campo de la calumnia, tan fértil cuando se trata de toros,

quedó *Guerrita* en Valencia dominado por sus enemigos y atado de pies y manos en el redondel.

Desde el momento en que ocurrió la cogida de *Lagartijo*, puede decirse que toda la plaza se desencadenó contra el desdichado Guerra.

No quiero entrar en detalles acerca de las corridas que toreó después de la de Vera-gua. Baste saber que citó á recibir dos veces á un toro y le chillaron; que se dejó coger por el primer toro de la última corrida, un pregonado que se defendía en las tablas, y le chillaron también.

Tampoco quiero mentar las faenas de *Lagartijo* después de su cogida, ni mostrar en toda su desnudez las artes á que apelaron sus idólatras para herir en su dignidad de torero y de hombre á *Guerrita*.

Aquella inmensa mascarada del lagartijismo tenía que terminar con un golpe que pusiera de manifiesto en toda su desnudez el verdadero objeto de los despechados lagar-



tijistas, y terminó efectivamente con un asombroso brindis pronunciado en un banquete con que varios aficionados valencianos obsequiaron en "Las Arenas," á *Lagartijo* y el *Espartero*.

Allí, reunidos en amoroso lazo los dos diestros, el cordobés y el sevillano, levantóse un anabaptista y tuvo el tupé de brindar por *Lagartijo* como *único torero de nuestra época* y de declarar *único heredero de las glorias del Califa* á .. ¡Manuel García, el *Espartero*!

¡Heredero de Rafael el pobre *Maoliyo*! Heredero el valentísimo espada sevillano, derribado ó cogido por los toros *ochenta veces*, del matador que decía:—A mí no me cogen los toros como no me tiren un cuerno!

No es muy agradable la misión del historiador al recoger y comentar tales delirios, pero es mi deber, y lo cumplo, exhibir á los ojos del lector el deplorable cuadro que ofreció entonces el campo lagartijista y los recursos de que se atrevió á echar mano en su insaciable afán de glorificar á *Lagartijo*

y destruir cuanto pudiera hacerle la menor sombra.

Desde que hay en el mundo toros y toreos no se ha dado seguramente nada parecido al insensato amor que Rafael despertó en sus secuaces, al desbordamiento de pasiones que produjo entre los aficionados, á esa ceguera inconcebible que convertía á los lagartijistas en esclavos de su amo y señor.

Ya se ha visto; renegando hoy de lo que ayer enaltecieron, nada más que porque *Guerrita* formó rancho aparte desde que se hizo matador de cartel, no hubo medio á que no apelaran ni exceso ante el cual retrocedieran con tal de adorar á su ídolo, aunque tuviesen que arremeter contra los sentimientos más delicados y respetables de un diestro que no se podía defender.

Ese es el cuadro que he querido trazar y ahí queda, como antes dije, para consuelo de mártires y enseñanza de incautos.

La expiación tenía que ser tremenda, acercábase el instante en que tantas vendas habían

de caer, el instante de la venganza preparado por ese gran factor que, tarde ó temprano, sale siempre triunfante: la verdad.

Pero no anticipemos los sucesos, que antes de llegar á ese momento solemne hay todavía un poco que decir.







## XVI

Calma relativa.—Un paso atrás.—El *Espartero* y Guerra.—Efectos de una corrida.—Los toros y los toreros.—Competencias pasadas.—La parte contra el todo.—Estado de la afición.—Una situación falsa.—*Lagartijo*, el *Espartero* y *Guerrita*.—Oscuridades.

**D**ESPUÉS de los excesos de Valencia hubo en los sobreexcitados ánimos la consiguiente reacción; calmáronse un tanto los nervios y establecióse un período de calma relativa, parecida á la que reinaba entre los aficionados á principios de 1891, pocos meses antes de la famosa algarada.

Recuerdo que entonces—y perdónenme los lectores si doy este paso atrás—el desconsuelo más profundo se había apoderado

de los *dilettanti*. Aquellos mismos, y entre ellos me contaba yo, que juzgaban imposible la muerte del espectáculo, se preguntaban si, como la forma poética, estaba llamado á desaparecer.

Los periódicos eran doloroso reflejo del hastío que reinaba en la afición, y la decadencia del toreo hacía presa de la literatura taurina, contanimándola visiblemente.

Los anabaptistas, maestros consumados en el arte de fascinar con su ingenio inagotable á los devotos del espectáculo, tremolaban gallardamente el pendón antiguerrista; pero la desnudez del lenguaje, la viveza de la metáfora, la sangre del estilo, la alegría, aquella alegría comunicativa, desenvuelta y procáz que corría por las columnas de la prensa haciendo cosquillas á la frase, con garbos de cigarrera y desplantes de chulo, se arrastraba lánguidamente, era alegría con máscara, mueca de cartón pintado que tapaba el *victus* de la ironía y de la desesperación.

Retirado completamente de la literatura

taurina, como me hallaba yo entonces, y alejado de la plaza de Madrid cuatro años hacía, me llamó la atención aquel estado de marasmo y, tratando de investigar las causas que pudieran producirlo, fuí á los toros, asistí á una corrida extraordinaria que se verificó el domingo de Ramos de 1891.

La empresa había echado toda la carne en el asador: el *Espartero* y *Guerrita*, y seis toros del Saltillo: un acontecimiento para los tiempos que corrían.

Una hora después de terminada la función no me quedaba de ella el menor recuerdo.

¡Qué aburrimiento, qué frialdad, qué insoportable sosada! Hubo pases de muleta superiores, hubo buenas estocadas, excelentes quites, toreo de monadas, quiebros, desplantes, morisquetas, todo el *atrezzo*, los trajes y decoraciones que acompañan á la *mise en scène* de las corridas modernas.

Y la plaza se mantuvo helada, lívida, yerta, durante toda la corrida. Los aplausos sonaban á hueco; el mar agitado del público dor-

mía en calma chicha; los aficionados miraban por costumbre; los toreros lidiaban por obligación.

Ni un grito de férvido entusiasmo, de esos que hacen trepidar la plaza entera. Ni una protesta feroz de esas que convierten el circo en receptáculo de fieras humanas y traen á la memoria el *Pollice verso* de Gérome.

Por todas partes la quietud, la calma, una benevolencia inverosímil, el cansancio, el hastío, la resignación.

¡Cuánto gocé al contemplar aquel espectáculo! ¡Cuánto gocé al advertir que las sombras de *Lagartijo* y de *Frascuero* vagaban por la arena y se interponían entre el público y los lidiadores!

Aquello era el duelo de Rafael y Salvador, el recuerdo de lo que se fué para no volver nunca, veinte años de admirable lucha, veinte años de incesantes emociones, las manos rotas de aplaudir, los labios secos de silbar.

No se goza y no se sufre impunemente durante veinte años; es mucho tiempo para



que no se use el corazón, como se usa un mueble, como se deshilacha un traje.

En ese espacio de tiempo habíamos latido demasiado, nos habíamos entregado con exceso para que no se impusiera á todos la necesidad de descansar.

Y el arte del toreo había sufrido y se había cansado como nosotros; se había hecho, como nosotros, viejo, estaba reumático, achacoso, enclenque, en plena reacción.

*Lagartijo* y *Frascueto* lo levantaron sobre el pavés cuando las postrimerías de *Cúchares* y Cayetano Sanz parecían preludiar á su decadencia y Antonio Carmona trataba de galvanizarlo con sus famosas banderillas al quiebro.

Desde entonces cobraron el barato, y á ellos pertenece, á ellos solos, el renacimiento de las corridas de toros; ellos, ellos solos han llenado con sus nombres la época más brillante, más larga, más sugestiva y ¿por qué no decirlo? más gloriosa de la fiesta nacional.

¿Qué quedaba ya, después de la heroica competencia de Rafael y de Salvador? ¿Tore-

ros? ¿Dónde había dos que pudiesen luchar entre sí como *Lagartijo* y *Frascuelo*?

¿Toros? ¿Dónde estaban? Cabras, chivos, becerros, gnomos; así llamaban los periódicos á las reses que se lidiaban entonces en la plaza de toros de Madrid.

El mal terrible, el cáncer que mata al espectáculo estaba ahí: en los toros más que en los toreros.

El *Espartero* y *Guerrita* eran jóvenes, eran valientes. El primero, un dechado de vergüenza, se entregaba al matar, toreaba de muleta con tranquilidad pasmosa, y suplía á la escasez de facultades con una temeridad simpática, casi inocente, con una despreocupación adorable que rayaba en candidez.

*Guerrita* era un fenómeno, fenómeno de fuerza y agilidad, fenómeno de vista, fenómeno de entusiasmo, inquieto, bullidor, ávido de aplausos, entrometido y *efectista*, con desplantes de niño mal criado; torero extraordinario, en suma, audaz, sereno y absorbente

que la fama prematura había destemplado y el público madrileño malograría tal vez.

La competencia entre los dos era imposible, porque llegaban tarde y el campo estaba agostado. La lucha entre toreros debe ser implacable, salvaje, brutal; lucha de principios, lucha de personas, ojo por ojo y diente por diente, sin tregua ni compasión, *unguibus et rostro*.

Así lucharon *Lagartijo* y *Frascuelo* en la plaza; así lucharon fuera de ella sus partidarios. Las competencias toreras son guerra civil, feroz contienda entre hermanos, encarnizamiento, fanatismo, algo que perturba los sentidos, oscurece la vista y desquicia la razón.

El *Espartero* y Guerra no podían luchar así; carecían de autoridad y de importancia para producir una nueva revolución, llegaban tarde, ya lo he dicho, y su competencia era ficticia; una competencia suave, fina, bien educada; una competencia de guante blanco.

Los toreros se habían civilizado, y los

toros también. No tenían cara, no tenían cuernos, no tenían libras; eran reses anémicas, á las que tronchaban dos recortes y mugían no de ira, sinó de debilidad.

La parte dramática, la parte de emoción, la parte virtual del espectáculo desaparecía por completo, era una mixtificación.

En cuanto desaparece el riesgo y el peligro se aleja, amortiguase el interés del público y se desvanece el mérito del lidiador.

Sin emociones no hay corrida posible; aquéllas aumentan en razón del riesgo seguro ó del peligro probable, y privar al público de la ansiedad que crea en él la posibilidad de una desgracia, es despojarlo del sentimiento que le lleva en primer término á la plaza de toros.

El entusiasmo del aficionado crece á medida del peligro salvado por el lidiador, y cuanto más iguales son las condiciones de ataque en el toro y de defensa en el torero, es mayor y más lucido el mérito de éste, y más ardiente y sincera la admiración del público.

Aquello había terminado; *Lagartijo* y *Frascuero* se lo habían llevado todo: los toreros, los toros, la afición.

Las corridas eran óperas cómicas, los toros tenores de gracia, los toreros tiples ligeras. La pasión había huído con sus acentos rudos, desordenados, brutales, dejando dueños de la plaza á *Dulcamara* y á *Crispín Tachetto*.

Los odios que concitara á *Guerrita* su ruptura con *Lagartijo*, daban al *Espartero* un contingente inesperado de parciales; pero todo era falso, equilibrios de conveniencia, pura *bouderie* de anabaptistas, á quienes los disgustos de *Rafael* laceraban el alma.

Los periódicos dijeron que *Jerez* vería aquel año la competencia de *Lagartijo* y *Guerrita*. El maestro desafiaba á *Guerra*; éste aceptaba y la lucha se desarrollaría con todo el aparato que su argumento requiere en la ciudad andaluza.

¿Hubo alguno que lo creyera? No, no podía ser: *Barnum* había muerto, y *Géraudel*

y Vaissier no tomaban la plaza de Jerez para exponer las pastillas contra la tos ni el jabón de los príncipes del Congo.

Rafael Guerra contra Rafael Molina era la lucha de la parte contra el todo, la página contra el libro, Chueca y Barbieri iguales, la canción de la *Menegilda* contra *Pan y Toros*.

El único que podía contender y contendió, de potencia á potencia con el maestro cordobés, se había retirado, y cuantos se agitaban en torno suyo eran á su lado figuras de *biscuit*.

*Lagartijo* representaba una época, era el derecho adquirido, la savia de una generación; y aunque vagase triste y nostálgico fuera de la corte, miembro aislado, grandioso fragmento de las glorias de ayer, bastaría sacudir su melena una vez al león del pasado para convertir en gozquecillos á los toreros del presente.

Solo estaba, solo estaría y solo había que dejarlo, como augusta sombra, hasta que su retirada cerrase definitivamente el único res-

quicio que en el arte de torear reses bravas dejó abierto la retirada de Salvador.

Todo quedaba, pues, reducido á la competencia anodina entre el *Espartero* y Guerra. Ese era el único alimento que restaba á los aficionados; dulce de confitería que empalaga, aria de flauta con variaciones, que era al toreo verdad lo que el canario al águila.

Algo es algo, y eso podía aun dar al espectáculo una vejez alegre. ¿Pero los toros?

¿Dónde estaban los toros? En ese pastel de liebre de la fiesta nacional, ¿dónde estaba la liebre?

La liebre no existía, había quedado solo el pastel.

Tales fueron las reflexiones que me sugirió la corrida del domingo de Ramos de 1891, corrida que sintetizaba el estado de la afición en aquel tiempo y revelaba en el público ese amodorramiento de mal agüero que se apodera de los enfermos graves antes de morir.

La verdad es que, después de la retirada

de *Frascuero*, reinaba generalmente en la plaza madrileña marcada desanimación. Los acérrimos del gran matador de toros habían dejado de asistir á las corridas ó iban de tarde en tarde, cuando repicaban gordo, es decir, cuando el conato de competencia entre el *Espartero* y *Guerrita* parecía tener visos de realidad.

Porque conviene advertir que llegó un momento en que los lagartijistas, ávidos de que el diestro sevillano se comiese al cordobés, llegaron á creer que habían puesto una pica en Flandes.

La temporada de 1891 dió comienzo ochos días después de la corrida extraordinaria del domingo de Ramos que acabo de describir.

Empezó mediana para Manuel García y excelente para Guerra, pero á fines del mes de Junio y principios del siguiente, las cañas se volvieron lanzas para el cordobés y las espinas se trocaron en flores para el sevillano, por lo cual los anabaptistas apretaron



de firme, locos de júbilo, haciendo trepidar á España con el estrépito de aquella brillante artillería que anunciaba el hallazgo de la tauromáquica piedra filosofal.

*Maolijo* subió á las nubes y el sub-cordobés se zambulló en las aguas del Leteo. Apelo de nuevo á *La Lidia* para probarlo.

Y no se me recuse el testimonio, porque no hay sino leer en el popular periódico tau-tino los numerosos artículos que Sánchez de Neira dedicó á los trabajos de *Guerrita*, para convencerse de que nadie quizá se ha mostrado tan hostil al diestro de Córdoba como el autor de *El Toreo*, á despecho de distingos y logomaquias y del fondo de rectitud é imparcialidad que campea generalmente en los escritos del maestro.

Cierto que lo que voy á reproducir no es de Neira, sino de *Don Cándido*, pero en el mero hecho de aparecer en *La Lidia* (con la cual vuelvo á decir que no tenía yo entonces ninguna relación) tiene en mi concepto un sello de verdad innegable.

He aquí lo que dijo *Don Cándido* en un artículo titulado *Competencia... estímulo*, publicado en el número de *La Lidia* correspondiente al día 6 de Julio de 1891:

“Al empezar la actual temporada taurina, alguien creyó ver que la presencia en esta plaza de los jóvenes espadas Manuel García *Espartero* y Rafael Guerra *Guerrita*, entrañaba *ipso facto* una competencia que podría ser de buenos ó malos resultados, pero como tal competencia, interesante siempre y animada. Las primeras corridas no acusaron ciertamente que la presunción llegase á vías de realidad; el cordobés llevaba siempre ganada la partida, y el sevillano, bien por el desconocimiento del público, la poca costumbre ó familiaridad con el circo, ó cualquiera otra causa, es lo cierto que se deslucía en las faenas en fuerza de ser largas y pinchaba con exceso y poca seguridad.

No había, pues, competencia posible; siendo de notar la circunstancia de que el público deseaba ocasión de aplaudir al *Espartero*

y se mostraba algo reservado con *Guerrita*.

Pero avanza la temporada, y bien porque García vaya entrando en este ambiente, ó porque perfeccione su toreo, ó por espontáneo impulso, aquellas faenas se abrevian, parece que hay más soltura en los movimientos del diestro, y más certeza para herir, y hace alarde de condiciones no reveladas hasta entonces. Y el público le aplaude ya sin reservas, á *Guerrita* y escatima cuanto puede las muestras de aprobación.

Se han acertado mucho las distancias, cuando llega el jueves 2 del corriente, en que se lidian los toros portugueses de Palha, que desde la corrida de prueba traen siempre su poquito de respeto, por más que ninguna de las posteriores haya igualado á aquélla. El *Espartero* trastea primorosamente á su primer bicho, y lo mata con una guapeza extraordinaria. *Guerrita* trabaja el suyo con afán, pero con menos lucimiento, y entra á matar con igual valor. Obtiene Manuel otra buena faena en el quinto, y Rafaelillo cumple

como bueno en el último. Los dos bichos que correspondieron al *Espartero* se prestaron á la última suerte que tan brillantemente desempeñó el espada; los dos que le tocaron á *Guerrita*, fueron más difíciles de manejar, y dieron poco realce á la brega. Aquél obtuvo dos ovaciones entusiastas; éste algunos aplausos como de limosna„.

¿A qué ocuparme ahora detalladamente de los diversos lances que ofreció aquella competencia imposible? Toda la atmósfera que los lagartijistas pretendieron hacer en torno del *Espartero* se desvaneció muy pronto, como el humo, y las cosas tardaron poco en recuperar su nivel.

Entonces vióse claramente que se había creado una situación falsa que molestaba á todos y envolvía poco á poco á la fiesta nacional en una niebla que iba haciéndose cada vez más tupida.

Rafael, viejo, cayéndose á pedazos, sordo á las voces que le mandaban retirarse del toreo; el *Espartero* y *Guerrita* refractarios á

toda competencia seria; y el joven cordobés, aherrojado por las animosidades implacables de los lagartijistas, presentaban un cuadro desolador, habían establecido un período fantástico de pequeñas miserias, de dolos, de engaños mutuos, de compresiones y represiones de todo linaje, período, en suma, de oscuridades sin cuento sobre el cual la retirada de *Lagartijo* había de arrojar muy pronto torrentes de luz.







## XVII

Acontecimiento inesperado.—La aparición de Reverte.—Ayer y hoy.—Referencias populares.—Reverte y *Bonarillo*.—Las novilladas famosas.—Los dos nuevos mónstruos.—El público y la prensa.—Alternativas y decepción.—Los dos cañones de los lagartijistas.—Lo que hacía Guerra.—El abismo fatal.—Derroche de lirismo.

**G**AL, poco más ó menos, era la situación en que quedó la plaza de Madrid después de la apoteosis de *Lagartijo* y del calvario de *Guerrita* en Valencia.

Y así hubiese continuado, según todas las probabilidades, sosa, aburrida, sin ninguno de los estimulantes que tanto excitan el apetito de los taurófilos, si un inesperado acon-

tecimiento no hubiese venido á conmovier profundamente al mundo de la afición.

Como un rayo había aparecido el *Espartero* algunos años antes; como una centella apareció en Julio de 1891 Antonio Reverte en las novilladas de la plaza de Madrid.

Aquello fué un nuevo delirio que hubo que agregar á los delirios que padecía entonces el desquiciado campo de la tauromaquia.

Reverte era un mocetón tosco, sin hechuras, deslabazado, con pies de plomo y cuerpo de hierro, una especie de gañán con traje de luces y coleta que surgía de lo desconocido, como un fantasma, y venía á hundir en el abismo á todo lo existente.

¿De dónde procedía aquel Antecristo taurino? ¿A dónde iba? ¿Cualquiera era capaz de averiguarlo! Los aficionados se miraban unos á otros, llenos de asombro creciente, en el colmo de la estupefacción.

En otros tiempos, cuando el arte de Montes era una profesión que había que re-



correr por etapas, paso á paso, como los cursos de una carrera, era fácil seguir tranquilamente á los jóvenes de esperanzas y verlos llegar.

Claro es que recorrían el camino en mucho menos tiempo que la masa común de la torería, pero los aplausos que alcanzaban, por exagerados que fuesen, no les daban autoridad para plantarse de pronto en la meta y gallear desde allí.

Hoy todo ha cambiado. La literatura era hasta ahora la única carrera que cualquier hijo de vecino puede ejercer sin haberla estudiado. En adelante, esas carreras serán dos: las letras y los toros. Todos Cervantes, todos Romeros, y ¡viva la libertad!

Por eso no hay que extrañar que al presentarse Reverte en Madrid y dislocar á la concurrencia, los *reporters* se vieran negros para contar la vida y antecedentes de aquel fenómeno y tuvieran que atenerse á la referencia popular.

Decía ésta que el maravilloso lidiador

había nacido en Alcalá del Río en 1869; que su padre era mayoral de una ganadería sevillana, entre la cual había pasado el mozo los años de su niñez y pubertad; que contaba dieciocho cuando comenzó á sortear vacas; que anduvo por aquellos contornos toreando y matando novillos, hasta que se dió á conocer en Sevilla, donde produjo gran entusiasmo y vino á Madrid para *debutar* en la novillada del 19 de Julio de 1891 y tomar la alternativa el 16 de Setiembre de aquel año, dos meses después de su *debut*.

Resumen: á los dieciocho años, sorteando vacas en Andalucía; á los veintidós matador de novillos y matador de toros de cartel en la propia plaza de la Corte. ¡El que pida más que alce el dedo!

¡Me río yo de los aprendizajes de *Lagartijo*, de *Frascuero* y de *Guerrita*, comparados con los que estilan los fenómenos hodiernos!

Lidiador que en un espacio de tiempo inverosímil se había calzado todos los grados

de la tauromaquia, tenía que ser forzosamente un mónstruo en el arte de torear.

Y como tal lo calificaron los impresionables revisteros y un público loco de admiración. No se encontró solo en la plaza madrileña el bravo Reverte, sino con otro torerito de su fuste capaz de traérselas tiasas al lucero del alba, *cuanto ni más* al diestro andaluz.

Era el torerito en cuestión el arrojado *Bonarillo*, que tardó también muy poco en tomar la alternativa y zambullirse en la masa común de los matadores.

Sólo Dios sabe las atrocidades que cometieron los dos en aquellas famosas novilladas en que veíase siempre la plaza llena de bote en bote. Desde la despedida de Salvador, ninguna corrida de toros había despertado interés parecido ni llevado á la plaza tanta gente.

Para Reverte se empleó el *cliché* de rúbrica: se acercaba más que nadie, entraba más corto y derecho que nadie, era más valiente que el Cid, más temerario que Roldán, más sereno que César, y su imperturbabilidad

ante el peligro crecía con la inminencia de éste.

En suma, el torero más *emocionante* de la tierra, porque había fiesta nacional en que los toros lo cogían tres y cuatro veces y estaban toda la tarde á punto de quedarse con él.

Traía una novedad importantísima: unos recortes con capote al brazo para ejecutar los cuales, se ceñía de tal modo, que los cuernos de la fiera pasaban siempre rozando la chaquetilla del lidiador.

Esta suerte era la que había asombrado sobre todo al público y despertado la admiración general.

Con las banderillas citaba á los toros, los esperaba inmóvil y quebraba en la cabeza con una imperturbabilidad aterradora.

A la hora de la muerte situábase delante del bicho; con los pies clavados en la arena, toreaba de muleta con una calma solemne y entraba á estoquear tan corto y derecho, que casi siempre hundía el arma hasta la guardia.

No había más que un lunar insignificante, y es que los toros, al tragarse el estoque, cogían al torero y daban en tierra con él; pero como generalmente salían muertos de la mano, el matador se levantaba ileso y el público lo *ovacionaba* con verdadero frenesí.

A todo esto, el hombre parecía indiferente á cuanto le rodeaba, se movía con monolítica pesadez, apenas tomaba el olivo, llevaba á cabo sus faenas con un desprecio del peligro, con una despreocupación olímpica capaces de conmover á un usurero.

*Bonarillo*, aunque carecía de tan sugestivos alicientes, no le iba en zaga al vaquero andaluz, y el propio Sánchez de Neira escribió de él lo siguiente en el número de *La Lidia* correspondiente al 17 de Agosto de 1891:

“Dió en los quites algunas largas tan limpias, tan clásicas y tan artísticas, que Cayetano Sanz, si las viera, aplaudiría, y lanceó de capa al quinto toro con unas verónicas, dos navarras y un farol, que para sí quisieran matadores de primera categoría.”

Pedir más en unas novilladas hubiera sido, pues, gollería y así se explica que la temporada de canícula de aquel año trajese tanto ruido é hiciera concebir tantas esperanzas.

¿Tiene algo de particular que al verse Reverte y *Bonarillo* objeto de férvido entusiasmo y de juicios tan halagüeños, se apresurasen á soltar el sayo del novillero y endosasen el brillante uniforme del matador de cartel?

Ellos llenaban la plaza, se veían aclamados por el público y ensalzados por una prensa que les concedía á manos llenas lo que había escatimado á tantos otros después de laboriosísimos aprendizajes.

Diéronse por lo tanto priesa en tomar la alternativa, formaron rancho aparte, tiró cada uno por su lado y ¡adiós mi dinero! vino irremediablemente la decepción.

Quien tuvo, retuvo y guardó para la vejez, dice el proverbio. Quien no tiene no retiene, ni puede guardar nada para ninguna edad, dice el sentido común. Y como el sentido

común es lo que más brilla por su ausencia en las plazas de toros, resultó que tanto Reverte como *Bonarillo* se convirtieron en dos abortos, los delirios fueron cediendo, el entusiasmo se apagó y por ahí andan los dos ahora aprovechando la espantosa soledad de matadores que aflige á la fiesta, y sumidos probablemente en la nostalgia de aquellas novilladas famosas en que les hicieron creer que venían á quitar cuantos moños había entonces en la nación española.

Reverte, sin embargo, con la velocidad adquirida, se mantuvo más tiempo que su rival y todavía actúa al lado de los matadores de más fama. ¡Es verdad que quedan tan pocos!

Pero el mozo, justo es confesarlo, había logrado entrar de lleno en el público y éste había soltado demasiadas prendas para renegar en el acto del héroe de las novilladas y arrojarlo á la fosa común.

El público, pues, esperó y Reverte empezó á estirarse como matador de toros, dando muchas más en la herradura que en el clavo.

Aquellas imponentes novedades que precedieran á la alternativa, desaparecieron cual relámpagos fugaces y todo quedó reducido á faenas aisladas, golpes de fortuna que no cuentan en el conjunto de las buenas cualidades de un lidiador y realizan un día ú otro en las plazas todos los matadores de toros.

Los antiguerristas no desaprovecharon la ocasión que se les presentaba de llamar la atención sobre Reverte y oponerlo á *Guerrita* como rival.

El *Espartero* no daba todo el juego que ellos esperaban, pero mantenía siempre viva la animosidad del público contra Rafael. Reverte venía, pues, como refuerzo, y algo era algo para acumular elementos en contra del infame *Guerrita*.

Antes poseían, como Barba-Azul, un solo cañón: el pobre *Maoliyo*; ahora, con Reverte, tenían dos. Dispararon y les ocurrió lo que al general del cuento: el primer cañonazo no llegó y el segundo se perdió en el camino.



Las cosas no pasaron, por lo tanto, á mayores, y la competencia tan ansiada, esa competencia que los lagartijistas pedían al cielo, como las solteras piden novio al santo mi tocayo, volvió á abortar.

Unicamente quedó, mejor dicho, me ha quedado á mí particularmente, un eco inolvidable de aquellos escarceos. Y fué que un antiguerrista implacable hizo el siguiente portentoso descubrimiento: escribió que Reverte tenía ¡¡¡el perfil de *Lagartijo!!!*

No quiero citar el nombre del blasfemo á quien su odio á *Guerrita* condena todavía hoy á cómicos delirios. Si los lagartijistas lo conociesen ¡pobre de él!

*Guerrita*, entre tanto, proseguía su carrera, cohibido por la atmósfera de horrores que los secuaces de *Lagartijo* habían formado en torno del sub-cordobés.

Toreaba muchísimo, más que nadie, las empresas se lo disputaban, cruzaba el país en todas direcciones, ganaba treinta ó cuarenta mil duros al año, arrancando ovaciones sin

cuento en las plazas no contaminadas y pasando las de Cain en aquellas donde el lagartijismo tenía hondas raíces.

Su toreo era como siempre, bullicioso y lleno de efectos, pecaba de movimiento excesivo; el diestro se adornaba á tontas y á locas, amenazaba á los toros, les daba puntapiés en los hocicos, jugaba con ellos cuando se prestaban y convertía las corridas de toros en una especie de pirotecnia taurina, á la cual se entregaba sin descanso, como si quisiese olvidar en la embriaguez de la lidia la situación que le habían creado sus entusiastas amigos de ayer.

El drama de Valencia había dejado huellas profundas; la figura de *Lagartijo* era ya la cabeza de Banco que se alzaba por doquier al paso de *Guerrita*.

No hay, pues, que extrañar que se hallase desquiciado por aquel cúmulo de circunstancias que le privaba de la necesaria tranquilidad de ánimo para lidiar y que su toreo se resintiese de la falta de reposo y de for-

malidad que ahora le pedían á voz en cuello sus despiadados enemigos.

Aquella situación violentísima tenía forzosamente que desaparecer; las cuerdas estaban demasiado tendidas para que no se rompiesen por algún lado; entre *Lagartijo* y *Guerrita* había ya un abismo que tenía que tragarse á uno de los dos.

Por fin llegó el instante de las grandes expiaciones y de las grandes justicias; los que estaban en el Paraíso se despeñaron y cayeron en el Gólgota; el que habían clavado en la cruz los sayones del lagartijismo, dejó el leño infamante, *resurrexit tertio anno*; las cumbres del Calvario se llenaron de hórridas sombras; rasgó los cielos el relámpago, crugió la tierra al estallido de los truenos, y mientras Jehovah se hundía en el abismo, acompañado de las maldiciones eternas, Luzbel volaba al Empíreo donde los ángeles, arcángeles y querubes de la tauromaquia aplaudían á rabiar y gritaban entusiasmados *Alleluia!*

Perdóneme el lector este alarde de lirismo, que todo hace falta para anunciar con la debida pompa un acontecimiento que no tiene igual en los fastos de la tauromaquia ni en la historia del pueblo de Madrid.

Me refiero á las despedidas del Califa, á la retirada del Gran Rafael.





## XVIII

La situación de *Lagartijo*.—Mansos de solemnidad.—Timideces y súplicas.—La campaña de Bilbao.—Paces ficticias.—El año 1893.—Cinco despedidas.—La tradición rota por *Fras-cuelo*.—Recuerdo de antaño.—El programa de las despedidas.—Comentarios y chismografía.—Lo que se atribuyó á Salvador.—Preparativos.

**H**ACÍA ya bastante tiempo que los públicos y los toros venían pidiendo á Rafael que se retirase. La prensa, como es natural, no había tardado en tomar cartas en el asunto y más de una vez había aparecido en ella esta fatídica palabra: Waterloo.

Falto cada vez más de facultades, sufría de vez en cuando derrotas ruidosas que en la carrera de cualquier otro lidiador hubieran

traído á éste una retirada forzosa y fatal; pero *Lagartijo* conservaba siempre su mágica influencia y los secuaces del maestro apelaban á todo género de atenuantes para divinizarlo hasta la última hora.

Ellos que deberían de haber sido los primeros en aconsejarle que se quitase de los toros, en advertirle que era llegado el momento de dar á la carrera el postrer adiós, se callaban, no se atrevían á hablar el lenguaje de la verdad al veterano.

El más pequeño rayo de luz les bastaba y sobraba para hacerles llevadero el mundo de tinieblas en que yacía Rafael. Más que nunca explotaban entonces el socorrido recurso de que los toros que traían de cabeza al ídolo eran mansos de solemnidad.

El lo decía siempre:—A mí no me coge ningún buey.

Y con llamar bueyes á los marrajos ó á cualquiera otra res, á la cual no tuviera á bien arrimarse *Lagartijo*, fuese porque aquéllos conservasen facultades ó por exceso de apren-

sión del maestro, tenían los lagartijistas cubierta la retirada y convertidas en pjaras bovinas á las mejores ganaderías del país.

En cambio, era suficiente que el matador se confiase con un toro y lo estoquease admirablemente á su manera para que echasen las campanas á vuelo y ensordecieran á la afición con el estrépito de sus ditirambos.

Y como el díptico anabaptista dominaba al mundo taurómico desde *El Imparcial* y *El Liberal*, necesitábase un valor heroico para encararse con el Califa y decirle resueltamente:—¡Váyase usted!

La prensa *profesional* era la única que se lo había dicho varias veces, pero generalmente con unos distingos, con unos paliativos y con una ruborosa timidez que revelaban á las claras el terror que inspiraba el maestro.

Hubo contados valientes que echaron el pecho al agua y le soltaron la verdad; pero, lo repito, aun aquellos que no comulgaban en la iglesia lagartijista, dieron acentos conmovedores de súplica á lo que tratándose de otro

diestro cualquiera se hubiese convertido en orden terminante y hasta brutal.

El año anterior, 1892, había Rafael toreado en Bilbao con *Guerrita* y llevado á cabo una campaña excelente. Como por fortuna no lo cogió ningún toro, las fiestas se resintieron de falta de leyendas valencianas; pero el maestro quedó en general muy bien, Guerra mostróse á su vez á gran altura, y aunque hubo las consabidas instrumentaciones telegráficas, no llegó á alterarse la paz en la Varsovia taurina y el mundo respiró.

Sépase por lo que valga, que después de la tragi-comedia desarrollada á las frescas márgenes del Turia, los dos Rafaeles se habían hablado en Córdoba la Sultana y sellado unas paces ficticias.

Ya en adelante, cuando se encontraban, cruzaban un saludo y se acabó. Demás estará decir que aquella reconciliación hetereóclita no había convencido poco ni mucho á los partidarios del maestro, ni tenía que ejercer ninguna influencia en su conducta futura.



Así las cosas, llegó el año del Señor de 1893, y lo que el otoño anterior habíase anunciado como caso probable, adquirió visos de certeza, de los cuales, al poco tiempo, nadie pudo dudar.

Rafael Molina se retiraba de los toros, era asunto resuelto, meditado profundamente en las soledades del hogar doméstico, una resolución anunciada solemnemente por los anabaptistas con carácter oficial.

Pero para que todo fuera extraordinario en la vida de aquel torero á cuyo paso habían brotado tantas cosas extraordinarias, súpose con estupor que las despedidas serían, no una, sino cinco.

En verdad que hasta entonces no se conocían más despedidas solemnes que la de Salvador, porque la historia del arte de Montes no encerraba en sus páginas ningún acontecimiento de esa especie.

Estaba visto que en los tiempos de oro de la tauromaquia los diestros hacían mutis por el foro en cuanto se veían exhaustos de fuer-

zas; que los que, como *Pepe-Illo*, José Cándido y *Curro Guillén*, no encontraban la muerte en la arena, se marchaban sin dejar en ninguna parte tarjetas de despedida.

*Frascuelo* había roto la tradición el 12 de Mayo de 1890, celebrándose una corrida que por anunciarse como última del célebre diestro había adquirido inusitada solemnidad.

En la guerra sin cuartel que Rafael y Salvador se habían hecho durante su larga competencia mostróse en ambos el prurito de distinguirse el uno del otro, el empeño de violentar las cosas estableciendo alguna diferencia entre los dos.

Así, por ejemplo, cuando en Noviembre de 1872, mataron solos en Madrid las dos primeras corridas de toros, habíase convenido en que las reses serían de la ganadería de Hernández. Toreó Rafael su corrida, salieron malos los toros y Salvador pidió y obtuvo que se cambiase la ganadería y que le dieran seis Veragua en vez de los de Hernández como se había convenido.

Con tal motivo hubo gran marejada, publicáronse cartas en los periódicos, la chismografía se despachó á su gusto, pero al fin venció *Frascuelo* y mató los seis toros del Duque.

Más tarde, cuando las famosas corridas de la Cruz Roja, Salvador mató una de Bermúdez, en la cual quedó á inolvidable altura. Rafael puso por condición para torear la que le correspondía, que los toros fuesen precisamente de Miura, dando á entender que deseaba distinguirse de *Frascuelo* matando los bichos que más respeto y temor infundían entonces á la gente de coleta. Y mató de un modo que no hay para qué recordar.

Era, pues, necesario que, al llegar la hora de la retirada, se estableciese marcada diferencia entre las de los dos ilustres rivales, y que la de *Lagartijo* viniese acompañada de tales circunstancias, presentase tal relieve que dejase en lugar secundario la de Salvador.

Un poco antes que la riente primavera iluminase con sus resplandores á España feliz,

cuando la humanidad despierta del letargo invernal, y las rosas abren sus capullos, y las avecillas pían y los toros mugen, apareció en las columnas de la prensa nacional el copioso programa de las despedidas del Califa.

Eran cinco, ni una más ni una menos, cinco corridas *mónstruos* que se celebrarían en otras tantas capitales elegidas cuidadosamente por el maestro de Córdoba para que gozaran de su quintuple sepelio.

Las plazas favorecidas y las fechas en que las corridas habían de verificarse estaban incluidas en el siguiente *menu*:

1.º Zaragoza, el día 7 de Mayo de 1893; seis toros de Espoz y Mina, antes Carriquiri.

2.º Bilbao, el día 11 de Mayo; seis toros del Duque de Veragua.

3.º Barcelona, el día 21 de Mayo; seis toros del Duque de Veragua.

4.º Valencia, el día 28 de Mayo; seis toros del Duque de Veragua.

Y 5.º Madrid, el día 1.º de Junio; seis toros del Duque de Veragua.

Vayamos por partes. Lo primero que llamó extraordinariamente la atención de los aficionados imparciales fué que un torero nacido en Córdoba, un torero andaluz, hubiese borrado del mapa de las despedidas las nueve provincias de la tierra clásica del toreo, y relegase, por consiguiente, al olvido á lo que ha encarnado siempre el indigenismo del arte, si puedo expresarme así.

Que en el caso de despedirse una vez, como es uso y costumbre, hubiese Rafael dedicado sus funerales toreros á la plaza de Madrid, santo y bueno; eso era lo discreto, lo lógico y lo racional.

Pero que una vez lanzado en el camino de la longanimidad, resuelto ya á repartir los beneficios de su retirada, echase una esponja sobre la patria de cuantos grandes toreros han sido en el mundo, exceptuando al bárbaro Martincho y al pulquérrimo Cayetano Sanz; y, sobre todo, que en esa preterición imperdonable se viese incluida Córdoba, aquella Córdoba que los anabaptistas habían

cantado con acentos de ternura y vocalizaciones *extra*, dignas de la garganta de Farinelli; todo eso revelaba en *Lagartijo* un azoramiento ó un fondo de ingratitud, cuya justificación se buscaba en vano.

De los comentarios que se hicieron entonces, de la punta que se sacó al asombroso programa de las despedidas, no quiero ocuparme con extensión.

La palabra *negocio* brotó enseguida de todos los labios y llevó á los aficionados el convencimiento de que Harpagón se había sobrepuesto á Rafael Molina, y que el corte de la coleta obedecía pura y simplemente á un asunto de aritmética elemental.

Con esto se mezcló la cuestión de los toros de Veragua, relacionándola con no sé qué deuda que el Sr. Duque había contraído con *Lagartijo*, cuando se llevó á cabo el ruinoso asunto de los toros en París; deuda que el ilustre prócer quiso solventar con caballerosidad irreprochable.

Además el nombre de Rafael sonaba junto

con el de su apoderado, y oíanse tales cosas y achacábanseles tales propósitos é intenciones, que no había sino taparse los oídos para no perderse en el dédalo de chismes en que estaba metida la afición.

Se atribuyó á *Frascuero* un dicho que sintetizaba admirablemente el carácter de las despedidas de Rafael.

Contábase que interrogado Salvador por un amigo que le pidió su parecer sobre aquellas, había contestado:

—Rafael acaba por donde empecé yo: echando un guante por los pueblos.

Tal fué el dicho que á *Frascuero* colgaron entonces. Si es ó no cierto, averígüelo quien quiera; de todas suertes pocas veces se podrá sacar á colación con más oportunidad que ahora el *se non é vero é ben trovato* de los italianos.

Por lo demás, el desarrollo de las despedidas de *Lagartijo* ha de demostrarnos con harta elocuencia que obedecían á un negocio mercantil que yo, por mi parte, estimo per-

fectamente lícito y me guardaré mucho de censurar.

Inútil parece consignar que todo, absolutamente todo el interés de aquella temporada taurina quedó concentrado en las despedidas de Rafael.

Los lagartijistas estaban locos de emoción. Cinco corridas eran para ellos otros tantos días de zozobra, de ansia infinita, en los cuales iba á jugarse la última carta del maestro.

¡Si ellos hubieran podido darle unas cuantas inyecciones del líquido de Brown-Séquard! ¡Si hubiese estado en sus manos revestirlo de alguna coraza mágica como las que en los cuentos de hadas se estilan, ó hacerle invulnerable como Aquiles!

Pedían de todo corazón al cielo que Rafael saliese victorioso en sus cinco batallas y tenían preparados todos los utensilios de una apoteosis teatral para el último acto, el acto de Madrid.

Tres semanas de espera eran bastantes, sin embargo, para producir una pericarditis;



pero no importaba. Aunque en las cuatro corridas anteriores se mostrase la suerte adversa al Califa, ellos le prepararían en Madrid un desquite que le hiciera olvidar fácilmente cualquiera improbable decepción.

Llegó Mayo florido, brotaron las lilas en toda España y se acercó la primera solemnidad. Los anabaptistas ¡cómo no! resolvieron ser heraldos del cortejo, empuñaron los clarines sonoros, cogieron el tren y fuéronse á Zaragoza, dispuestos á seguir al Profeta á los cinco Munsters que tenía que conquistar.







## XIX

Las despedidas de *Lagartijo*.—En Zaragoza.—Sierra Morena y manos inexpertas.—El resultado.—En Bilbao.—La catástrofe.—La cabeza de *Barquero*.—La ley de las compensaciones.—En Barcelona.—Triunfo del maestro.—En Valencia.—*Teorías* y su reseña.—Madrid esperando á Rafael.

CON las famosas despedidas de *Lagartijo* llego á la parte más desagradable y espinosa de esta obra. Si hasta ahora ha podido censurárseme porque la pluma del historiador y del crítico se haya corrido frecuentemente al terreno de la sátira, he de procurar, al ocuparme de la retirada de Rafael Molina, conservarme en el campo de la más estricta neutralidad.

Momento habrá en que la serenidad se pierda ante el relato de ciertos hechos que no

tienen igual, no ya en la historia del célebre diestro cordobés, sino en la historia de España; pero fuera de esos detalles, en los cuales, como se verá luego, ninguna responsabilidad directa toca á Rafael, he de hacer de suerte que sus partidarios no puedan achacarme la intención de mortificarle apasionadamente.

Ahora bien: de cuantos periódicos se ocuparon de las despedidas de *Lagartijo*, difícil que haya ninguno que tratara al maestro cordobés con la benevolencia de *La Lidia*. Al semanario taurino voy, pues, á apelar para hablar de aquellas corridas en que Rafael fué aplaudido y agasajado y no dió motivo á que sus faenas mereciesen el vituperio general.

La despedida en Zaragoza se verificó el día anunciado. He aquí lo más sustancial de la fiesta referido en *La Lidia* bajo la firma de D. Emilio Boli:

“Día espléndido, gran afluencia de forasteros; todo favorecía para que la corrida de despedida de Rafael recordara en concurren-

cia á las grandes solemnidades taurómacas, que como tal puede conceptuarse ésta. Pero sucedió que la poca experiencia del que organizó la función propuso, y la afición dispuso..... no ir á la plaza, para no hacer el "primo,,. Las cuatro pesetas las pagaron muy pocos aficionados de Zaragoza, teniendo en sus venas sangre torera y predilección por *Lagartijo*. Buena entrada en tendidos de sombra, mala al sol, demasiada en palcos, floja en gradas y completamente vacía la andanada.

A las dos de la tarde, el papel se llegó á cotizar á peseta y á seis reales. Así es que las opiniones se dividieron: unos juzgaban la fiesta con relación á precios sumamente caros, mientras otros exigían sólo 1,50 de *Lagartijo*. Los primeros se atrevieron á insultar á Rafael, creyendo que la elevación de los precios era obra suya. Malas nuevas debieron llegar á oídos de *Lagartijo*—que por cierto está muy sordo—para anunciar á última hora que se lidiaría un toro de gracia,,.

El corresponsal zaragozano de *La Lidia*

califica los toros de Carriquiri de cuatreños y dice que eran "demasiado jóvenes y mal presentados", y al ocuparse del trabajo de Rafael, se expresa en los términos siguientes:

"Teniendo en cuenta su tranquillo y la poca verdad que encierra su toreo, en el que predomina la forma sobre el fondo, el trabajo de Rafael fué aceptable y superior, apreciando la merma que sus facultades han sufrido y lo que representa una brega de siete toros. Pasando de muleta no hizo nada extraordinario, pues casi todos los toros presentaron lidia fácil, excepto el sexto, y, sin embargo, el maestro se limitó á dar telonazos y pases por alto, dejando en el olvido los de pitón á rabo, de pecho y otros de mérito. Con el estoque hubo momentos que se salió de cajón.

"No coinciden mis apreciaciones con las de cierta parte del público. Yo concedo más mérito á un pinchazo en buen sitio, entrando como el arte manda, que á una estocada caída en el lado contrario, como le resultan muchas á Rafael. Pues bien: esto, con ser más

claro que el agua, no sucedió en la corrida que critico, y Rafael fué silbado al pinchar muy bien al segundo toro, y aplaudido frenéticamente al ver que un toro rodaba por una estocada de estas últimas.

„He aquí las faenas que con el estoque hizo *Lagartijo*:

„En el primer toro, una estocada á volapié contraria y caída, por cuartear. En el segundo, superior pinchazo á volapié, dando tablas y perfilándose perfectamente, media estocada delantera, volviendo el rostro. Otra media estocada delantera, con paso atrás y demasiado fuera de cacho, y un certero descabello á pulso empleó para dar muerte al tercero. El cuarto necesitó dos estocadas: una en los blandos, cuarteando mucho, y una superior, entrando bien. Rafael ganó palmas, sombreros y la oreja. En el quinto estuvo sublime; basta con decir que recordó su pasado. En los medios de la plaza mandó retirar la cuadrilla, y allí, parando—en los anteriores bailó mucho—dió en dos minutos cuatro pases

altos y un cambiado, soltando á continuación un magnífico volapié, entrando á la perfección y saliendo algo embarullado. Oyó una ovación como pocas; llovieron prendas y cigarrros, y un paisano, el picador *Memento*, bajó al ruedo y besó al maestro, que se ganó la oreja del burel, y, en fin, el entusiasmo duró hasta la salida del sexto, en el que estuvo regular, no bien, como equivocadamente telegraficé. Con el capote, admirable. ¡Vaya unas verónicas que dió al sexto, parando y con elegancia! El toro, embobado, seguía con la vista los vuelos del capote movido con majestad por los brazos de Rafael, digno rival de Cayetano Sanz. Con los palos no hizo gran cosa; colocó dos pares que, aunque buenos, no eran de mérito en el maestro. En la dirección, á ratos bien y á ratos mal.

„El último toro fué estoqueado por el *Ostión*, quien después de un volapié contrario, una estocada horizontal, dos pinchazos y un sablazo, se retiró enfermo al estribo, tenien-



do que coger los trastos *Lagartijo* y matar el toro de una á la media vuelta. Parece que Rafael aconsejó al *Ostión* en la fonda, después de la corrida, que se retirara del toreo, en vista de su mal estado de salud. A la salida, el cordobés fué llevado en triunfo hasta el coche.

„El público salió satisfecho: *Lagartijo* se despidió triunfando, y, á pesar de esto, todos trinaban contra el que organizó el espectáculo y convirtió las taquillas, por arte maravilloso, en verdadera Sierra Morena.

„¡Qué desengaño para *Lagartijo*, ver en el día de su despedida cerca de media plaza sin ese público que le prefirió á otros diestros y le dispensó sus faltas en la corrida del 4 de Octubre, en que se llenó de aragoneses, no de forasteros, como sucedió en la que reseñó!

„¡He ahí el resultado de colocar el negocio en manos inexpertas! „

¿En manos inexpertas? Tratándose de los zaragozanos sí, pero no tratándose de los bilbaínos, barceloneses, valencianos y madrile-

ños. Si el ejemplo dado por Zaragoza al no pasar por las horcas usurarias impuestas por Rafael hubiese cundido; si los demás públicos hubiesen dado á entender al *despidiente* que no comulgaban con ruedas de Harpagón; si, en una palabra, la soberana lección dada por Zaragoza á *Lagartijo* hubiera abierto los ojos á los incautos, ¿quién sabe si el asunto de la retirada hubiera tomado otro sesgo y hecho tal vez menos sensible y ruidosa la catástrofe final?

De todos modos, la primera despedida empezó mal y acabó muy bien, y si el *negocio* no resultó tan brillante como se esperaba, la honra torera quedó á flote y los partidarios del maestro pudieron regocijarse y verse libres de un peso en el corazón.

El domingo en Zaragoza; el jueves en Bilbao. Se necesita conocer á los bilbaínos para formarse idea del desquiciamiento que había producido en la capital de Vizcaya el solo anuncio de la despedida dedicada por *Lagartijo* á la ciudad del Nervión.

Rumbosos y jactanciosos como ellos solos, los bilbaínos habían cedido la plaza al maestro y disponían una apoteosis lagartijiana digna del torero á quien habían mimado durante toda su carrera, más quizá que ningún otro público.

Si Rafael hubiese triunfado en Bilbao, puede asegurarse que aquella despedida hubiese hecho raya entre todas las demás y quedara memorable en las últimas horas del maestro.

Pero los hados lo habían dispuesto de modo diferente, estaba escrito que los bilbaínos irían radiantes á la plaza, resueltos á llenarla de flores y regalos y se volverían á casa de vacío con un humor de todos los demonios.

Cuando *Lagartijo* se presentó á hacer el paseo, una aclamación inmensa ensordeció el espacio y repercutió en los ámbitos del circo como *Hosannah!* colosal. Era el himno de gloria que habría de trocarse muy pronto en fúnebre silencio y terminar en formidable

escándalo, en luctuosa é inolvidable *débâcle*.

Rafael, en efecto, no quiso arrimarse á ningún toro. La plaza, llena de bote en bote, contempló, absorta al principio, aquella sucesión de tristes faenas; llegó la muerte del quinto toro, que dobló aburrido después de cinco pinchazos y dos medias estocadas; salió el sexto y, al tocarse á banderillas, el huracán estalló.

Muchos testigos presenciales del escándalo me lo han referido con pelos y señales. La plaza se llenó de botellas, cazuelas, panecillos y objetos de género diverso; la cuadrilla tuvo que ponerse en salvo entre barreras; el público, en el colmo de la indignación, llenó de improperios al desdichado protagonista, que apeló á la fuga y desapareció de la plaza como por escotillón.

Y quedó solo el toro, encampanado en medio del anillo, envuelto en las penunbras de la noche, que iba invadiendo poco á poco el redondel, mientras la ira de los espectadores arreciaba y adquiría imponentes proporciones.

A tal punto llegó, que un capitán de forales, dirigiéndose á su Compañía, dió la voz de ¡fuera guantes!, indicando bien á las claras que había llegado el momento de apelar á la fuerza para poner término á aquel verdadero motín.

Por fortuna la noche vino en auxilio de los forales y merced á su ayuda fué el público evacuando la plaza lentamente. Sólo quedó en ella, como antes dije, el sexto toro del Duque, con el morrillo ensangrentado, mirando azorado al vacío que le rodeaba por todas partes, resto lamentable y elocuente síntesis de los funerales bilbaínos de Rafael.

¿A qué se debió la catástrofe? Ni qué decir tiene: á los toros. Á reserva de ocuparme de este particular cuando me ocupe de la última despedida, he de decir que persona muy allegada á mí, D. Javier Peña y Goñi, adquirió en Bilbao y es poseedor de ella con todos los certificados correspondientes, la cabeza del tercer toro lidiado en aquella corrida.

Llamábase el bicho *Barquero*, era de pelo

barroso y no hay sinó ver la cabeza, una cabeza recogida, preciosa, de res impúber, con cuernecitos de bisutería, una cabeza, en suma, que parece un juguete taurino, para caer en la cuenta de que si los toros corridos de Bilbao el 11 de Mayo de 1893, eran infectos bueyes, estaban en cambio colocados de suerte que pudiera confiarse al meter el brazo cualquiera matador.

Pero tendamos un velo sobre la despedida de Rafael en la capital de Vizcaya y contémonos con decir que si en Zaragoza el negocio falló y se salvó la honra torera, en Bilbao pereció ésta, pero quedó á salvo el bolsillo. La ley de las compensaciones.

Dejemos á la ciudad del Nervión, huyamos del lugar de la catástrofe y trasladémonos á Barcelona, donde los bueyes serán más piadosos y el sol volverá á lucir.

Torno á *La Lidia* para reseñar la despedida en la ciudad condal, suscrita por *Verduguillo*, el cual, ocupándose de los toros, dice: "la corrida no estuvo bien presentada por

pecar de desigual y haber un toro defectuoso, pero el resultado fué del todo satisfactorio „.

Este toro *defectuoso* sería indudablemente el primero, del cual dice el corresponsal de *La Lidia* que era *mogón de los dos cuernos*. La calificación que hace del ganado es la siguiente: buenos los toros sexto, primero y segundo, notabilísimo el quinto, un buey el cuarto y superior el tercero. Entre los seis tomaron cincuenta varas y mataron doce caballos.

He aquí las faenas de *Lagartijo*:

“El *veterano* cordobés, que por espacio de treinta y pico de años ha estoqueado centenares de reses bravas, ha demostrado en Barcelona que se retira del toreo cuando todavía puede con ellos, pero dejanto entrever que obra cuerdamente al tomar la citada resolución. En esta corrida hizo todo lo que pudo, todo lo que le permitieron sus facultades y le dejó ejecutar el viento huracanado que reinó en la plaza después de arrastrado el segundo toro.

„Al primer bicho, que encontró acudiendo

con nobleza, le toreó en corto, parando con frescura y adornándose mucho al terminar los muletazos, para señalar un pinchazo alto, al volapié, y una estocada corta, contraria y algo desviada, entrando por derecho. Después intentó cuatro veces el descabello, desluciendo esto algo la "forma," de la faena, aunque el "fondo," fué muy bueno. (Aplausos justos de los inteligentes.)

„El segundo toro estaba quedado, y al arrancar lo hacía con incertidumbre. Rafael le muleteó con serenidad y desahogo, si bien no tan confiadísimo como en el bicho anterior. Pasóse una vez sin herir por humillar la res al iniciar el arranque el Califa, aplaudiendo el público la serenidad y vista del maestro. Dió un pinchazo en hueso en las tablas, y una estocada contraria hasta la guar-nición, habiendo igualado al cornúpeto en las tablas, y arrancándose él, previo el pasito atrás, pero sin desviarse mucho. Varios tras-teos y descabella al primer intento. (Gran ovación.)



„Encontró al tercero aculado en las tablas, y después del quinto pase, marchósele á tomar la querencia de un caballo, imposibilitando mucho el vendaval el manejo de la muleta. Rafael empezó con algún recelo, pero á los pocos pases se confió algo más, tiró la montera, y ayudado por Juan muletea con ocho pases para clavar media estocada caída, tendida y con tendencias, que debió atravesar los pulmones del noble cornudo, puesto que á los pocos pasos cayó el animal al suelo. Muchos aplausos y regalo de dos *kilométricos* salchichones de Vich.

„El cuarto era un buey de solemnidad, que ni se fijaba en el trapo, ni atendía á las salidas naturales que repetidas veces le marcaron los peones con los capotes y el maestro con la flámula; y siempre que por equivocación (i) arrancó, se quedaba torpemente en el centro de la suerte, y alargaba con malísima intención el pescuezo. Fué, por lo tanto, un pavo de cuidado, que además de lo referido, se conservaba enterito, puesto que los picado-

res no pudieron castigarle mucho, por haber tomado las varas rebrincando y escupiéndose al sentirse herido. *Lagartijo*, poderosamente ayudado por la "rueda,, de peones, sobresa-liendo de todos por su eficacia y acierto. Rafael Molina abanicó al veragüño con 18 pa-ses, y cuando el público menos lo esperaba, después de pasarse una vez sin pinchar por quedársele la res "embobada,, le atizó media estocada superior, en las mismas péndolas, que hizo innecesaria la puntilla, y caer redon-do al suelo el toro como si hubiera sido heri-do por una descarga eléctrica. (Ovación y la oreja del *bueyendo*.)

„Brindó la muerte del quinto á los espec-tadores del sol, y á no habérselo impedido el fuerte viento que arreció durante este tercio, la faena habría resultado magistral, pues vi-mos en el *veterano* muchos y vehementes de-seos de ello. Tuvo que limitarse á cumplir, y pasaportó al *duquerño*, que para colmos de desdichas, se huyó como un condenado des-pués del primer pinchacito, de varios pases,

superior uno ayudado, de pecho, de tres pinchazos, saliendo en dos perseguido, y de una estocada corta y ladeada á paso de banderillas, descabellando luego con acierto. (Algunos aplausos.)

„Con el sexto, que dedicó á los concurrentes de sombra, ejecutó una faena magistralísima, la mejor sin duda que ha consumado *Lagartijo* en Barcelona. Fué breve, artística y archisuperior. En un minuto le dió un natural, un redondo magnífico, uno bueno de pecho y otro precioso de molinete, dando la vueltecita entre los mismos cuernos del toro. Una vez estuvo éste igualado, desde corto y dejándose caer al volapié con tanto valor como maestría, el célebre cordobés agarró una media estocada monumental, inmejorable, de la que mordió la arena enseguida el último bicho de tan brillante jornada taurina. Rafael sacó un fuerte varetazo en el brazo derecho, de puro atracarse. Los *rafaelófilos* invadieron el redondel, abrazando y besando (¡qué rubor!) cariñosamente al viejo Rafael, mientras

los aficionados sensatos le aplaudían y vitoreaban desde los tendidos, gradas y palcos, con indescriptible entusiasmo. Con esta imborrable faena, puso *Lagartijo* la firma en Barcelona á su acrisolada reputación. ¡Bien por Rafael I!

„En quites y brega estuvo relativamente trabajador, haciendo algunos con primorosas largas, que no fueron aplaudidas como merecían; y con los palitroques, puso dos pares relugarcillos al quinto; otro bueno al sexto y uno superiorísimo al mismo, cortándole el bicho el terreno, mejorándolo Rafael con agallas y vista, cuadrando como un valiente al llegar al terreno de la verdad. Toreando al alimón, muy bonito y rejuvenecido.

„En resumen: que *Lagartijo* se ha despedido del público de Barcelona como éste merecía, superiormente; y nosotros, que conservaremos de él gratísima memoria, le deseamos un millón de felicidades y un vagón de años de vida. „

No quiero por mi parte añadir á la an-

terior revista nada que pueda desvirtuar el mérito de las faenas de Rafael, sobre todo en lo que al sexto toro se refiere. Barcelona, como se ha visto, fué brillante desquite de Bilbao y el maestro pudo mostrarse satisfecho de los barceloneses y saborear los aplausos y el dinero que le prodigaron en la ciudad condal.

La del Turia no le fué en zaga á la segunda capital española; la buena racha continuó para *Lagartijo* y puede afirmarse que la despedida en Valencia fué la más completa y eficaz de todas.

*Teorías*, seudónimo bajo el cual se oculta el nombre del Sr. Aparici, que dos años antes había tenido el valor de llamar á Rafael *figura decorativa* y de aconsejarle que se retirase de los toros, fué el que mandó á *La Lidia* la revista de la despedida de Valencia.

No conozco á *Teorías*, pero basta leer su escrito para comprender que se trata de un taurófilo serio que no es justo confundir con la nube de *reporters* más ó menos tauró-

macos y la colección de sabios de guardarrropía que desatina á diestro y siniestro en la prensa política y taurina de España é islas adyacentes.

Así como la despedida de *Lagartijo* en Valencia resultó la mejor entre las tres buenas, del mismo modo la reseña de *Teorías* puede presentarse como modelo de imparcialidad y de justicia, cualidades que abrillantan más que mitigan la galantería y la discreción que campean en el escrito.

“Rafael ha venido á despedirse— comienza diciendo *Teorías*.—El recibimiento ha sido magnífico; los entusiastas le siguieron hasta la fonda de Roma, vitoreándolo, y de este entusiasmo por el Califa, rayano en el delirio, pueden dar fe los revendedores de billetes que, no obstante la acertada medida del Gobernador prohibiendo la reventa, han hecho un bonito negocio. Nada; que se re-dondearon y cuadraron á los paganos.”

Hace constar después que al presentarse la cuadrilla resonó una salva imponente de

aplausos y que "las doscientas palomas mensajeras anunciadas quedaron reducidas á siete *fumarells* de la Albufera„.

Y hecha esa declaración, se ocupa del ganado de Veragua, al cual juzga del modo siguiente:

„Ni con pinzas pudiera sacar otro que no fuera Rafael, seis reses mejor escogidas ni preparadas cuanto á su estado de carnes, pues gracias á su *adelantamiento*, se disimulaba la falta de edad para la lidia.

„Pero, como según el refrán, en la cara está la edad, éstas acusaban por esa parte su extremada juventud, careciendo todavía de bigotes y..... de pitones. Bravos, como ellos solos, voluntariosos, en principio, pero aplomándose pronto con el castigo, y con la falta de poder consiguiente, tomaron 41 puyazos, ocasionaron 16 caídas y despenaron ocho jacos. En banderillas se prestaron á buenas faenas, y llegaron á manos de Rafael buscando palmas para el maestro.

„Los toros aparecieron por este orden:

1.º, *Peseta*; retinto oscuro, mal encornado. 2.º, *Batanero*; castaño claro, cornicorto. 3.º, *Pasajero*; negro, astifino, novillejo, pero pegajoso. 4.º, *Zurriqueño*; berrendo en negro, mayor y mejor armado. 5.º, *Perdigón*; jabonero sucio; el más *adelantado* de todos. 6.º, *Rosito*; colorao y no mal puesto.

„Sobresalieron: el *Pasajero*, que no obstante sus pocas fuerzas, se liaba con los jacos, costando no poco despegarlo, y *Perdigón*, que logró imponer temor á la cuadrilla sólo con el testuz, pues casi carecía de pitones; su salida fué un acontecimiento, y el primer tercio un herradero. Fué duro, seco, de mucha cabeza y de los que se agarran. ¡Lástima de toro! A tener armas, él sólo hace la corrida. Era uno de aquellos notables jaboneros del Duque, tan feos de cara como bravos. ¡Qué digo del Duque! No; era de los de Veragua, y hay que distinguir, al extremo á que hoy ha llegado esta ganadería.

„En suma: que á estar cuajados tan boni-



tos animales, hubiéramos presenciado una de aquellas corridas de otros tiempos.”

He aquí ahora la crítica de *Teorias* referente al trabajo de Rafael, crítica que podrá arrancar gritos de indignación á los aficionados del maestro, pero que convencerá á las personas imparciales:

“No pretenda nadie encontrar en mi apreciación odios ni prevenciones contra el Califa; pues si bien no he sido nunca tocado de la chifladura que á ciertos aficionados y escritores domina, ateniéndome en todo á la estricta imparcialidad que en mis escritos campea, no he de regatear al veterano diestro mis elogios en aquello que lo merezca.

„Rafael, á pesar de las innegables excelentes condiciones que presentaron los toros á la hora de la muerte, su fuerte, la muleta, no ha sido el trabajo sosegado, elegante y fino de otras veces.

„Aparte de que le rodeaban casi siempre demasiados capotes, no se confió en ninguno, y sobre lejos, pasó movido, sin acabar

los pases, y resultándole las faenas nada vistosas y sí deslucidas. En cambio, los trasteos para prepararse los descabellos, fueron magistrales y como suyos.

„Tampoco al herir vimos, siquiera en una vez, decir *quiero*, y llegar con la mano al morrillo; todo fueron medias estocadas peor ó mejor puestas, y aquí hago caso omiso del tranquilo y demás ventajas de que se vale para herir á los toros, por ser ya sobrado conocidas de todos.

„Remató al primero de media delantera, contraria y caída, oyendo palmas. Al segundo, de media superiorísima, que hubiera tumbado á la res á sus plantas á entrar lo debido en la cara, en lugar de escupirse tan pronto, un disparo de ballestilla y un descabello. En el tercero se enfiló mejor, y casi *aproximándose* al volapié, recetó media estocada algo tendida, y acabó con un buen descabello. (Palmas merecidas.) En el cuarto se descompuso, dando primero media estocada con gran semicírculo; otra media pes-

cuecera, entrando mal y esquivando la vista, otra lo mismo; un pinchazo malo dado de la peor manera, y un descabello en la querencia de un jaco, cayendo el toro redondo y quebrándose el estoque en varios pedazos. El maestro oyó muchos pitos en todas las estocadas, no bien justificados, si se tiene en cuenta que el toro se tapaba al meter el brazo. Al quinto le propinó dos medias estocadas, atravesada la primera y buena la segunda, escupiéndose mucho del terreno en ambas. (Palmas.) El sexto, que dobló antes de pincharlo, murió de media regular y dos descabellos.

„En suma: que excepto en el cuarto, en todos los restantes ha estado afortunado hiiriendo, apreciando por el resultado; lo demás, hay que dejarlo como obra muerta. Y si pasando no ha estado vistoso, ha procurado emplear un trabajo de provecho, escatimando el castigo y tratando á las reses como verdadero inteligente y conocedor de sus condiciones.

„En la brega estuvo rejuvenecido, trabajador, concienzudo y elegante; en los quites usó del toreo de salón, y nos dejó ver alguna de sus primorosas largas, en que nos demostró que si se le van las facultades, la gracia no le abandona.

„En banderillas, bordando en oro en el primer par de lujo, y bien en los otros. Dirigiendo, hecho un jefe de cuadrilla y un ganadero. Hizo tratar al ganado á conciencia; que se le diera poca lidia y ésta muy buena.

„En la suerte de al alimón, que ejecutó con el *Torerito*, llevó el maestro la batuta.

„Rafael, el gran Califa, abdica al fin, pero bien completada la obra; pues lejos de llevarse consigo el arte, como apasionadamente creen algunos, deja un digno sucesor y continuador de sus glorias en Rafael II, el incomparable *Guerrita*, que no tardará en llenar el vacío que deja con su retirada el laureado maestro.

„Valencia ha despedido magníficamente á *Lagartijo* al terminar la corrida, y yo tam-

bién envió mi adiós al gran torero, á quien deseo salud y prosperidad en su tranquilo retiro, mientras la afición conservará de él gratos recuerdos para mucho tiempo.„

Tal fué la despedida que tuvo en Valencia *Lagartijo*, despedida cariñosa, puede decirse que triunfal, y en la cual, como había ocurrido en Barcelona, diéronse la mano lo útil y lo dulce, la honra y el provecho.

Faltaba la última, faltaba la coronación de aquel edificio que, á despecho de su vetusto fondo, había logrado conmover muy poco el ciclón de la capital de Vizcaya y se había erguido de nuevo al calor de las aclamaciones de Barcelona y de Valencia.

El domingo en Valencia, el jueves siguiente en Madrid. Faltaban tan sólo cuatro días para que el maestro de Córdoba jugase la última carta y se retirase á sus lares después de una carrera de veinticinco años, llena de triunfos, sembrada de flores, y durante la cual no le había faltado más que inventar un

Bayreuth del toreo para dar quince y raya á Wagner.

La corte de España esperaba á *Lagar-tijo* con indescriptible ansia; Madrid se hallaba en un estado de histerismo lagartijófilo increíble; todo se había paralizado, la ola rafaelinea había invadido las capas sociales, y empujaba con tal fuerza, que llegó hasta á conmover los cimientos de nuestra religión.

Ya se verá enseguida que no exagero, ya se verá que entre el Señor de los católicos y el Señor de los lagartijistas, tuvo aquél que ceder el paso á éste.

¡Narremos el asombroso evento y quede mi pluma bajo la protección de los Dioses inmortales!





## XX

El 1.º de Junio de 1893.—Coincidencia singular.—La procesión del Corpus y la corrida de toros.—Religión y tauromaquia.—El Sacramento del Altar y el Sacramento del Toreo.—Antes de la corrida.—La prensa y Rafael.—¡Á la plaza!—La salida de *Lagartijo*.—La mancha indeleble.—Lo que ocurrió en la despedida.—*Sobaquillo* y Rafael.—El epitafio.

EL día elegido por Rafael para despedirse del público madrileño y torear por última vez, era el 1.º de Junio, día del Corpus.

¡Singular coincidencia! *Lagartijo* exhibía por postrera vez su entidad torera, *Corpus Tauromachiæ*, el mismo día que la Iglesia Católica ensalzaba la memoria del Redentor, *Corpus Christi*; doble solemnidad que iba á

crear gloriosísima efemérides en la historia de la estupidez humana en general y particularmente en los fastos de la estupidez madrileña.

Sólo la pluma de Barbey d'Aurevilly, el cáustico autor de *Les ridicules du temps*, podría haber comentado el "documento social," que ofreciera entonces á las meditaciones del crítico la villa y corte de todas las Españas.

Ocurrió, pues, como se ha visto, que, fortuito encuentro ó voluntaria y premeditada determinación, Rafael había elegido para su última despedida el día 1.º de Junio, que coincidió aquel año con la festividad del Corpus, cuya procesión se verificaba desde hacía pocos años por la tarde, merced á concesión especial del Padre Santo.

Por la tarde debía, pues, llevarse á efecto la procesión citada y así quedó acordado y se anunció de una manera oficial.

Ahora bien: la hora fijada para la gran corrida era las cuatro, y las cinco la en que había de salir la procesión. ¡Calcúlese el



efecto que produciría en el devotísimo pueblo de Madrid aquella noticia estupenda!

A la procesión ó á la plaza: tal fué el dilema que amenazó á los piadosos madrileños y la indescriptible zozobra que hizo en ellos presa al verse entre la espada y la pared.

Por un lado el Cuerpo del Señor, por otro el Alma de *Lagartijo*. No había escape: á la religión católica ó á la religión taurina, á los curas ó á los cuernos, á gritar ante el Santísimo ¡viva Jesús! ó á gritar ante una *larga* ¡viva Rafael!

Que no se me llame blasfemo; que no se me acuse de insultar las arraigadas creencias, la fervorosa piedad, etc., etc., de la nación hispana; que nadie juzgue mi conducta como la de un protervo que desea minar los sacrosantos dogmas del catolicismo. Pega, si quieres, ¡oh lector! pero escucha y prosigamos.

Aquel pavoroso dilema, aquella espada de Damocles que pendía sobre el azorado Madrid, dándole á elegir entre la procesión del Corpus y la despedida de *Lagartijo*, tenía que caer

sobre la una ó la otra cabeza, sobre la del Obispo ó sobre la del matador de toros.

La lucha fué corta, la religión católica comprendió enseguida que no le era posible luchar con la religión taurina, previó la espantosa soledad que amenazaba á la procesión del Corpus y dispuso que se verificase por la mañana.

Sueltos officios mandados por la autoridad eclesiástica (esto no me lo ha contado nadie, lo ví yo mismo) á los principales diarios de Madrid y en los cuales se trataba de atenuar, en vano, los motivos de aquella incalificable abdicación, destruyeron la angustia del religiosísimo pueblo madrileño é hicieron que el júbilo brillase en todos los semblantes.

Ya no había cuidado: la procesión no estorbaría en lo más mínimo á la corrida; el Sacramento del Altar se inclinaba humildemente ante el Sacramento del Toreo, y le decía:— ¡Pase usted!

Por la mañana á la iglesia, á *recibir* el Señor; por la tarde á la plaza, á *aguantar* á

Rafael. Y la procesión se verificó por la mañana y la corrida se celebró por la tarde.

Así acabó aquella farsa monstruosa, así acabó aquel sainete de la hipocresía que puso de manifiesto una vez más ese adorable fondo de fervor católico que consume lentamente á la capital de la nación, sin perjuicio de banderillar los toros que le correspondan, quiero decir, sin perjuicio de mostrar al desnudo, cuando la ocasión se presenta, los vicios que le afligen en su lamentable decrepitud.

La corrida de los toros vino aquel día precedida de la corrida de las letras; la literatura se anticipó á la tauromaquia é iluminó espléndidamente los albores de Waterloo.

Hubo quien comparó á *Lagartijo* con Homero, Miguel Angel y Shakspeare; hubo quien, para cantar las glorias del Califa, pidió auxilio á las musas de Castelar y Núñez de Arce, á las paletas de Rosales y Pradilla; el nombre del héroe cordobés irradió sobre Madrid como el de Radamés, vencedor de los etíopes, sobre los muros de Tebas; y,

lo mismo que el Faraón de Verdi, el pueblo del oso y del madroño, elevó sus brazos solemnemente y dijo á Rafael: *Salvator della patria, io ti saluto!*

A todo esto, Sierra Morena había trasladado sus reales á la corte; los billetes andaban por las nubes; Harpagón y Shylock venían á echar la última redada y apretaban á pedir de boca los tornillos.

Diez mil duros—cuatro mil más que Salvador,—había pedido *Lagartijo* á la empresa por el acontecimiento. Así es que el papel se cotizaba á precios exorbitantes y los revendedores eran dueños de la situación. Las protestas llegaban al cielo, pero los bolsillos se vaciaban al fin; se pegaba, pero se pagaba; *quod erat demonstrandum.*

Cuando llegó la tarde, nada puede dar idea del aspecto que presentaba la calle de Alcalá. Un sol de pura cepa lagartijista, radiante de luz, vestido de gala, toreaba á Madrid, jugueteaba con la villa y corte, dando recortes y medias verónicas, rascándole el hocico

y rematando las monerías con una larga maravillosa que lo llevaba como un borrego hasta la plaza de toros.

La anchurosa vía de la calle de Alcalá era insuficiente para contener el sinnúmero de vehículos: ómnibus, tranvías, simones, tartanas, jardineras, breaks, landós, victorias, mylords, que se amontonaban y comprimían allí, como en feria rodada, y se dirigían al templo de la carretera de Aragón.

Las madrileñas habían echado el resto, lo mismo que las hembras del bronce; las mantillas blancas, las de casco y madroños se rozaban con los mantones de Manila; y, allá arriba, en las imperiales de los ómnibus, la gente estudiantil bombardeaba con sus piropos á tirias y troyanas, gritando y gesticulando sin cesar.

Al lado de aquella juventud desquiciada que saturaba el ambiente de una alegría robusta y pegajosa, veíanse pasar al diplomático en su coche, al ministro, al diputado, al senador, confundidos todos en la oleada humana,

gotas de agua que venían á engrosar aquel día el océano del lagartijismo y se aprestaban á dar lucido contingente á la apoteosis de Rafael.

¡Viva *Lagartijo!* era el grito que se presentía hasta en las vibraciones del aire. ¡Vitor al Califa! parecía exclamar el sol, inundando con sus rayos aquella inenarrable escena, aquel rodar de coches y bullir de gentes que envolvía al nombre del maestro en frenética aclamación.

A las cuatro la plaza era un hervidero, trece mil almas apiñadas, una embriaguez de color, un derroche de garbo indígena, de madrileña sal, que partía los corazones. Cuando tocaron al despejo y se vació el redondel, hubiérase dicho que se ensanchaba, que adquiriría colosales proporciones para recibir dignamente al gran torero que iba á pisarlo por última vez; y cuando se abrieron las puertas por donde salen las cuadrillas y sonaron los primeros acordes del paso doble, jamás ha caído sobre la plaza de Madrid galerna de

aplausos y de vitores semejante á la que produjo la aparición de Rafael.

Los años lo habían comprimido considerablemente; la cara se había achicado, surcada de arrugas, tostada por veinticinco años vividos al sol, y asomaba bajo la montera como una mancha negra en la cual se destacaba la fina arista de la nariz.

Marchaba solo, al frente de la cuadrilla, lentamente, con el capote de paseo que le cubría medio busto y le ceñía la cintura; y el cuerpo todo se movía con su adorable pereza, con su característico abandono, mientras el brazo derecho se balanceaba á compás.

Las aclamaciones del público lo acompañaron mientras duró el paseo, y lo envolvieron como una onda de cariño y de admiración. Aquel conmovedor saludo representaba el testimonio envidiable del respeto y de la gratitud de un pueblo, el último adiós dado al maestro por dos generaciones que habían puesto todo su entusiasmo y toda su actividad al servicio de la causa lagartijista, y represen-

taba al propio tiempo un mundo de esperanzas, el afán de dedicarle en su despedida un homenaje digno del incomparable diestro que había logrado cautivar las voluntades, esclavizar los corazones y dejar en los anales del toreo un nombre inmortal.

Aquel saludo rememoraba una historia, traía á la mente una etapa memorable de la vida, los ardimientos de cien batallas libradas en el campo en que el héroe se presentaba para no volverlo á pisar.

Había, por lo tanto, una ansia loca de palmas, el prurito de promover una manifestación nunca vista en loor de *Lagartijo*, algo que dejase atrás todo lo precedente y sellase con timbre inmarcesible de gloria la carrera de Rafael.

Los menos optimistas, los que conocían al maestro y sabían á qué atenerse con respecto á sus facultades y á su arte de lidiar, esperaban que en el transcurso de la corrida no le faltaría una ocasión, una tan sola, que le permitiría confiarse y recordar brillantemente



los días del pasado, haciendo olvidar al público los enormes sacrificios que implicaba la fiesta.

Y en verdad que hubiese bastado eso para conseguir el fin que se perseguía, y dejar recuerdo perdurable de la retirada de Rafael. En toda la plaza se presentía un exceso de cariño, un acopio previo de entusiasmo que no necesitaba más que leve pretexto para estallar; había en el público esa tensión nerviosa que precede á los grandes accidentes y necesita salida franca para evitar una congestión.

Digámoslo de una vez: que Rafael matase bien un toro, nada más que un toro; todo el problema estaba ahí. La faena del maestro hubiese traído el desahogo del público; las manos se hubiesen roto, las gargantas se hubiesen deshecho, los corazones se hubiesen vaciado, cuantos agasajos le llevaban sus admiradores hubiesen sembrado la plaza, y la maestría de cinco minutos hubiese hecho olvidar las deficiencias todas, por grandes que fueran, de la corrida entera.

Esta era la situación de Rafael Molina

cuando el presidente agitó su pañuelo, sonaron los clarines y el primer toro del Duque de Veragua se presentó en el redondel.

No quiero ser hipócrita, no quiero cubrir á *Lagartijo* con un manto indigno de su fama, el manto de la compasión. A los muertos se les deben las verdades y yo se las quiero cantar á Rafael Molina.

Ocurrió en aquella corrida desastrosa, digno *pendant* de la de Bilbao, que el hombre se sobrepuso al lidiador, que Harpagón pudo más que *Lagartijo* y que el peso de ciento veinticinco mil pesetas que había en el bolsillo de Rafael aniquiló sus escasas facultades, destruyó los restos de su voluntad y le hizo huir de los toros como alma que lleva... veinticinco mil duros.

Francisco I dijo en Pavía;—¡Todo se ha perdido menos el honor! *Lagartijo* pudo decir después de la corrida del 1.º de Junio:— ¡Todo se ha perdido menos la *luz*!

La *luz* se salvó, en efecto; los diez mil duros de la corrida de Madrid fueron á en-

grosar la considerable cantidad que habían producido las otras despedidas; pero la gabeta ganó lo que perdió la honra del torero, y bastaron tres horas para que el usurero arrojase una mancha indeleble sobre la historia del lidiador.

Mancha indeleble, en efecto, el amor propio por los suelos, la dignidad profesional deshecha, veinticinco años de carrera brillantísima oscurecidos para siempre, la efemérides de la gloria final que hubiese irradiado sobre una vida llena de triunfos, convertida en odiosa fecha que nadie se atreve á recordar; esa fué la última despedida de *Lagartijo*, terrible venganza de la religión vencida sobre el torero vencedor.

Logró matar el primer toro con prontitud relativa, por lo cual escuchó algunos aplausos; pero desde aquel instante la corrida fué la más horrible é inexplicable de las decepciones, algo inverosímil por lo malo, una serie de vergüenzas que el público no podía ni quiso tolerar.

Desde la muerte del tercer toro se acentuó la catástrofe. Hasta entonces se había contenido trabajosamente porque se alimentaba la esperanza de que *Lagartijo* sacudiese su apatía y volviese en sí, á la vista de aquella inmensa masa de admiradores que no esperaba más que una ocasión para aclamarlo.

Pero al observarse que toda esperanza era inútil, al convencerse el público de que no le era posible forjarse ilusiones, el cariño se convirtió en ira, la confianza en desengaño, la admiración en odio, la victoria esperada en derrota total.

Hay que tener en cuenta el estado de los ánimos antes de la corrida, estado que he descrito á la ligera hace poco, para darse idea de la reacción. Fué espantosa; las esperanzas perdidas y los bolsillos vaciados se unieron en común protesta y barrieron al malaventurado lidiador.

La manifestación duró hasta que cayó el último toro, entre los silbidos y los improperios de la muchedumbre. Como en Bilbao,

*Lagartijo* huyó á refugiarse en su coche, pero se vió perseguido é insultado hasta allí.

La Guardia civil á caballo tuvo que protegerlo, obligó á retroceder al populacho, rodeó el landó y dió escolta á Rafael Molina hasta su domicilio.

Entretanto, la gente aglomerada en el Prado y en la calle de Alcalá, silbaba y se burlaba del público que volvía de los toros, soltándole todo género de epítetos, “lilas,, “primaveras,, y otros más expresivos que la pluma no puede escribir. Los aludidos oían y callaban, bajaban la cabeza, se sometían á aquel castigo y proseguían su camino sin chistar.

Y como cadencia de aquel infernal *allegro*, estallaban á la puerta de la casa de Rafael los silbidos y las imprecaciones de la plebe que allí le aguardaba para obsequiarle con la despedida final.

Por la noche, los periódicos daban cuenta de la fantástica corrida, ensalzándolo como un héroe al principio, tratándolo como un guiñapo después. Uno de ellos lo glorifica-

ba en las tres primeras planas y lo llamaba ¡ladrón! en la última.

Tengo prisa por concluir este capítulo, el más triste, ya lo he dicho antes, de mi obra, y el más desagradable y penoso para mí. Demasiado sé que no lo creerán muchos, pero me tiene sin cuidado.

Toreros de la talla de Rafael Molina quedarían empequeñecidos si la crítica y la historia llorasen como damiselas histéricas ante la tumba del maestro cordobés.

Y como de todas suertes mis lágrimas serían de cocodrilo, vale más decir la verdad y dejar que los molestados por ella se despachen á su gusto.

Hacía falta una pluma que encerrase en poco espacio los horrores de aquel Corpus inolvidable; una pluma que extrajese la quinta esencia de la retirada de Rafael.

Esa pluma fué, ¡quién lo digera! la de *Sobaquillo*. Sí; *Sobaquillo* fué el encargado de enterrar al Califa, y lo enterró, efectivamente, de un modo regio, de un modo dig-

no del gran interfecto y digno á la vez del incomparable anabaptista que lo había sostenido en su trono, con valentía y tesón inquebrantables.

*Sobaquillo* había querido acompañar al maestro en sus despedidas, había dedicado á las de Zaragoza, Barcelona y Valencia reseñas telegráficas llenas de ternura sin igual, habíale preparado el terreno para la última, la grande, la de Madrid, y disponíase seguramente á terminar, él también, su obra lagartijista con alguna despedida literaria en que el maravilloso ingenio del escritor y el cariño acendrado del amigo tejiesen á Rafael su mejor corona.

¡Y todo, todo se lo había llevado la trampa en la fatal corrida del Corpus! El golpe era demasiado rudo para un temperamento impresionable, temperamento de poeta; había en el popular escritor demasiado entusiasmo tragado, un exceso de compresión que necesitaba desahogarse.

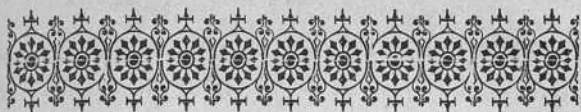
Ante el inesperado derrumbamiento de

tantas ilusiones, ante el naufragio de tantas y tan risueñas esperanzas, ante aquel siniestro que acababa de arrastrar de golpe y porrazo, brutalmente, el poema del afecto y de la admiración que ardía en el alma del gran anabapista, *Sobaquillo* no pudo más.

La conciencia se irguió imponiendo silencio al cariño, la decepción horrenda borró todo sentimiento de hipócrita piedad, y la pluma de oro que se había plegado como una bayadera á las morbideces orientales del estilo y había bailado tantas veces en loor de *Lagartijo* la danza del vientre, se convirtió en estilete florentino y trazó valiente y hermosa, transfigurada, sobre la tumba de Rafael Molina, el epitalio siguiente:

«Si acabó como un maleta,  
el que antes llegó á la meta,  
no sirvan excusas vanas;  
aquí yace su coleta,  
respetad sus muchas canas.»





## XXI

Obediencia á *Sobaquillo*.—Los toros de Veragua.—Defensa del ganadero.—*Paulo mejora canamus*.—El romanticismo y el realismo en el toreo.—El estilo de Rafael.—Influencia de *Lagartijo* en el público.—Deuda cobrada.—Cambronne y *Lagartijo*.—Encargo hecho.

**S***obaquillo* tiene razón, y yo voy á obedecerle; quiero como el que más respetar las canas de la gloriosa coleta, pero séame permitido antes salir á la defensa del hombre caballeroso, del ilustre prócer que tantas pruebas de consideración había dado á Rafael durante su carrera y que el despecho lagartijista eligió como víctima propiciatoria de aquella catástrofe sin par.

Me refiero al Duque de Veragua, sobre cuyos toros recayó la responsabilidad de la

ominosa derrota. Mataron *catorce caballos* y fueron, al decir de la mayoría de los revis-teros, unos bueyes de carreta indignos de rozarse las espaldas con el último novillo.

Prescindiendo de que la *maestría* de un matador queda juzgada al considerar que no logra un aplauso durante tres horas de lidia constante y habiéndoselas con seis reses, á ninguna de las cuales se permite tantear siquiera con el trapo, ¿quiere decirseme si toros sometidos, por las especialísimas condiciones en que quiso siempre encontrarlas *Lagartijo* á la hora de la muerte, á una lluvia infernal de capotazos, á un mareo incesante, á las consecuencias de capotes como el de Juan Molina, á ese implacable sistema de recortes capaz de volver manso al toro más bravo de la tierra, pueden llegar al último tercio con mucha bravura, mucha nobleza y sin patas, que es como los quería Rafael?

¿A quién hay que atribuir la mansedumbre? ¿A los toros ó á los toreros? Y si de lo que se trataba era de hacer que los toros lle-

gasen á la muerte en el estado de babosas ideales, ¿dónde está, lo repito, la *maestría* del matador? Y sobre todo, ¿quién sabe si los toros están bravos ó mansos, cuando el lidiador no se acerca á ellos?

No es esto decir, ni mucho menos, que los toros del Duque corridos aquella tarde pudieran presentarse como modelos de nobleza y de bravura, de defensas y de carnes, sinó descartar el exceso de responsabilidades que se arrojó sobre el dueño de la ganadería y dejar ante todo sentadas dos verdades:

1.ª Que con la lidia al uso, deberían disecarse cuantos toros lleguen á la muerte con nobleza, bravura y facultades y archivarlos en un museo especial que podría titularse: "Museo de toros inverosímiles."

Y 2.ª Que corrida de seis toros, durante la cual el matador no se arrima ni una sola vez, constituye una derrota cuya responsabilidad debe achacarse única y exclusivamente á la impericia ó al miedo del matador.

Dicho esto, vuelvo al ruego de *Sobaqui-*

llo y quiero demostrar mi respeto á la canosa coleta de Rafael. Si el público madrileño, presa de una indignación no por lo excesiva injustificada, olvidó y pisoteó en poco tiempo la gloria de veinticinco años, yo voy á recordarla ahora, voy á abandonar el modo triste dejando Waterloo para cantar Austerlitz. *Paulo majora canamus!*

De no hacerlo así incurriría en crimen de lesa ingratitud, tratándose del admirable diestro, del gran lidiador á quien me atrevería á calificar de fundador del romanticismo en el toreo y del cual no puedo ocuparme sin sentir honda emoción.

Y es que Rafael Molina, lo mismo que *Frascuelo*, trae á mi mente un mundo de memorias, me hace volver la vista atrás y contemplar entristecido las ilusiones de la juventud, que yacen esparcidas como cadáveres en el campo de los recuerdos.

¡Qué remedio si el destino me llevó á tomar parte activa—desde la barrera, se entiende— en la sin igual competencia entre Ra-